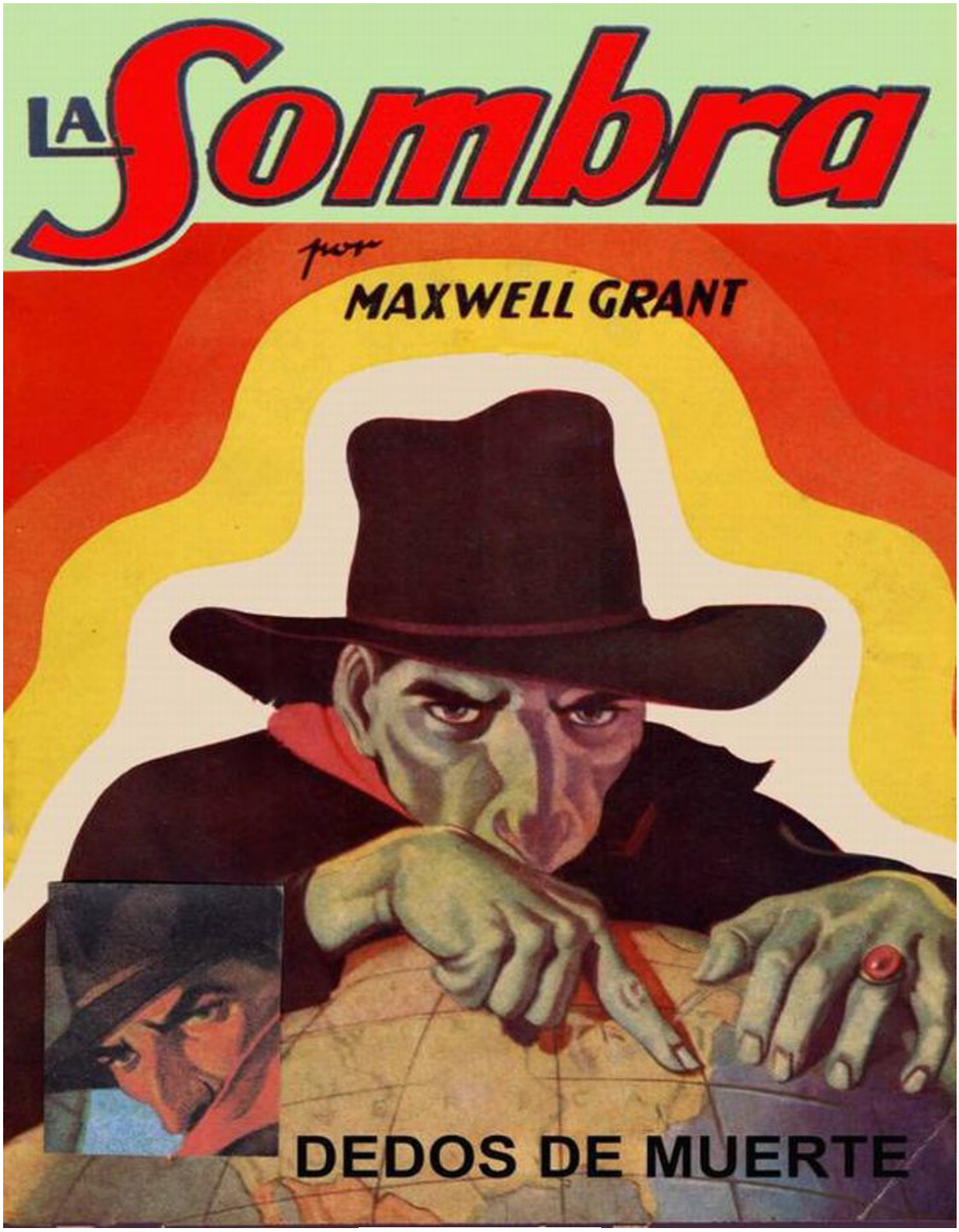
Dedos de muerte
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
PALABRAS AGONIZANTES

Una atmósfera de tristeza espectral saturaba la habitación donde Josías Bartram yacía.

Quizá fuese el silencio lo que producía ese ambiente extraño; quizá el aspecto del mismo Bartram. Gracia Bartram sintió la tensión desde el momento en que entró en el dormitorio de su tío.

Josías Bartram era un hombre de edad mediana. Pero esa noche presentaba el aspecto de un viejo. Su cuerpo permanecía inmóvil debajo de las colchas de la cama.

Su rostro, con los ojos clavados en el techo, se destacaba amarillento contra la blancura de las almohadas. Sus manos, también, aparecían amarillentas, al crisparse lentamente sobre la superficie de la colcha.

No se hallaba solo en el aposento, mas parecía estar por completo inconsciente de la presencia de otras personas.

Una de éstas era una enfermera de blanco uniforme. La otra, Mahinda, el fiel criado hindú del viejo Josías.

La enfermera estaba sentada a una mesa, escribiendo el informe médico. El hindú permanecía de pie, estólidamente, cerca de la cama.

Gracia Bartram vió a las tres personas cuando entró de puntillas en el dormitorio, pero el único que atrajo su atención inmediata fue su tío.

El espectáculo de aquella figura patética provocó una expresión de angustia en la faz de la muchacha al avanzar suave y silenciosamente hacia la cama.

El enfermo observó la llegada de su sobrina. Sus párpados se cerraron y habló en voz baja y débil. Sus palabras fueron pronunciadas en tono opaco por unos labios que apenas se movían.

Haciendo un esfuerzo visible, murmuró

-Gracia... Gracia... recuerda... recuerda todo cuanto te he dicho. Recuerda que todos mis bienes terrenales te pertenecen... que, cuando yo muera, el entierro ha de celebrarse con sencillez, sin ninguna ceremonia...

La muchacha se sentó junto a la cama.

Sus manos suaves acariciaban los dedos descarnados de su tío; su voz dulce y calmante pronunciaba palabras de consuelo para aquietar los temores del anciano.

Dijo:

-Te pondrás mejor, tío. El doctor Shores llegará pronto. Le telefoneé en seguida que Mahinda me dijo que te encontrabas... que no te encontrabas bien...

Al vacilar la voz de la muchacha, Josías Bartram tornó a hablar en el mismo acento monótono

-No olvides a Mahinda-recomendó-. Continúa viviendo en esta casa. Gracia, y sé dichosa. Mahinda te será fiel siempre. Te protegerá... después de mi muerte.

Estas palabras aumentaron el dolor y la zozobra de la joven. Valerosamente intentó disipar la creencia de su tío de que iba a morir pronto.

Las manos del enfermo cesaron de crisparse.

Mientras él quedaba sumido en un sopor, la joven oyó el tenue repiqueteo de un timbre lejano. Vió a Mahinda, el criado hindú, salir silenciosamente del aposento.

Estaba segura de que el timbre anunciaba la llegada del doctor Felton Shores, el médico de cabecera.

Indicando con un gesto a la enfermera que vigilase, se levantó silenciosamente y salió del cuarto. Cerró la puerta tras sí y cruzando presurosa el pasillo llegó a la escalera que conducía al primer piso.

Observó, en los escalones, que no se había equivocado. Mahinda acababa de hacer pasar al doctor Shores. El médico se quitaba el sombrero y el gabán.

La joven descendió con premura la escalera y se aproximó al doctor.

El doctor Felton Shores era el médico más llamado de la ciudad de Holmsford. Había sido durante muchos años, el médico de cabecera de Josías Bartram.

No era sorprendente, pues el doctor Shores era el médico favorito de las clases acaudaladas de la ciudad; y Josías Bartram, un contratista de obras, era considerado como uno de los hombres más ricos de Holmsford.

El doctor Shores tenía unas maneras calmosas y suaves, que siempre impresionaron a Gracia Bartram. La muchacha estaba segura de que podía confiarse en este hombre para contrarrestar el estado crítico de su tío.

-Buenas noches, Gracia-dijo el doctor con voz plácida-. Al regresar de una visita, me dieron su recado. ¿Es que el estado de su tío se ha agravado?

La muchacha movió la cabeza afirmativamente.-Sí, doctor-respondió-. Ha recaído, se encuentra en el mismo estado de debilidad de antes. Usted lo sacó de ese sopor hace tres días. Abrigo la esperanza de que volverá a realizar el milagro. Pero...

El médico dio unas palmaditas en el hombro de la joven, al observar que su voz se quebraba. El no parecía estar alarmado; y la acción le infundió ánimo.

Declaró el doctor.

-El estado de su tío es grave, pero no lo considero crítico. No debe usted preocuparse, Gracia. Con un tratamiento adecuado y mucho reposo, creo que mejorará pronto.

Respondió la joven, con acento solemne:

- Eso esperaba, tuve esa esperanza, doctor. Mas cuando mi tío me habló...

Los ojos de la muchacha estaban empañados cuando miraban el rostro del médico. El doctor Shores, profundo conocedor del corazón humano, observó que el espíritu de la joven estaba embargado por una pena.

Conocía a Gracia desde su infancia. La había visto convertirse en una joven buena e inteligente. Conocía que ella le consideraba como su mejor amigo.

Vió en el semblante de la muchacha un aire de preocupación. Observó que volvía la cabeza para ver si el criado hindú, Mahinda, estaba allí cerca.

Luego notó que le asía nerviosamente de la manga, y, a su requerimiento, el médico la siguió al lúgubre salón contiguo al vestíbulo.

Allí, en un lugar donde no les podrían escuchar, Gracia inició la conversación. Sus ojos ya no luchaban por contener las lágrimas.

Valerosamente trataba de explicar sus aprensiones. Empezó diciendo:

-Mi tío me habló esta tarde. Estaba a solas con él. Tiene la creencia de que va a morir. Está completamente seguro.

El médico repuso:

-Su estado no es grave, Gracia. Sin embargo, es suficiente para inquietarle...

-Es muy grave, doctor-insistió la joven-. Mi tío me lo aseguró. Me hizo prometerle que su entierro se celebraría sin ceremonias de ninguna clase; que viviría aquí y conservaría a Mahinda, que le ha sido tan fiel. Además, me mandó llamar a Hurley Adams.

- ¿Su abogado?

-Sí. El señor Adams estuvo aquí hace unas horas. Mi tío le repitió las instrucciones. El señor Adams tiene su testamento y es el albacea testamentario. Es terrible, doctor Shores, ver a la persona qué uno ama, hacer los preparativos de su muerte...

-No es inusitado, Gracia-interrumpió el médico calmosamente-. Se le pasará ese error. ¿Descansa tranquilamente?

-Solo cuando logro apaciguarlo...

-Una inyección le hará bien. Está nervioso y necesita dormir. Su actual estado puede resultar beneficioso. A lo menos es un síntoma de que despierta del letargo en que ha estado sumido desde que se metió en cama.

El tono enfático del doctor era tranquilizador. Al volverse hacia el umbral, la muchacha le siguió desde el lúgubre salón. Encontraron a Mahinda en el pasillo. El hindú hizo una reverencia solemne. Comunicó al doctor.

-He avisado a mi amo que usted ha llegado. Me ha dicho que desea verle pronto.

El médico movió la cabeza afirmativamente y ascendió la escalera, acompañado de Gracia Bartram.

El criado les siguió silenciosamente, a distancia respetuosa. Al llegar a la puerta del dormitorio de Josías Bartram, el médico entró primero y la muchacha detrás.

Mahinda permaneció en el umbral,

Josías Bartram movió el rostro al entrar el doctor Shores. El enfermo le reconoció y le miró con ojos vidriosos. El médico se sentó al lado de la cama y le tomó cl pulso.

El enfermo anunció en tono cascado:

-Voy a morir, Felton. He hablado a mi abogado. He hablado a Gracia...

El doctor meneó lentamente la cabeza.

-Pronto se restablecerá usted, Josías - afirmó-. Se ha iniciado una mejoría ya. Es usted joven aún. Esta enfermedad no durará mucho tiempo más.

Hizo un gesto a la enfermera. La mujer se acercó y le ayudó con la aguja hipodérmica. Este tratamiento había sido empleado a intervalos durante la enfermedad del paciente.

Continuó el enfermo, en su acento monótono:

-Hablará usted con Hurley Adams. Hable con él, Felton. Cuide de que se cumplan todos los detalles de mi plan. Quiero que mi entierro se haga sin ninguna clase de ostentación, en mi propio mausoleo... más allá de la casa... sencillo... y pronto...

La voz se extinguió mientras el anciano se acomodaba en la almohada. Sus ojos opacos se cerraron.

El doctor Shores se levantó y dio unas instrucciones a la enfermera. Luego, volviéndose, asió el brazo de Gracia, indicándole que saliese con él.

Mahinda se apartó dejándole pasar. El hindú cerró la puerta. Josías Bartram, descansando tranquilamente, quedó solo, al cuidado de la enfermera.

-No hay motivo para preocuparse- observó el médico, al llegar al pie de la escalera-. Espero que se produzca una rápida mejoría. Tenemos que seguirle la corriente, si continúa hablando de sus planes...

El repiqueteo de un timbre interrumpió la frase.

Mahinda apareció en la escalera en respuesta a la llamada. Gracia Bartram y el doctor Felton vieron que el criado abría la puerta principal para que entrase un caballero alto y majestuoso, de cabeza cana.

El visitante era Hurley Adams, el abogado del dueño de la casa. Hizo una cortés reverencia a Gracia y saludó con un movimiento de cabeza al doctor Shores. Aproximándose, comenzó a interrogar a la pareja.

-¿Está peor Josías?-preguntó.

-Su estado es grave-contestó el médico-. Pero no veo motivo para alarmarse.

-Me ha tenido preocupado esta tarde -manifestó Adams-. El hecho de que esté pensando constantemente en la muerte y su deseo reiterado, en varias ocasiones de que respete sus últimos deseos...

-Es-agregó el médico con acento serio-, una contingencia inquietante. A veces la creencia de que uno va a morir provoca un fallecimiento inesperado.

-Esto debe ser un gran peso para usted, Gracia-observó el abogado, volviéndose hacia la muchacha.

-Estoy conservando mis fuerzas -respondió ella-. Willard Saybrook vendrá dentro de unos días. Será un gran consuelo y una ayuda. Mi tío lo aprecia mucho.

-Su prometido es un joven excelente-exclamó Adams-. Me alegro de que Saybrook venga.

Hizo un gesto en dirección de la escalera al volverse hacia el médico, indicando que desearía ver al paciente.

El galeno movió la cabeza en señal de asentimiento y Adams ascendió. Pasó por delante de la enfermera en lo alto de la escalera.

EL abogado reapareció tres o cuatro minutos más tarde. Descendió de puntillas y habló al médico y a Gracia Bartram. Sonriendo, les dijo:

-Está descansando tranquilamente. Le estuve observando mientras dormía, pero no le desperté.

La enfermera cruzó el vestíbulo mientras Adams hablaba. Había ido a la cocina a buscar un jarro de agua. Volvió a subir al cuarto del enfermo.

Entretanto, Adams dio las buenas moches. Mahinda abrió la puerta y la cerró tras el abogado.

Mientras el doctor Shores conversaba con Gracia Bartram, el criado hindú se dirigió a la cocina. El médico y la muchacha quedaron solos, cuando de pronto oyeron un grito procedente de lo alto de la escalera.

Llamaba la enfermera.

-¡Doctor Shores! ¡Doctor Shores! ¡Venga corriendo!

La llamada de la enfermera les llenó de consternación. Permanecieron un instante paralizados de espanto, conteniendo el aliento. Luego el médico ascendió precipitadamente la escalera. Gracia Bartram le siguió con igual premura. Encontraron a la enfermera en la puerta de la habitación del paciente. Vieron el motivo de la alarma.

Josías Bartram se hallaba sentado erguido en la cama. Sus ojos brillaban lanzando una mirada frenética, enloquecida.

Tenía los brazos cruzados encima del pecho. Sus dedos asían su propia garganta, y exhalaba unas palabras entrecortadas.

-¡Me muero!-chilló roncamente-. ¡Me estoy muriendo, como dije! ¡Gracia! ¡Recuerda! ¡ Recuerda la que te recomendé!

El doctor Shores se acercó a la cama y asió al enfermo por los hombros. La mirada terrible de Bartram se clavó en el médico.

Mahinda había aparecido en la puerta; detrás asomaba el rostro de Hurley Adams. El anciano abogado oyó desde la calle los gritos de la enfermera y regresó precipitadamente a la casa.

Los ojos de Bartram, como las de un loco, no veían los rostros que había en la puerta.

Los labios secos del enfermo se abrieron soltando una risita ronca. La expresión de su vista era sobrenatural. Parecía contemplar un mundo ultraterrenal, una existencia que los otros no podían vislumbrar.

El delirio se apoderó de él en una oleada convulsiva. Sus palabras siguientes fueron la expresión vaga y delirante de unos pensamientos que sólo él conocía.

-¡Siento la muerte!-gritó-. ¡Aquí... en la garganta! ¡La muerte! ¡Dedos de muerte! ¿Veis? ¿Veis? ¡Dedos de muerte!

Las manos del paciente se agarraban crispadas a su propio cuello. Un estremecimiento convulsivo sacudió su cuerpo.

Mientras el doctor Shores asía las descarnadas muñecas, de los labios del enfermo salió un largo y fantástico gemido.

Las manos de Josías Bartram cayeron. Su cuerpo se agitó y cayó sobre las almohadas. Su cabeza se bamboleó locamente y sus ojos tomaron una expresión vidriosa.

Los que se encontraban en el dormitorio formaban un cuadro extraño, al contemplar estupefactos el cuerpo que tan de súbito quedara inmóvil.

Hurley Adams estaba tenso cuando su mano oprimió el brazo de Gracia Bartram. Los ojos de la muchacha se clavaban horrorizados sobre la faz de su

tío. La enfermera se agarraba al respaldo del pie de la cama.

Mahinda, el criado hindú, permanecía en el umbral, inmóvil y silencioso como una estatua.

El mismo doctor estaba petrificado por la singular rapidez del colapso del enfermo. Asía con presa firme, las muñecas de Josías. Fue la manera alarmante como cayeron las muñecas lo que hizo recobrar los sentidos al médico.

Se inclinó sobre el cuerpo en la cama y practicó un examen lento y cuidadoso, mientras los demás miraban sin despegar los labios.

Levantándose maquinalmente, se volvió mirando de una cara a otra. Sus ojos reflejaban el pensamiento que embargaba a todos los espíritus.

-Ahora ya no puede hacerse nada-declaró el médico en tono solemne-. La ayuda humana ha terminado. Josías Bartram ha muerto.

Gracia Bartram reprimió un sollozo.

Hurley Adams apretó los labios. La enfermera se estremeció de horror.

Mahinda, en el umbral, permaneció imperturbable como antes.

Habíase dicho algo que provocó esta tensión. No la declaración del doctor Shores, pues, a decir verdad, las palabras del médico produjeron un alivio.

Las palabras que estaban en la mente de todos los reunidos en aquel cuarto eran las que Josías Bartram había pronunciado.

-¡Dedos de muerte!

Fueron las palabras agonizantes que brotaron de unos labios moribundos.

Palabras que podrían haber sido hijas del delirio; palabras que podrían encerrar un significado siniestro.

«¡Dedos de muerte!»

CAPÍTULO II
DEL PASADO

Las noticias de la ciudad de Holmsford eran de escaso interés para los neoyorquinos; pero la de la muerte de Josías Bartram llamó la atención de un vecino de Manhattan.

En una oficina del rascacielos Badger, un caballero de rostro rollizo examinaba un montón de periódicos.

Algunos eran diarios de Nueva York; pero había varios de otras ciudades.

Muy pocos eran de poblaciones, de relativa importancia.

Después de haber terminado de hojear los periódicos más importantes, el caballero echó un vistazo a los otros.

El último que examinó fue el diario de Holmsford. Una de las primeras noticias que le llamó la atención fue la historia de la muerte de Josías Bartram.

El caballero de rostro gordinflón recortó cuidadosamente la historia. La dobló y metió en un sobre, junto con otros recortes. Terminada su tarea, selló el sobre y se levantó del escritorio. Atravesó una oficina exterior y salió al pasillo.

En la puerta que se cerró tras el caballero aparecía esta inscripción:

RUTLEDGE MANN Agente de Bolsa

¡Cosa extraña! Un hombre que se dedicaba a negociar efectos y valores públicos y a otras operaciones de Bolsa parecía temer, también, una oficina de recortes de Prensa e información.

Además, su examen de varios periódicos, especialmente los de ciudades de escasa importancia, era difícil de analizar.

¿Por qué se dedicaba Rutledge Mann a esta singular ocupación? La respuesta constituía un secreto que el agente de Bolsa de faz rolliza guardaba con la mayor cautela.

Rutledge Mann era un agente de La Sombra.

¿Quién era La Sombra?

El agente de Bolsa lo ignoraba. Desde hacia mucho tiempo, había estado al servicio de este personaje misterioso; y no había conseguido la menor idea de la identidad del hombre a quien servia.

Solamente sabia que en una ocasión en que se encontraba en una situación económica difícil, sin esperanzas en el futuro, recibió una visita de La Sombra.

Un ser extraño, fantástico-una figura que vestía una capa negra y parecía un hombre-, apareció en la residencia de Mann y le ofreció la oportunidad de rehacer su fortuna.

Habiendo prometido servir a La Sombra, recibió la ayuda financiera que necesitaba para volver a establecerse en su negocio.

Desde entonces, había sido un agente de Bolsa en apariencia; en realidad, era una pieza importante del mecanismo que La Sombra requería en su incesante batalla contra el crimen y la injusticia.

El deber de Rutledge Mann, aparte de sus operaciones bursátiles, consistía en recopilar todas las noticias publicadas en la Prensa relativas a hechos delictuosos.

Además, realizaba de vez en cuando algunas investigaciones y servia de enlace entre La Sombra y un grupo de agentes activos.

Cumpliendo una orden de La Sombra se había suscrito a ciertos periódicos de provincias, entre ellos el diario de Holmsford, de los cuales recortaba metódicamente todas las noticias locales extraordinarias.

El motivo-pensó Mann-, debía ser que La Sombra conocía que en ciertas localidades se tramaban algunos crímenes y esperaba algún hecho que le pusiese sobre la pista.

Después de bajar en taxi por Broadway, el agente de Bolsa llegó a un viejo edificio de la calle Veintitrés. Entró y se detuvo en el segundo piso, en una oficina desierta.

El nombre de Jonas aparecía inscrito en la puerta. Rutledge Mann metió su sobre en un buzón y se alejó.

El agente de Bolsa no había pasado nunca por aquella puerta. Por lo que él sabía, la oficina estaba desocupada. Pero conocía, de hecho, que los mensajes tirados por aquel buzón llegaban siempre a las manos de La Sombra.

Eran las últimas horas de la tarde cuando terminó su diligencia, habiendo echado el sobre en el buzón de La Sombra. Durante las primeras horas de la noche tuvo lugar el resultado.

Un agudo chasquido sonó en los confines de un cuarto sumido en una completa oscuridad. Una luz azul arrojó un resplandor fantasmal, sobre una mesa situada en un rincón de una habitación de paredes negras.

Unas manos largas y blancas aparecieron debajo del resplandor de una bombilla azulada. Unos dedos delgados, pero fuertes, abrieron un sobre.

Los recortes de Rutledge Mane se desparramaron sobre la mesa.

Una gema extraña y fulgurante brillaba a la luz azul. La asombrosa piedra arrojaba sus destellos tornadizos, ya purpurinos, ya rojos carmesíes, desde el dedo del corazón de la mano que lo llevaba.

El girasol de La Sombra-un precioso ópalo de fuego, sin par en el mundo-reflejaba la luz y lanzaba en respuesta unas chispas de llama centelleante.

Una risa sorda salió de unos labios invisibles cuando el recorte del diario de Holmsford fue levantado por los dedos largos y puntiagudos.

Para La Sombra, que permanecía envuelta en la oscuridad, a excepción de sus manos, éste era un recorte que había estado esperando desde hacía mucho tiempo.

Los tonos cuchicheados de la risa sarcástica indicaban una extraña relación entre la súbita muerte acaecidas en Holmsford y la información que el cerebro de La Sombra guardaba secreta.

Las manos desaparecieron. La luz iluminó una mesa sobre cuya tapa no había nada. Al fin, las manos reaparecieron con un sobre amarillo. De éste cayeron varios recortes, que llevaban fechas de veinte años atrás.

Como el recorte que el agente de Bolsa remitiera, éstos eran también de la ciudad de Holmsford.

Unos ojos invisibles repasaron los recortes. Unos dedos ágiles sacaron a la vista unas hojas referentes a los recortes amarillos. Sobre una hoja de papel, con tinta azul, la mano de La Sombra escribió el nombre de Josías Bartram, como si lo relacionase con acontecimientos pretéritos.

El nombre se desvaneció. No quedó el menor vestigio de la palabra. Era una característica del líquido con que La Sombra escribía sus pensamientos.

Su fórmula químicas hacia que desapareciese después de secarse y de que el aire, al entrar en contacto, lo absorbiese.

La mano de La Sombra volvió a escribir unas cuantas palabras en clave. Los dedos doblaron el papel antes de que la tinta tuviese tiempo de desaparecer y metió el mensaje en un sobre.

Con otra pluma, provista de tinta corriente, dirigió el sobre a Rutledge Mane, al edificio Badger.

Un mensaje a Mann, e instrucciones para otro agente. Si alguna otra persona abriese la carta, la escritura desaparecería antes de que tuviese tiempo de estudiar la clave.

Pero el agente de Bolsa podía descifrar la escritura con tanta facilidad como si fuese un mensaje vulgar, pues conocía la clave.

La luz se extinguió con un chasquido. En la impenetrable oscuridad de aquella habitación sonó una carcajada sorda y siniestra.

Algo ocurrió en Holmsford veinte años atrás; Un acontecimiento que quedó envuelto en el misterio y que La Sombra, que coleccionaba toda clase de sucesos extraños para sus archivos, fue el único en adivinar que era un asunto que podría tener su continuación más adelante.

Para La Sombra, la muerte de un individuo tan prominente como Josías Bartram significaba, la posibilidad de que una ola de crímenes se desatase en Holmsford.

¿Acaso ese fallecimiento implicaba una muerte inminente para otros?

Tan sólo La Sombra lo sabia y los ecos moribundos de su risa no dieron ninguna respuesta al problema. Los ecos de la risa burlona se desvanecieron en el cuarto silencioso.

Esta habitación lóbrega-el santuario secreto de La Sombra-estaba desierta.

El misterioso personaje había partido mientras los murmullos de su risa sarcástica vibraban aún dentro de aquellas paredes negras:

Una masa negra deslizóse a lo largo de la acera de una calle de Manhattan.

Llegó a la esquina de la avenida de Madison. Sin descubrir al hombre que arrojara la sombra, la figura subió a un automóvil que esperaba.

Una voz en la oscuridad habló al soñoliento chofer y le dio unas señas. El conductor despertó, extrañado que un cliente hubiese llegado de manera tan repentina.

La Sombra se dirigía a cumplir una misión. De este modo actuaba, cual un fantasma viviente, cuya figura estaba envuelta en una nube de negrura.

Había llegado como un ser de la noche y se dirigía a su destino en su estilo misterioso. De un modo invisible, sin ser oído ni conocido, podía descargar un golpe y desaparecer sin dejar rastra de su mana certera.

La Sombra se encontraba en Nueva York; pero sus ojos habían enfocado sobre Holmsford. Había dado órdenes: uno de sus agentes se personaría pronto en aquella ciudad.

La supresión del crimen era el objetivo de La Sombra.

¡Dedos de muerte! ¿Habían hecho presa en Josías Bartram? ¿Buscaban nuevas víctimas? ¿Eran tan sólo una quimera de un cerebro debilitado o existían como una amenaza real?

Estas eran unas preguntas extrañas. Sin embargo, no se le habían ocurrido a La Sombra, pues él acababa de enterarse de la muerte de Josías Bartram; no de las circunstancias que concurrieron en la escena del lecho de muerte.

Mas si existiesen tales dedos, si se preparaban para el mal encontrarían algo más que víctimas indefensas en su paso.

¡Dedos de muerte, extendiéndose para sembrar el terror y la desolación, estaban destinados a encontrarse con La Sombra!

CAPÍTULO III
ADAMS ACONSEJA

Hurley Adams hallábase sentado, solo, en una habitación interior de sus oficinas. Con las manos descansando sobre la tapa de cristal de su escritorio de caoba, el abogado miraba por la ventana.

Sus ojos agudos escudriñaron los edificios irregulares de la próspera ciudad de Holmsford, en dirección de la colina situada al otro lado, donde la azotea de una mansión de vastas proporciones mostraba sus chimeneas entre macizos de árboles.

Hurley Adams se imaginaba el interior de aquella enorme mansión. A plena luz del día, reconstruía en su mente la escena de unas noches antes.

El abogado se representaba la muerte de Josías Bartram.

El anciano contratista estaba muerto y enterrado. Sus restos yacían ahora dentro de las paredes del mausoleo de la falda de la colina. Josías Bartram había muerto como había vivido, trazando planes para el futuro.

Hurley Adams, albacea testamentario, había cumplido al pie de la letra los deseos del anciano.

En esta labor recibía la ayuda de Gracia Bartram y del doctor Felton Shores; también, en cierta medida, la de Mahinda, el criado hindú.

Nadie había sido admitido en la casa. La muerte del hombre más rico de la ciudad proporcionó material importante para los periódicos, y Hurley Adams facilitó los detalles de la historia.

Gracia Bartram habló con los pocos amigos que le dieron el pésame. El doctor Shores se ocupó de los funerales.

Todo esto fue de acuerdo con las instrucciones dadas por Bartram a Adams, antes de su muerte. El anciano habla detestado siempre toda clase de ceremonias y formulismos.

No se observaron después de su muerte. Adams y los otros se cuidaron de ello. Sin embargo, el abogado, a pesar de que se había cumplido todo al pie de la letra, estaba profundamente preocupado.

Sus pensamientos volvían constantemente a la noche en que Josías Bartram murió; y por su cerebro palpitaba aún la frase inesperada que pronunciara el moribundo y que aún quedaba inexplicada.

¡Dedos de muerte!

Nadie había mencionado las palabras desde que fueron pronunciadas.

No obstante, Hurley Adams conocía que también debieron producir una profunda impresión en los otros.

Las palabras tenían un significado misterioso para el abogado.

¿Qué significaban para las otras personas?

Felton Shores había sido el médico de cabecera de Josías Bartram. Gracia era la sobrina del difunto. Mahinda había sido un viejo y fiel servidor.

La enfermera, sólo era una persona extraña.

El viejo amigo tenía la creencia de conocer más íntimamente que nadie el pasado de Josías. ¿Se equivocaba? La pregunta era motivo de perplejidad y una fuente de preocupación para el abogado.

¡Dedos de muerte!

Ciertas personas, creía Hurley Adams, podrían haber sentido los mismos escalofríos que él experimentara al oír el frenético grito de muerte de Josías Bartram.

Pero ni el doctor Shores, ni Gracia Bartram, ni Mahinda, figuraban entre las personas en quienes él pensaba. De aquí que al abogado le embargasen unos pensamientos extraños.

Su ensimismamiento terminó cuando una secretaria entró en el despacho.

El abogado, volviéndose con un estremecimiento que no pudo reprimir, recibió el anuncio de que Willard Saybrook aguardaba en la sala de espera.

Ordenó a la secretaria que le hiciese pasar.

-Me alegro de verle, Saybrook-dijo-. ¿Cuándo ha llegado?

-Anoche-fue la respuesta-. Habría venido antes, de haber sabido la muerte de Josías Bartram. Desgraciadamente, me encontraba de viaje y no me enteré hasta que ya era demasiado tarde.

-¿Estuvo usted en la casa anoche?

-Sí. Permaneceré allí unos días.

-¿Cómo está Gracia?

-Muy animada, teniendo en cuenta lo que ha sufrido.

Sucedió un breve silencio; luego Adams formuló una pregunta relativa a la visita de Saybrook.

-Supongo-sonrió-, que, en concepto de prometido de Gracia Bartram, pensó que sería conveniente visitar al albacea testamentario de los bienes del difunto.

-No-respondió el joven-; no pensaba en tal cosa. Simplemente he venido a verle porque usted era el amigo más íntimo de Josías Bartram.

-Le conocía muy bien-reconoció el abogado-. Su muerte ha sido un golpe muy grande para mí, Saybrook. Me encontraba presente cuando murió.

Hubo otra pausa. Luego el joven dijo:

-Yo no estuve presente cuando Josías Bartram murió. Tampoco asistí a los funerales. He hablado con Gracia, que estuvo a su lado en ambas ocasiones. Por eso creí conveniente venir a hablar con usted.

-¿Conmigo?-preguntó el abogado, en tono perplejo.

-Con usted-respondió Saybrook, calmosamente-, y después con el doctor Shores. He pensado que tal vez uno de ustedes tenga una idea de la causa de la muerte de Josías Bartram.

Una expresión de enfado cubrió el rostro de Hurley Adams. El abogado observó un aire de reto en los ojos de Saybrook. Miró fijamente al joven y contestó directamente:

-La causa de la muerte fue un colapso cardíaco.

-Eso tengo entendido-repuso Saybrook-, y el entierro se celebró inmediatamente después porque...

-Porque Josías Bartram, dio instrucciones de evitar toda ceremonia innecesaria.

-Gracia también me dijo eso.

-Entonces, ¿por qué discute el asunto conmigo?

-Gracia está preocupada-explicó el joven-. No acerca del entierro, sino de lo súbito de la muerte de su tío. Y yo, para ser diferente, empiezo a preocuparme del entierro. ¿Acaso Josías Bartram trazó él mismo los planes o alguien se los sugirió?

-Los planes son de él. Los hizo hace varios años cuando terminó el mausoleo.

-Es una idea extraña-musitó el joven-. Un hombre se hace construir un mausoleo ostentoso... una muestra de orgullo en exhibición después de su muerte... y, sin embargo, exige que se le entierre sin ninguna ceremonia.

-Eso se explica fácilmente. Si usted hubiese conocido a fondo a Josías Bartram, habría comprendido.

-Me agradaría comprenderlo ahora.

-Perfectamente. Se lo explicaré.

Tras una breve pausa, Hurley Adams prosiguió-: Josías Bartram era un hombre extraño. Hizo una fortuna en Holmsford y, sin embargo, siempre detestó la ciudad. Pocos años antes de retirarse de sus negocios de contratista, empezó a criticar abiertamente a la ciudad y, más adelante, a ridiculizar a los vecinos. Esto le hizo, desde luego, impopular. Recuerdo perfectamente cuándo trazó los planos de su mausoleo. Creo que su primera intención fue hacerlo con el objeto de que el entierro fuese ostentoso. Habló de levantar el mausoleo en el centro del cementerio; y la gente empezó a criticar que gastase tanto dinero en semejante obra. Manifestaban que sería preferible que invirtiese los fondos en un monumento público, beneficioso para los vivos.

-¿Cuál fue la respuesta de Bartram?

-A eso voy. Bartram se enzarzó en una controversia. Manifestó que el monumento más importante de la ciudad era el monumento de la Guerra erigido en la entrada del cementerio. Fue realizado por suscripción popular.

»Los descontentos manifestaron que el monumento, recordando la guerra, era suficiente. Bartram, replicó entonces erigiendo su mausoleo en su propia finca, en lugar de levantarlo en el cementerio. Declaró que Holmsford era una ciudad muerta; por consiguiente, cuando estuviese muerto, preferiría reposar en Holmsford que en cualquier otro lugar.

»Añadió que los vecinos de esta ciudad eran tan poco emprendedores, que los únicos acontecimientos de importancia eran los entierros. En consecuencia, se propuso decepcionar a los que esperaban su muerte, suprimiendo un entierro con pompa. Anunció que los que vivían en Holmsford podrían ver su mausoleo después que él estuviese dentro; pero que les negaría el placer de asistir a su entierro o de verle llevado en un coche fúnebre a su tumba.

-Eso parece muy típico de Bartram-comentó Saybrook, con una sonrisa seca-. No le gustaba hacer amigos. Tuve mucha suerte en ganar sus simpatías.

-Eso explica el asunto que discutimos-concluyó Adams-. La muerte fue inesperada; pero el entierro, bajo la dirección del doctor Shores, fue de acuerdo con sus deseos.

-Volvamos, pues, a la muerte-sugirió Saybrook, en tono significativo-. Debe usted reconocer que fue inusitada.

-¿En qué sentido?

-En la forma de su muerte. En las palabras que pronunció antes de caer desplomado en las almohadas.

Una súbita nerviosidad se apoderó de Hurley Adams. El abogado de cabellos blancos empezó a abrir y cerrar las manos convulsivamente, de una manera involuntaria. De repente observó que el joven le miraba las manos.

Las dejó caer a sus costados.

-¡Dedos de muerte!-murmuró Saybrook-. ¡Dedos de muerte! ¿Puede explicar esas palabras, señor Adams?

-¿Gracia se lo ha referido?

El joven hizo un gesto de asentimiento.

-Sí-respondió-. Gracia me dijo las palabras finales de su tío. La han tenido preocupada y no puede arrancárselas de la mente. No mencionó esto a usted ni al doctor Shores. Ella esperaba que uno de ustedes dos hablarían al respecto; mas como ustedes no han vuelto a hablar de ello, he decidido preguntarles sobre el particular.

-Oí las palabras-respondió Adams-. Al principio me intrigaron y luego me preocuparon. Francamente Saybrook, he pensado mucho acerca de ellas desde entonces. Mas, después de todo, quizá no tengan ningún significado.

-Creo que son muy significativas-declaró el joven, levantándose de su asiento-. Esas palabras me hacen suponer una cosa que he venido a comunicarle. !Creo que Josías Bartram fue asesinado!

Una expresión consternada se retrató en la cara del abogado. La expresión convirtióse rápidamente en una de astucia y reserva. Pasada su sorpresa, Hurley Adams se transformó en un hombre cauteloso.

-Voy a llegar al fondo de todo esto-manifestó el joven-. No me andaré con medias tintas, Adams. Voy a activar el asunto. Si es necesario, pediré la exhumación del cadáver para que se practique una autopsia...

Hurley Adams se puso en pie de un salto. Avanzando un paso, asió por un brazo a Saybrook. En el rostro del anciano abogado aparecía una expresión de fuerza dinámica. De repente se impuso sobre el joven.

Sea lo que fuese lo que preocupase a Hurley Adams, era evidente que ya no podía contener al joven con palabras vagas. De aquí que adoptó otro método más franco que convenció a su interlocutor.

-Saybrook-dijo con voz tensa-, está usted expresando un pensamiento que me ha preocupado, y, sin embargo, no he mencionado a nadie. Intenté no dar importancia al asunto simplemente porque deseaba ver la impresión que en usted habían producido las palabras que le ha contado Gracia Bartram.

Tras una pausa, añadió:

-Como usted, creo que Josías Bartram puede haber fallecido de una muerte que no es natural. Pero yo tenía el deber de seguir sus instrucciones. EL entierro se efectuó de acuerdo con sus planes. No obstante, no se ganará nada actuando precipitadamente. Quizá ambos estemos equivocados

-¡Averigüemos la verdad, entonces! -exclamó el joven.

-Averigüemos la verdad-asintió el abogado-. Pero no siguiendo el método que usted sugiere. Sería un error exhumar el cadáver. Provocará una sensación tan grande que el

asesino, si hay tal, tendrá tiempo de huir. No, Saybrook; una acción precipitada no conduciría a nada práctico. Es mejor, esperar.

-¿Y dejar que el asesino huya?

-No. Vigile mientras esperamos. Trate de ver si puede adivinar el propósito del asesino. Ya ha cometido usted un grave error, Saybrook.

-¿Cómo es eso?

-Al comunicarme sus sospechas. Sin embargo, me alegro de que lo haya hecho; pero no debe mencionarlo más. Ciertamente, no al doctor Shores.

-¡Usted no sospecha de él!

-No sospecho de nadie. Simplemente estoy convencido de que nos encontramos frente a un misterio. Los pensamientos que se guardan permanecen en el secreto. Quede esto entre nosotros.

-Quizá el doctor Shores también sospeche algo...

-Si es así, dejemos que él hable. Yo sería el primero a quien él hablaría.

Willard Saybrook se sentó, pensativo.

El consejo del anciano abogado parecía razonable. Puesto que había confesado que él también abrigaba la creencia de que Josías Bartram podía haber sido asesinado, el joven estaba dispuesto a escuchar a la razón.

El abogado había adoptado una buena táctica.

-Procuraré seguir su consejo-dijo Saybrook-. Mas, al mismo tiempo, Adams, no veo la conveniencia de sufrir una espera tan larga y estar tanto tiempo en suspenso. Si Josías Bartram fue asesinado, tenemos el deber de hacer cuanto sea posible para descubrir al criminal. Si la muerte obedeció a causas naturales, somos unos necios al dejarnos dominar por unos pensamientos tan enloquecedores.

-Saybrook-dijo el abogado en tono paternal-, tengo tanta ansiedad como usted; a decir verdad, mucha más que usted, por averiguar la verdad. Yo era el abogado de Josías Bartram. Conozco los problemas que él afrontaba. Si se trata de un crimen, debemos proceder con mucha cautela. No existe más que una causa probable por la cual pudiera haber sido asesinado. Puedo afirmar con toda seguridad que si se trata de un asesinato, el criminal actuará en forma que no me pasará inadvertida. Sus actos seguirán forzosamente un curso que llegará a mi conocimiento. Si no ocurre nada nuevo, estaré seguro de que Josías Bartram no fue asesinado. ¿Por qué no esperar a ver lo que sucede? Le he estado vigilando. Estoy dispuesto a esperar. Evite obrar con precipitación. Este es mi consejo.

Tras una pausa momentánea, añadió:

-Si está preocupado por Gracia, puedo asegurarle que no veo ningún posible peligro para ella. No obstante, si usted obrase precipitada e imprudentemente, podría provocar una amenaza para usted y, por lo tanto, poner en peligro a Gracia también.

Willard Saybrook se levantó. Estas últimas palabras decidieron su táctica.

Tendió las manos al abogado, que se las estrechó calurosamente.

-No despegaré los labios. No hablaré a nadie-anunció-. A lo menos, por ahora. Creo que tiene usted razón. Vendré a verle otro día; y esperaré hasta que usted crea conveniente.

Cuando el joven hubo salido de la oficina, Hurley Adams exhaló un hondo suspiro de alivio. Sentado a su escritorio, tamborileó en la tapa de cristal de la mesa con los dedos, mientras miraba, absorto en sus pensamientos, por la ventana.

¡Dedos de muerte!

Saybrook también había encontrado un significado en aquellas palabras agonizantes. El joven guardaría silencio, en respuesta a un argumento razonable. Hurley Adams había impuesto su punto de vista.

Pero ¿por qué razón deseaba el abogado guardar tanto secreto? Sus palabras y su conducta indicaban que tenía un motivo personal que Willard Saybrook ignoraba. ¿Qué le movía a proceder de tal modo?

La respuesta permanecía oculta en el cerebro del abogado, junto con las palabras fantásticas que un moribundo gritara segundos antes de su muerte.

El rostro de Hurley Adams presentaba una expresión preocupada, mas también veíase un aire de resolución.

¡El tiempo, solamente, diría la que el abogado conocía acerca de la extraña muerte de Josías Bartram!

CAPÍTULO IV
LOS METODOS DE LA SOMBRA

Después de salir de las oficinas del abogado, Willard Saybrook fue directamente a su despacho, situado en un edificio cercano. Al llegar, se hundió en un sillón y empezó a pasar revista a la extraordinaria discusión que había sostenida con Hurley Adams. Discurriendo, se percató de su limitado conocimiento de los negocios y de la vida, del difunto Josías Bartram.

Willard Saybrook llegó a Holmsford hacia varios años, en calidad de representante de una importante fábrica de Tejas.

Había conocido a Josías Bartram por asuntos de negocios; pues el viejo contratista, al pesar de llevar urna vida retirada, siguió conservando algunos intereses en la industria de la construcción.

El joven vió por primera vez a Gracia en la casa de su tío, resultando un noviazgo.

Cuando se hallaba en Holmsford, solía hospedarse en un hotel. El distrito era muy grande y exigía que viajase continuamente.

Holmsford era simplemente su base de operaciones. La noticia de la muerte de Josías Bartram le llegó mientras estaba de viaje, efectuando un recorrido.

A su regreso, como mencionara a Hurley Adams, fijó su residencia en la casa del contratista.

A pesar de la manera enérgica como hablara al abogado, no era un hombre de tipo agresivo. Comprendió perfectamente que no era de su incumbencia intervenir en la liquidación de los bienes del difunto.

No tenía motivos para sospechar que Hurley Adams procediese de una manera turbia. El abogado era un amigo de toda la vida y el viejo contratista había sido un hombre de negocios demasiado sagaz para confiar sus asuntos a uno, que pudiese falsear en beneficio propio su testamento.

La visita fue hecha para poner sobre aviso al abogado y su conversación dióle nueva confianza, a pesar de que sus aprensiones aumentaron por las manifestaciones del anciano letrado.

Recordando el consejo del abogado, comprendió que seria imprudente seguir adelante este asunto, por el momento.

Le habría gustado discutir el caso con el doctor Shores; no obstante, pensó que sería mejor hacer lo que el abogado había sugerido; y esperar a ver si Shores iniciaba la conversación algún día.

¡Un asesinato! ¡Dedos de muerte! Eran unos pensamientos inquietantes.

Tenían perplejo al joven, pues se apartaban de su esfera de acción. Él era un hombre de negocios y no un detective.

Al mismo tiempo, poseía un cerebro agudo y no estaba dispuesto a permanecer inactivo ante situación tan sospechosa.

Desde que Gracia Bartram les comunicó sus temores, la noche antes, el joven estuvo activo de una manera metódica.

Encima de la mesa de escritorio había varios periódicos conteniendo la historia de la muerte de Josías Bartram.

Los había examinado, leyendo la larga reseña de la carrera del difunto. Se percató de que las historias eran demasiado superficiales e inadecuadas.

No obstante, un hecho le impresionó. La simplicidad del entierro, en contraste con el magnífico y costoso mausoleo, aparecía con todos sus detalles en la Prensa.

Publicaban fotografías de la mansión de Bartram; y de la muchedumbre que se reunió en los alrededores de los terrenos de la finca.

Además, fueron también tomadas por los reporteros gráficos de otras ciudades. Saybrook había adquirido algunos diarios de Nueva York y en ellos encontró impresos los mismos clisés que habían aparecido en Holmsford.

Las noticias, pensó, parecían ser de interés popular. En una ciudad mayor, la muerte y el entierro de Josías Bartram apenas habrían llamado la atención.

Pero la posición destacada del difunto, la curiosidad de la gente, y otros factores similares, habían producido una excitación pública; y hasta la Prensa de Manhattan se dignaba reseñar lo ocurrido.

No obstante, la oleada de noticias desapareció inmediatamente. Esos periódicos eran ya de algunos días retrasados. Las últimas ediciones ya no mencionaban al contratista.

Sin embargo, se había provocado un interés latente. Millares de personas habían leído lo relativo a Josías Bartram. Si el nombre del difunto contratista apareciese de nuevo en algún periódico, sería pronto reconocido.

La petición de una exhumación, del cadáver produciría el efecto de una bomba. Estas fotografías serian objeto de una demanda inmediata.

Holmsford volvería a ocupar la primera página, de una manera más destacada aún que antes.

Este factor convenció al joven que el consejo de Hurley Adams era muy prudente. Era preferible que el cuerpo permaneciera tranquilo en su tumba.

Ningún escándalo resucitaría ya al difunto contratista.

Si la hipótesis de un asesinato, directo o indirecto, era acertada, ocurría preferible esperar el desarrollo de los acontecimientos. Hurley Adams había convencido a Willard Saybrook de que el tiempo justificaría o desmentiría las sospechas.

El joven examinaba aún los periódicos que tenía en la mesa, cuando una taquígrafa entró en el despacho a anunciar que un caballero deseaba verle.

Recibió la tarjeta que la empleada le entregó. Llevaba la siguiente inscripción:

HARRY VINCENT
Agente Contratista
Nueva York

Willard Saybrook no había oído nunca hablar del visitante; sin embargo, pensó que estaba relacionado con la industria. Ordenó a la taquígrafa que lo hiciese pasar.

Unos minutos más tarde estrechaba la mano de un joven de rostro franco y afable, aproximadamente de su misma edad.

-Me alegro de conocerle, señor Vincent - dijo Saybrook-. No recibo con frecuencia visitas de Nueva York. Especialmente a uno que se dedica al ramo de la construcción. En realidad, la industria está algo paralizada actualmente.

El joven miraba la tarjeta mientras hablaba. El nuevo agente sonrió ligeramente. Aquella tarjeta había prestado muy buenos servicios.

A pesar de la que la tarjeta manifestaba, no vino con Harry Vincent de Nueva York. La tarjeta fue impresa en Holmsford, la tarde anterior, después de haber averiguado la clase de negocios a que se dedicaba Willard Saybrook.

-Conozco, que el ramo de la construcción atraviesa una crisis actualmente - afirmó Harry Vincent-. Esto, en cierto sentido, explica mi interés en esta ciudad.

-¿Cómo es eso?-inquirió Saybrook, sorprendido.

-Mi negocio es de un carácter inusitado-explicó el visitante-. Además, me permite cierta independencia. Estoy en contacto con ciertas empresas que están interesadas en montar sucursales en varias localidades. Visito diferentes lugares, estudio las posibilidades que ofrece la industria y someto unos planes completos a esas empresas. Cuando encuentro un distrito que ofrece un buen porvenir, saco excelentes beneficios.

-Comprendo-sonrió Saybrook-. Por lo tanto, una ciudad en la que el ramo de construcción necesita trabajos es más fácil que acepte las ventajas de unas construcciones baratas...

-Exacto-manifestó Harry Vincent-. Hasta ahora no he hecho nada en Holmsford; en realidad, abrigo la intención de dirigirme a otro distrito. Pero mientras me encuentro aquí, deseo conocer a los constructores y las empresas relacionadas con el ramo.

»Nunca he tenido relaciones con su casa, pero la conozco por su buena reputación, y como, al parecer, ustedes controlan el distrito, las órdenes que yo pudiera obtener tendrían que venir por su intermedio.

-Muchas gracias, señor Vincent -respondió Saybrook.

Era evidente que esta primera entrevista no conduciría a ningún negocio y, en consecuencia, Saybrook desvió la conversación a temas de la industria de la construcción en general.

No obstante, durante la conversación, Saybrook observó que su visitante miraba el montón de periódicos de la mesa. Esto hizo que pensara en el importante asunto de Josías Bartram.

-¿Estaba usted en Nueva York hace unos días?-preguntó de repente.

Vincent movió la cabeza asintiendo.

-¿Vió usted, por casualidad, alguno de estos periódicos?

Harry arrojó una ojeada al montón y tomó un ejemplar del Clásico de Nueva York.

Saybrook sonrió. Cogió el periódico y abrió la página que publicaba una fotografía del mausoleo de Josías Bartram.

-¿Vió usted esta fotografía?-inquirió.

Harry Vincent examinó la fotografía y luego movió afirmativamente la cabeza. AL leer el encabezamiento, su rostro tomó una expresión de sorpresa.

-¡Pues si esto se refiere a Holmsford!-exclamó-. No me había fijado antes. Josías Bartram... sí... oí mencionar su nombre en alguna parte. Era un contratista, ¿no es cierto? Oí decir, no hace mucho, que había muerto de repente.

-La semana pasada-manifestó Saybrook, quedamente-. Está muerto y olvidado ya, hasta por los periódicos de Holmsford desde hace unos días. Su muerte fue un golpe muy fuerte para mí. Josías Bartram era el tío de mi prometida.

Su visitante oyó la declaración con agrado y sorpresa.

El joven echó el periódico a un lado.

-Lo mencioné - declaró bruscamente-, porque me preguntaba si era mucha la sensación qué provocaban los periódicos.

-No mucha, en mi opinión -observó Harry Vincent.

En la conversación que siguió, se enteró de que el joven residía en la casa del difunto.

Saybrook descubrió, a su vez, que su visitante se hospedaba en el hotel Elite, que durante las próximas semanas entraría y saldría de Holmsford. Ambos hombres estuvieron cordiales y se trabó una verdadera amistad.

Debido a las circunstancias en que se encontraba entonces Saybrook, no podía concertar una entrevista fuera de las horas de oficina; pero invitó a Harry Vincent a ir a verle en la casa de Bartram, después de liquidar los negocios del difunto contratista.

Aquella noche, después de cenar en el triste comedor de la inmensa mansión del viejo Bartram, donde Mahinda andaba silenciosamente en torno de la mesa, sirviendo la cena, mencionó a su prometida que había conocido a una persona llamada Harry Vincent.

Se felicitó a sí mismo por la manera que discutió con su visitante la cuestión de la muerte de Josías Bartram, sin mostrar la más mínima aprensión relativa a la causa de la muerte. Precisamente en aquella misma hora Harry Vincent, en su habitación del hotel Elite, se congratulaba a sí mismo par el tacto que había mostrado en su visita a la oficina de Willard Saybrook. Pues Vincent también había velado sus pensamientos.

Simuló ser un agente de algunas empresas de la industria de la edificación meramente para ponerse en contacto con Willard Saybrook. En realidad, el joven estaba ocupado en otra misión.

Era el agente de un misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra; y esa noche había completado y despachado un informe de sus pesquisas en la ciudad de Holmsford.

Por algún motivo, La Sombra se interesaba en la defunción de Josías Bartram. ¿Por qué? Harry Vincent lo ignoraba.

En concepto de agente de La Sombra tenía el deber de seguir sus instrucciones al pie de la letra, sin preocuparse de los propósitos de su jefe.

Aun para Harry Vincent, antiguo y fiel agente suyo, La Sombra era un nombre de misterio. Una noche lóbrega -hacía mucho tiempo-La Sombra surgió de la espesa niebla para impedir que Harry Vincent se suicidase.

El joven había servido fielmente a La Sombra desde entonces; pero jamás vió al hombre de misterio cara a cara.

Repetidas veces La Sombra había aparecido cual un fantasma en momentos críticos para salvar a Harry Vincent y a otros de una muerte segura, pero siempre desaparecía de manera tan misteriosa como llegara.

Esa noche el joven remitió a su jefe un informe, redactado en clave, escrito con una tinta especial que desaparecería en cuanto se lo leyese. No obstante, la nota no fue mandada directamente a su jefe.

Fue dirigida a Rutledge Mann, el agente de Bolsa, que servía de enlace entre La Sombra y sus ayudantes.

A la noche siguiente, en alguna parte de Nueva York, el misterioso personaje leería el informe de su ayudante. Conocería entonces los pormenores que su agente había descubierto referentes a la vida de Josías Bartram.

Los datos eran insignificantes. En su informe había nombrado a Hurley Adams, como su abogado; mencionaba que Felton Shores era su médico de cabecera, y que Willard Saybrook era el prometido de la sobrina del anciano contratista.

Añadió otro nombre a la lista: él de Mauricio Pettigrew, un arquitecto de Holmsford que había sido empleado, en diversas ocasiones, por Josías Bartram.

Sin embargo, Harry, acostumbrado en el servicio de La Sombra a apreciar a los hombres con quienes entraba en contacto, estaba convencido de que había tenido un éxito al escoger a Willard Saybrook como la única persona con quien sería más conveniente trabar amistad.

La conducta de Saybrook aseguró a Harry de que el joven pensaba aún profundamente en la muerte de Josías Bartram.

¿Se trataba de un asesinato? ¿Acaso señalaba el comienzo de una serie de crímenes?

Estos pensamientos bullían en la mente de Harry Vincent. Pues conocía que La Sombra, el extraño fantasma de la oscuridad, era un lobo solitario que había declarado la guerra a las hordas siniestras del crimen.

Cuando, en carácter de agente de La Sombra, se le destinaba una misión, era únicamente para buscar indicios y servir a su jefe coma éste decidiera.

¡Una vez que surgía la amenaza del crimen, el objetivo de La Sombra era frustrarlo y luego exterminarlo en su propia guarida!

¡Tales eran los métodos del misterioso personaje!

CAPÍTULO V
DEDOS Y UN ROSTRO

Harry Vincent visitó a Willard Saybrook una tarde. La noche del día siguiente pasó delante de la casa de Bartram, por falta de otro plan mejor.

Era cerca de medianoche cuando regresó al hotel Elite. Escribió un breve informe de su excursión infructuosa y decidió que no había nada que hacer hasta el día siguiente.

Entonces, quizá, sería conveniente dedicar su atención a Hurley Adams o a Mauricio Pettigrew.

Había pasado delante de dos casas una, la de Adams; la otra, la residencia de Pettigrew. Ambos lugares estaban desiertos, y el joven se convenció de que los inquilinos estaban fuera.

Acertó al suponer eso. Pero si hubiese efectuado una visita horas más tarde a la casa de Pettigrew, habría visto el resplandor de una lámpara recién encendida.

Pues, a medianoche, Mauricio Pettigrew regresó a su casa después de visitar a algunos amigos en otra parte de Holmsford.

Mauricio Pettigrew no se encontraba solo. Llegó con un grupo de amigos, quienes le llevaron en su automóvil a su casa. A sugerencias del arquitecto, entraron en la casa a tomar unos refrescos.

Unas luces tenues, cuyos rayos salían por unas ventanas con las persianas echadas, indicaban la situación del estudio de Pettigrew.

Esta habitación constituía el orgullo de su constructor. Estaba situada en el piso segundo de la casa, y los visitantes la admiraron al entrar. La pieza estaba adornada con muchos objetos artísticos y raros.

Sus paredes estaban cubiertas de repletas librerías. Gruesos cortinajes colgaban en los rincones. El estudio estaba amueblado con pesados sillones y divanes.

Mauricio Pettigrew, un anciano de espíritu de artista, esbozó una sonrisa al observar la admiración de sus amigos.

EL grupo constaba de una media docena de personas, y las señoras, así como los caballeros, estaban interesadas en la instalación del espacioso estudio.

Sonriendo, el arquitecto abrió, un artístico armario y sacó una botella y unas copas. Sirvió a sus visitantes y, mientras éstos sorbían sus bebidas, habló en tono filosófico.

-Entendemos la vida mas a medida que envejecemos-declaró-. Apreciamos sus valores y comprendemos sus deficiencias. Somos capaces de tomar una decisión cuando la vida ya no es útil. Entonces, si obramos con sabiduría, tomamos medidas para completarla.

-¿No está usted cansado de vivir?-observó uno de los visitantes.

-¿Yo?-El tono le Pettigrew fue desdeñoso-. Mi vida es como esta copa. Bonita de aspecto agradable cuando está llena, capaz de larga duración si se la cuida, pero dispuesta cuando llegue el momento...

El viejo arquitecto dejó caer la copa. Chocó con la tapa de mármol de la mesa, rompiéndose en mil fragmentos.

Los amigos de Pettigrew profirieron unos murmullos de sentimiento, al percatarse de que el hermoso objeto de cristal había sido destruido.

-¿Qué es una copa? - preguntó el arquitecto-. ¿Qué es la vida? Rompí la copa porque sentí esa inclinación. Terminaría con mi vida igualmente, si sintiese ese deseo. .

Sonrió al grupo; luego volvió a hablar, en tono frívolo, pero convincente.

-No obstante-continuó-, no abrigo esa intención, por el momento. No he llegado aún a ese período de senilidad en que entró mi viejo amigo Josías Bartram. La muerte fue lo mejor para él. Es una lástima que no le ocurriese antes.

-Bartram estuvo enfermo mucho antes de guardar cama-observó uno-. De todos modos, no podía disfrutar de la vida, tal como vivía, en oposición con todo el mundo:

-Era amigo suyo, ¿no es verdad?-interrogó una persona.

El rostro del arquitecto iba adquiriendo un aire de preocupación. Parecía lamentar haber mencionado el nombre del finado.

Evidentemente, evocaba pensamientos desagradables. No obstante, hizo lo posible para disimular su preocupación. Sonrió con acritud, al responder:

-Bartram era amigo mío-se llenaba otra copa-hasta el día que pensó que se bastaba a sí mismo. Era un defecto suyo. Jamás pagaba nada sin desear haberlo podido hacer él mismo. Yo le trazaba los planos de los edificios. Él tomaba anotaciones adquiriendo de este modo cierto conocimiento de mi estilo de arquitectura. Cuando construyó ese caserón suyo, trazó personalmente los planos. Lo mismo ocurrió con otros edificios. Hasta con su mausoleo. Véanlo, -demostró con un resoplido su desdén-, verán qué mezcla absurda de estilos es.

Hubo una pausa. Continuó:

-Bartram tenía un solo punto bueno. Denigraba la inteligencia de los vecinos de esta ciudad. Declaraba que eran unos bobos. Tenia razón y la mejor prueba de ello es la zarabanda que armaron acerca de ese maravilloso mausoleo suyo. Querían que Josías Bartram construyese un edificio público planeado por él mismo. ¡Qué ridículo!

La explosión le produjo una exaltación que gradualmente empezó a menguar. Sus visitantes se sonrieron de sus observaciones.

Habían terminado de beber sus copas y se marchaban. El arquitecto apuró la suya y los acompañó a la planta baja. Después que se hubieron marchado, regresó a su estudio.

Su rostro había adquirido un aire moroso, que fue observado por sus amigos.

La expresión aparecía más marcada al estar solo.

Se sirvió una tercera copa y volvió a colocar la botella en el armario.

Sentándose en una butaca en un rincón, depositó la copa llena en una mesa a su lado y miró con aire vago hacia el otro lado del estudio.

Transcurrieron varios minutos y los labios de Pettigrew empezaron a moverse. El arquitecto, absorto en sus pensamientos, hablaba a media voz sobre el tema que mencionara tan ligeramente a sus visitantes.

-Josías Bartram-cuchicheó-. Josías Bartram... muerto. Está muerto. Muerto... ¿Cuál sería la causa? ¿Acaso le mataron?

Expresaba el extraordinario pensamiento que se le ocurriera a Hurley Adams y a Willard Saybrook. Mas, de estos dos, Adams vió morir a Bartram y Saybrook había sabido de la muerte por boca de Gracia.

¿Por qué razón, a Mauricio Pettigrew, que no había visto a Josías Bartram desde hacía unos meses antes de la muerte, se le ocurría el mismo pensamiento?

Sus labios temblorosos no formularon la respuesta; sólo indicaron la preocupación que le embargaba.

La mano del arquitecto buscó la copa. Sus labios sorbieron el licor y puso la copa encima de la mesa. Sus ojos, mirando abstraído hacia la pared opuesta, se quedaron fijos al posarse sobre una fotografía.

Era una fotografía de un Banco de Holmsford, uno de los edificios que Pettigrew había planeado muchos años antes.

Pequeño y anticuado, fue una gran cosa en aquella época; Y aun en estos momentos en que lo contemplaba, sentíase orgulloso de sus cualidades arquitectónicas.

Pero había algo en la mirada del arquitecto que mostraba un oculto interés en aquella fotografía. Sus labios se movieron silenciosamente de nuevo.

Con la mirada fija y vaga, había perdido la noción del lugar que le rodeaba.

No percibió el rumor de las pesadas cortinas de terciopelo que pendían en un rincón cercano, a poco más de un metro de distancia.

El estudio, con sus luces tenues, era un escenario apropiado para una tragedia, y, en medio del silencio absoluto e interrumpido, sucedió una cosa fantástica.

El leve movimiento de la cortina cesó. De sus pliegues purpurinos emergió, poco a poco, un objeto borroso.

¡Una mano humana extendíase hacia Mauricio Pettigrew!

Lo más notable eran los dedos. Con firmeza y cautela, agarraron un frasco minúsculo conteniendo un liquido verde pálido.

Aquellos dedos de afiladas uñas constituían una amenaza que el arquitecto no percibió; mas su objetivo se encontraba más cerca de la cortina de lo que estaba el dueño de la casa.

Los dedos alcanzaron su objetivo-la copa medio llena de Pettigrew.

Guiados por unos ojos que debían estar escudriñando desde detrás de los pliegues de la cortina, los dedos vertieron el líquido verde pálido suavemente en la copa de licor del arquitecto.

Luego, con igual cautela, la mano empezó a retirarse con el frasco vacío.

Se detuvo de repente cuando el brazo de Pettigrew se movió en dirección de la cortina, El arquitecto, pensando en su licor, alargaba la mano para agarrar la copa.

Cuando Pettigrew tocó la copa, la mano que vaciara el recipiente quedó inmóvil, a la vista. Para retirarse tendría que mover la cortina. Lo mejor que podía hacer era permanecer donde estaba.

Pettigrew, con la copa en la mano, contemplaba el licor. Sus ojos observaron el ligero cambio de color. El examen terminó bruscamente. Levantó la copa, se la llevó a los labios y bebió.

La mano que estaba sobre la mesa comenzó a alejarse. El arquitecto, humedeciéndose los labios, para probar un sabor inesperado, empezó a fruncir el ceño, lleno de perplejidad. Con un gesto de impaciencia, volvióse hacia la mesa y dejó de un golpe la copa.

¡Fue entonces cuando vió los dedos!

Agarrando aún el frasco, la mano movíase hacia la cortina. De la garganta de Pettigrew salió un grito ronco y frenético, denotando duda y comprensión al propio tiempo. Tirando la copa a un lado, fue a coger la mano. Los dedos, alejados de la mesa, soltaron el recipiente, que cayó sobre la espesa alfombra.

Medio incorporado, lanzóse a través de la mesa tratando de agarrar la cortina. Su voz intentó convertirse en un grito frenético, mas fue en vano.

No resultó más que un ruido ronco de estrangulamiento.

El arquitecto olvidó su objetivo. Presa de un dolor ardiente, se agarraba con ambas manos el cuello, en su butaca, empezó a retorcerse de dolor, pero sus ojos seguían mirando la cortina donde los dedos de muerte aparecían blancos contra la púrpura sombría.

Cuando sus ojos se tornaban vidriosos, vió, al separarse la cortina, la figura de un hombre apareciendo a la vista.

Una exclamación de sorpresa y sobresalto brotó de sus labios. En un breve instante, Mauricio Pettigrew había visto la faz del asesino. Unos segundos más tarde, ya no vió más aquel rostro.

Pues sus ojos se habían cerrado para siempre. El hombre que permanecía de pie delante de la silla era un asesino ahora.

Mauricio Pettigrew estaba muerto. El veneno del frasco se mezcló con el licor de la copa. ¡Dedos de muerte habían realizado su labor siniestra!

CAPÍTULO VI
HARRY VINCENT ACTÚA

Fue la tarde siguiente cuando Vincent se enteró de la muerte de Mauricio Pettigrew.

La noticia, promovió una enorme sensación en Holmsford. Apareció en grandes titulares en el periódico de la noche y fue voceado por los vendedores en las calles.

Al entrar en el hotel Elite, Harry oyó que gritaban la noticia y adquirió un ejemplar. Aquella mañana inició una cautelosa investigación de Hurley Adams.

Ahora sus pensamientos se dirigieron al instante sobre Mauricio Pettigrew.

Leyendo la primera página del periódico, se hizo cargo de los detalles que explicaban al público el hallazgo del cadáver del arquitecto.

La policía actuó con rapidez, con tal premura que el periódico publicaba un informe completo. Pettigrew fue visto vivo, por última vez, a medianoche, al regresar a su casa acompañado de varios amigos.

Estos habían sido interrogados. Salieron juntos, en un grupo, de la casa del arquitecto. Declararon que habían observado una conducta extraña; parecía estar abatido.

Una mujer fue a limpiar la casa, a mediodía.

Tenía una llave y al entrar encontró el cadáver en el estudio.

El caso presentaba los caracteres de un suicidio. Julio Selwick, un hombre retirado de los negocios y actualmente jefe de policía de Holmsford, estuvo allí en persona.

La muerte era debida a un veneno, declaró el jefe de policía. Este tóxico, contenido en un frasco, fue vertido en una copa de licor que Pettigrew ingirió.

En un botiquín la policía había descubierto otros frascos del mismo tóxico.

La deducción era evidente. Mauricio Pettigrew, después de la conversación con sus amigos, eligió esta forma de suicido.

Harry Vincent estaba pensativo. No veía ninguna relación entre esta muerte y la de Josías Bartram, excepto que los dos hombres estuvieron en un tiempo asociados. No obstante. Vincent aguardaba lo inesperado.

Durante el largo tiempo que había estado al servicio de La Sombra, aprendió a observar el valor de esta clase de coincidencias.

El periódico apuntaba un suicidio. Las pruebas parecían confirmarlo. Todos los visitantes de Pettigrew estaban seguros de que el arquitecto quedó solo.

La puerta principal fue encontrada cerrada con el pestillo tal como Pettigrew la dejara después de salir los invitados.

-Un asesino-ni siquiera se sugería tal cosa-no podía haberlo ejecutado.

Además las pruebas-la copa, el frasco-indicaban un suicidio.

Harry Vincent mismo no veía indicios de un crimen. Otro pensamiento le embargaba: el de la muerte.

¿Por qué murió Mauricio Pettigrew? Para el ayudante de La Sombra, la pregunta era de vital importancia. Al formularla, veía una relación entre las muertes de Pettigrew y Bartram.

Impulsado por este pensamiento, actuó siguiendo una inspiración. Recordó que Willard Saybrook mostró un gran interés en la muerte de Josías Bartram.

En realidad, el joven introdujo el tema involuntariamente. ¿Hablaría ahora, también, de Mauricio Pettigrew?

Siguiendo la inspiración, se dirigió hacia la oficina de Saybrook. Llegó al lugar a los diez minutos, y al entrar en el edificio, tenia la seguridad de que seguía una buena pista.

El joven a estas horas, estaría también enterado de la súbita muerte del arquitecto.

Al llegar a la oficina exterior de Saybrook, la encontró desierta. La puerta del despacho interior estaba entornada; y oyó que Saybrook hablaba a la taquígrafa.

Era evidente que el joven acababa de llegar.

-¿No ha telefoneado el señor Adams?-preguntaba-. ¡Hum...¡ Debería haberlo hecho ya. Pasé por su oficina cuando él había salido a almorzar. Dejé recado que me telefonease en cuanto llegara. Telefonee a su oficina si él no llama antes de media hora.

La taquígrafa al salir, vió a Harry. Volvió al despacho de su jefe a anunciar al visitante. El fingido representante fue introducido y Saybrook le recibió cordialmente.

La conversación se inició sobre asuntos de construcción. Era evidente que deseaba evitar discutir otros temas.

Harry le siguió la corriente. Observó que los periódicos de hacia dos días habían desaparecido de la mesa, pero que había un ejemplar de la noche anterior. De ello dedujo que Saybrook conocía la muerte de Mauricio Pettigrew.

El rostro del joven tenía un aire de preocupación y Harry pensó que había hecho muy bien en ir a visitarle, obedeciendo al impulso de una inspiración.

No obstante, no quería abordar el tema de la muerte del arquitecto, al menos que Saybrook lo iniciara.

La situación se aproximaba a un dilema hasta que ocurrió algo que favoreció a Harry.

El teléfono de la mesa repiqueteó. Saybrook cogió con ansiedad el receptor y Harry observó que en su rostro aparecía una expresión de excitación.

Era evidente que el joven reconocía la voz del otro extremo del hilo.

-Sí... sí... Sí, señor Adams. Pasé por su oficina. Quería preguntarle... sobre el asunto que discutimos el otro día... ¿Cree que ha ocurrido algo... que tenga relación con lo que hablamos?

Harry observó que Saybrook parpadeaba nervioso. El receptor chasqueaba sordamente cuando sonó la voz que respondía; pero Harry no distinguió las palabras.

El joven hablaba de nuevo:

-Sí. No puedo discutir el asunto en este momento, pero me pareció evidente que existía alguna relación... Sí... creo que sería preferible que nos viésemos... Mañana, en su oficina... ¿No?... Ah, comprendo... Sí ... sí... En su casa, por la noche... sí, iré.

Cuando Saybrook colgó el receptor, Harry Vincent, al parecer indiferente a la conversación telefónica, había cogido el periódico de la noche anterior y miraba con aire despreocupado la primera página.

Cuando el joven volvió su atención hacia su visitante, éste comentó en tono casual,

-¡Qué suicidio más extraño! -exclamó-. ¿Quién es ese Mauricio Pettigrew?

Saybrook cogió el periódico con fingida indiferencia. Haciendo un esfuerzo para conservar la calma, repuso:

-¿Mauricio Pettigrew? Ah, sí. He leído la noticia. Era un destacado arquitecto de la localidad. Es una lástima que haya muerto.

La tentativa de tratar ligeramente la muerte del arquitecto era, en opinión de Harry Vincent, prueba de que el joven estaba preocupado por el suicidio.

Corroborando esta opinión, Saybrook cometió otro error al intentar explicar su conversación telefónica de una manera indiferente.

-Ahora estaba hablando con Hurley Adams-dijo-. Es el abogado que se ocupa de la herencia de Josías Bartram. Es un asunto muy complicado, que las mujeres no entienden. Gracia me ha pedido que hablase con Adams. Es muy difícil encontrar el momento oportuno, pues está muy ocupado.

«!Por Júpiter!-añadió, golpeando el periódico como si le asaltara un pensamiento-. No me sorprendería que el viejo Adams hubiese sido el abogado asesor de Mauricio Pettigrew. Habló como si tuviese mucho trabajo hoy. Me dijo que mañana tendría todo el día ocupado. Por lo visto, los abogados aumentan su clientela cuando se hacen viejos. Es cuando sus clientes empiezan a morir y dejan bienes que hay que liquidar.

El tema de la conversación cambió y Harry Vincent encontró una oportunidad para salir de la oficina.

El agente de La Sombra se felicitó a sí mismo cuando regresaba al hotel.

Estaba seguro de que Saybrook deseaba conferenciar con Hurley Adams respecto de la muerte de Mauricio Pettigrew.

¿Por qué?

Era un misterio; pero Harry no tenía más remedio que notificarlo al instante a La Sombra.

Recordó que Saybrook, ansioso por hablar con Adams, lo hizo con rapidez.

Sin duda temía haber proporcionado a Harry Vincent alguna pista para relacionar el abogado con Pettigrew.

No cabía duda de que Adams era el abogado del arquitecto muerto.

Saybrook, queriendo disimular, creyó que sería mejor mencionarlo.

¡A la noche siguiente! Hurley Adams y Willard Saybrook se reunirían en conferencia, en la casa del primero.

Hasta el momento señalado, debía proceder con cautela. Un paseo en su coche le permitiría vigilar la casa de Bartram, para asegurarse de que Willard Saybrook permanecía allí esa noche.

¡Mas a la noche siguiente!

Ese era el verdadero problema. Eso se apartaba de la misión de Harry Vincent. En calidad de agente de exploración, tenía el deber de informar sobre la primera fase del misterio.

En su habitación del hotel Elite, redactó un telegrama para Rutledge Mann.

«Compre valores según convenido y notifíquemelo, antes de mañana por la noche.»

EL telegrama llegaría a manos del agente de Bolsa antes de marcharse de la oficina. Significaba que había ocurrirlo alguna cosa grave en Holmsford; que el momento culminante sería la noche siguiente.

Este mensaje sería retransmitido inmediatamente a La Sombra.

El joven ayudante tenía razón. Poco después de las cinco, un mensajero entró en las oficinas de Rutledge Mann, en el edificio Badger, cerca de Times Square.

Entregó el telegrama a la taquígrafa, quien lo pasó al despacho particular del agente de Bolsa.

Rutledge Mann, un caballero de rostro solemne, abrió el telegrama y lo leyó en su estilo grave. Descolgó el receptor de un teléfono y marcó un número.

Una voz reposada contestó:

-Burbank al aparato:

Burbank era el agente invisible de La Sombra. Instalado en cierto lugar, recibía telefonemas a cualquier hora, de La Sombra y sus ayudantes.

Cambiaba de domicilio con frecuencia. No obstante, siempre era posible ponerse en contacto con él.

Rutledge Mann leyó por teléfono el mensaje. Sonó un chasquido en el otro extremo de la línea. Veinte minutos más tarde, Mann, esperando pacientemente, oyó replicar el teléfono. Era Burbank, que respondía.

El hombre de voz reposada dio a Rutledge Mann un mensaje para que lo telegrafiase a Harry Vincent. El agente de Bolsa escribió la nota en un impreso y llamó a la taquígrafa.

Mientras Harry Vincent cenaba en el hotel Elite, entró un mensajero llevando un telegrama. Decía:

«Realizada compra valores. Prepare facturas y listas y guarde para futura referencia.»

El joven ayudante se metió el telegrama en el bolsillo. Terminada la cena, salió a la calle y entró en su auto. Partió en dirección de la casa de Josías Bartram y pasó delante. Acercando el vehículo a un lugar oscuro, se apeó y cautelosamente entró en los terrenos de la finca.

Su objetivo era una ventana iluminada del primer piso. Atisbando desde un ángulo, divisó a Willard Saybrook sentado en una butaca, en el salón.

Era todo cuanto necesitaba saber. Estaba seguro de que el joven no saldría durante toda la noche. Seria necesario comprobarlo más tarde; Entretanto tenia que ocuparse de otros detalles.

Regresando al hotel, fue a su habitación y redactó un informe completo de los datos recogidos durante el día. Escribió el documento en clave, usando su tinta especial. Dobló el mensaje y lo metió en un sobre, que puso encima de un pliego de papeles en el cajón de la mesa de escritorio.

Salió de nuevo a la calle atravesando lentamente el pueblo de Holmsford.

Dejando el coche cerca de la casa de Bartram, buscó el lugar desde donde observara a Willard Saybrook en el salón.

Sus nuevas observaciones tuvieron tanto éxito como las primeras. El joven hallábase sentado en la misma butaca. Hablaba a alguien, y mientras Harry vigilaba, distinguió a una muchacha, que cruzaba el aposento. Evidentemente era Gracia Bartram.

El agente de La Sombra volvió a su automóvil y empezó otro paseo, manteniéndose siempre en las cercanías de la casa con el objeto de asegurarse de que Saybrook no salía del lugar.

Poco antes de las once, las luces se extinguieron. Un cuarto de hora mas tarde, Harry decidió que ya no era necesario vigilar más.

Antes de poner en marcha el motor, percibió un zumbido. Escudriñando por la ventanilla del auto, distinguió las luces de un aeroplano, destacándose en el negro fondo del cielo. Evidentemente el avión descendía en dirección del aeródromo de Holmsford.

Al regresar al hotel pasó delante de las casas de Hurley Adams y del difunto Mauricio Pettigrew. Ambos lugares estaban a oscuras.

Cuando entraba el coche en el garaje comenzó a pensar de nuevo en el aeroplano que vio descender. No era inusitado que un avión aterrizase en Holmsford de noche.

Esta ciudad se encontraba a pocas horas de Nueva York, por aire. ¡El aparato venta de aquella dirección!

¿Acaso La Sombra llegaba de Nueva York? Harry Vincent lo creyó probable. Si tal era el caso, La Sombra quizás estaría en el hotel Elite en este momento. Se imaginó esta posibilidad cuando entraba por el vestíbulo.

Al llegar al piso donde tenia su habitación, descendió por el pasillo y doblando bruscamente un recodo, llegó a la puerta. Con la llave en la mano, se detuvo en seco delante de la puerta cerrada.

En un abrir y cerrar de ojos distinguió algo que le llamó la atención. Estaba seguro de haber visto un ligero movimiento del pomo, como si alguien lo hubiese girado desde el interior.

¿Era ello un producto de su imaginación? ¿Habría alguien en el cuarto?

Titubeó. Recordó las instrucciones que le dieron antes de salir de Nueva York.

El telegrama que había recibido esa noche tenía un significado definido.

Significaba que debía depositar su informe en el cajón de la mesa de escritorio de su cuarto del hotel, en lugar de remitirlo, a Nueva York. Había seguido dichas instrucciones.

¡Si La Sombra mismo hubiese decidido venir en busca de ese informe, quizá estaría en su habitación en este momento!

Conociendo los métodos misteriosos de su jefe, no quería interrumpirle en su trabajo.

No obstante, existía la posibilidad de que alguna otra persona hubiese penetrado en la habitación. Temiendo esto, abrió audazmente la puerta y encendió la luz.

Según todas las, apariencias, la habitación estaba desierta. Era un cuarto grande y anticuado y la luz dejaba muchos lugares, y rincones obscuros.

Los ojos de Harry recorrían escudriñadores a su alrededor.

Ahora estaba convencido de que fue víctima de su imaginación. Con el objeto de asegurarse del que todo estaba en orden, abrió el cajón de la mesa y observó que el sobre estaba aún donde lo dejara.

Un leve chasquido llamó su atención. Volvióse con rapidez hacia la puerta.

El pomo giraba de nuevo; pero esta vez debía ser impulsado por alguien desde el exterior.

Había algo en el movimiento del homo que provocó un pensamiento en la mente de Harry. Parecía que la persona del otro lado de la puerta lo girase con la intención deliberada de avisarle. Semejaba una señal de partida.

Momentáneamente alarmado corrió a la puerta y la abrió. No había nadie en el pasillo. Escudriñando el recodo, observó que el resto del pasillo estaba desierto.

De vuelta a la habitación, cerró la puerta. Pensó de nuevo en el sobre. Abrió el cajón de la mesa de escritorio.

¡El sobre había desaparecido! Lleno de asombro levantó el pliego de papel que de acuerdo con las instrucciones recibidas pusiera debajo del sobre.

Al aparecer el papel a la vista vio algo que le hizo contener el aliento.

Impreso de una manera indeleble sobre el papel blanco, aparecía una mancha grisácea que formaba una extraña silueta: el perfil de un hombre con las facciones obscurecidas por el ala de un sombrero y el cuello vuelto hacia arriba de una capa. Mientras contemplaba la misteriosa señal, la silueta gris se desvaneció en la luz.

¡La Sombra!

Había entrado en la habitación, como Harry supuso al principio.

Actuando siempre de una manera misteriosa, el hombre de la noche no había hecho acto de presencia ni siquiera delante de su fiel agente.

Observó que su ayudante miraba el cajón con el objeto, de comprobar si el sobre estaba aún allí.

Cuando los ojos de Harry Vincent se volvieron en otra dirección, La Sombra, moviéndose silenciosa y rápidamente, extrajo el sobre del lugar donde estaba.

Dejó aquella señal sobre el papel; salió silencioso del cuarto; y finalmente giró el pomo produciendo un leve ruido para sacar de su ensimismamiento a su ayudante.

De este modo, el hombre de misterio, invisible, obtuvo el informe que su ayudante había dejado para él, comunicándole al mismo tiempo su llegada a Holmsford.

Desde ahora en adelante-Harry lo sabia-su trabajo sería el de un subordinado. Recibiría órdenes que tendría que obedecer; pero la labor de investigación quedaría en manos de su jefe.

La Sombra estaba informado de la conversación que la noche siguiente celebrarían Willard Saybrook y Hurley Adams.

¡La Sombra estaría allí!

CAPÍTULO VII
LA CONFERENCIA

La residencia de Hurley Adams no era grande. Era una casa aislada, atractiva y estaba rodeada de un jardín grande.

Un farol provocaba largas sombras de los árboles y arbustos. Willard Saybrook, cuando subía por la acera para asistir a la cita con el abogado, observó aquellas sombras vacilantes.

Un criado de faz solemne le abrió la puerta. Adams era viudo y vivía solo, con un criado.

Evidentemente, había dado instrucciones de hacer pasar a Saybrook en cuanto llegase, pues el criado condujo solemnemente por la escalera al joven.

Saybrook había olvidado ya las sombras que viera en el jardín. Pero las manchas de negrura continuaron allí, todas menos una. Tan pronto como el joven entró en la casa, aquella sombra se separó de las otras.

Cuando llegó a la pared de la casa, la larga mancha de negrura se transformó en un ser viviente. Junto a la pared apareció la figura espectral de un hombre vestido de negro. Los pliegues de una capa oscurecían el cuerpo.

El ala de un sombrero negro ocultaba las facciones. Tan sólo dos ojos eran visibles, dos ojos de extraños resplandores que escudriñaban a través de la noche. De pronto los ojos dejaron de brillar. La figura misma se desvaneció.

La Sombra escalaba lentamente la pared de la casa.

La figura espectral ascendió lentamente palmo a palmo hacia una ventana iluminada del tercer piso. Cuando llegó, su mano derecha, usando una diminuta herramienta metálica, levantó silenciosamente el pestillo de la ventana.

El bastidor ascendió sin dar el menor ruido. La mano levantó la persiana poco a poco unos centímetros. Unos ojos agudos escudriñaron la habitación iluminada y unos oídos finísimos escucharon.

La habitación del tercer piso era una biblioteca en miniatura. Sus paredes tenían estantes desde el suelo al techo, repletos de gruesos volúmenes sobre cuestiones de Derecho.

Una mesa escritorio en un rincón, una mesita y tres sillones eran el moblaje.

La ventana por la cual La Sombra escudriñaba era una de tres que había. Las otras dos, a ambos extremos de la habitación, estaban en el extremo de unos huecos salientes, debido a la inclinación del techo.

Hurley Adams, con un aire serio en su rostro grave, estaba sentado al escritorio. Los cabellos blancos del anciano abogado aparecían menos pálidos que su rostro. En realidad, tenían el aspecto de un hombre acosado por achaques o graves preocupaciones.

Willard Saybrook, de pie en el centro de la habitación, no parecía encontrarse en el mismo estado, pero estaba inquieto.

El contraste entre los dos hombres demostraba claramente que Adams se encontraba ante un grave problema, mientras Saybrook estaba molesto porque no comprendía ciertas cuestiones que embargaban su mente.

-Siéntese, Saybrook. Siéntese.

Estas fueron las primeras palabras que llegaron a los oídos de La Sombra.

Fueron pronunciadas por Hurley Adams, y el anciano abogado pareció sentir un alivio cuando el joven cogió un sillón y se sentó delante de la mesa.

La Sombra podía ver hasta los más mínimos cambios de emoción que aparecían en las dos caras.

Saybrook esperaba que el abogado hablase. Este carraspeó; luego se acomodó en su sillón, comportándose como si estuviese apurado para decir algo. Saybrook dio señales de impaciencia.

Al fin, abrió él mismo la conversación. Dijo:

-Adams, he adoptado una decisión sobre el asunto de la muerte de Josías Bartram. Seguí su consejo y no dije nada, a pesar de que el doctor Shores ha visitado la casa en varias ocasiones. No he despegado los labios, en espera de que ocurriese algo. Creo que ha ocurrido ya.

-¿Se refiere a la muerte de Mauricio Pettigrew?

-Exacto. El arquitecto estuvo en una ocasión asociado con Josías Bartram. En circunstancias ordinarias, no vería ninguna relación entre los dos. Pero dándose un caso tan extraño de suicidio, después de una muerte inusitada, he llegado a pensar que la muerte de Bartram no fue natural y que Pettigrew no fue un suicida.

-¿Qué se propone hacer al respecto?

-Abrigo la intención de hablar del asunto al jefe de policía. Ha aceptado la muerte de Pettigrew como un caso de suicidio y el juez ha apoyado esa hipótesis. Selwick ignora las circunstancias que concurrieron en la muerte de Josías Bartram. Voy a conferenciar con el doctor Shores y con el jefe de policía.

Hurley Adams levantó las manos en señal de protesta. En la mirada del anciano apareció una expresión de espanto.

El propósito del joven le llenaba de aprensión. Willard le miró con curiosidad; luego, con un gesto de impaciencia, empezó a incorporarse.

Con un ademán de súplica, el abogado le indicó qué se sentase. Su aire de preocupación se trocó por uno de astucia.

EL joven extrañó el cambio, y cuando Adams comenzó a hablar, le escuchó atento. Presentía que el abogado estaba a punto de hacer una revelación.

Adams había logrado dominar su emoción, y dijo:

-Saybrook, voy a decirle por qué motivo debe usted guardar silencio. Voy a revelarle un secreto que he guardado durante veinte años; un secreto que no debiera salir jamás de mis labios. Otras personas han mantenido esta secreto inviolable. Solamente con el objeto de conservarlo estoy dispuesto a comunicárselo; únicamente porque usted solo ha sospechado que se trata de un crimen, mientras que otros no han hecho el menor comentario.

El joven estaba sentado ahora. Presentía por el tono adoptado por el anciano que éste tenía un gran peso en su espíritu.

EL abogado continuó con acento severo:

-En primer lugar, debe usted prometer no revelar este secreto a nadie. También ha de estar dispuesto a asumir el riesgo que corren sus poseedores. Únicamente el temor de que usted pudiese recurrir a alguna medida precipitada me induce a confiárselo. ¿Comprende?

-¿Este secreto se relaciona también con Gracia Bartram?

-Sí.

-¿Y con su seguridad?

-Su seguridad puede estar en la balanza.

-Prometo, entonces, guardar silencio.

-¿No importa lo sorprendente que pueda ser el secreto?

-No importa.

-¿Aunque le hiciese participe de un delito?

-Me es indiferente.

Hurley Adams percibió la sinceridad del tono del joven. Lo contempló momentáneamente; luego se inclinó en su sillón y empezó a hablar con voz temblorosa.

-Hace unos veinte años - dijo, en tono meditabundo-, un grupo de hombres de Holmsford trazó los planes de un robo de grandes proporciones. El robo consistió en apropiarse de unos cuantos millones del Banco de Holmsford.

En el rostro de Saybrook se retrató una expresión de asombro. Había oído hablar de aquel hecho; como muchos otros, conocía los pormenores.

Mas éstos no concordaban con las manifestaciones de Hurley Adams. Como resultado, formuló un comentario.

-¿Dice usted un grupo de vecinos?-exclamó-. Tengo entendido quo fue una sola persona quien cometió el robo y que, aunque logró apoderarse del dinero, no llegó, a disfrutarlo. Malcolm Warthrop, presidente del Banco de Holmsford.

Hurley Adams esbozó un conato de sonrisa y levantó la mano reclamando silencio.

Willard Saybrook calló, comprendiendo que iban a revelarle algo sorprendente.

El abogado repuso:

-Malcolm Warthrop era el jefe de la banda. En calidad de presidente del Banco, dispuso un robo de varios millones al trasladar los fondos del antiguo edificio al nuevo. Lo realizó de una manera habilísima, con la ayuda de Stokes Bartlett, su secretario.

Hizo una pausa y agregó:

-Pero Warthrop y Bartlett no intentaron sacar el dinero de Holmsford. Mediante algún procedimiento, llevaron los fondos a un escondite que tenían preparado. De este modo evitaron que se sospechara de ellos. Warthrop ideó el plan de marcharse de vacaciones; Bartlett debía acompañarle. La pareja no habría vuelto nunca a Holmsford.

-¿Y el dinero?-preguntó Saybrook, incrédulo-. ¿Cómo pensaban llevárselo?

-A eso voy-repuso Adams, en tono tenso-. Ese es el punto que complica a otras personas. Malcolm Warthrop tenía que resolver dos problemas: primero, obtener bastante dinero para que valiera la pena huir al extranjero; segunda, recoger el botín robado después de la huida. El momento de ejecutar el robo fue señalado para la fecha del traslado de los fondos del Banco. En consecuencia, se puso de acuerdo con ciertas personas de Holmsford, para que éstas se encargaran de hacer varios empréstitos, de forma que hubiese dinero disponible en el Banco. De este modo era natural que el Banco dispusiese de una cantidad enorme de dinero. Esto solucionaba el primer problema. Warthrop usó los mismos hombres para resolver el segundo problema. Ellos se encargarían de desenterrar el tesoro escondido, y remitirle su parte.

Willard Saybrook hizo un gesto de asentimiento. Lo que oía era, en verdad, asombroso. Sabia que el Banco de Holmsford fue víctima de un robo; pero jamás oyó decir que varios individuos trazaron el plan de ingresar dinero allí.

Preguntó:

-¿No tenia Warthrop miedo de que le traicionaran? ¿Por qué marcharse de Holmsford dejando el dinero a merced... ?

-De ninguna manera-repuso Adams, meneando la cabeza-. Sus cómplices eran vecinos quo gozaban de buena reputación y pensaban quedarse en Holmsford. Warthrop, a menos que recibiese su parte, podría haberlos denunciado. El plan era excelente, pero fracasó. Desde luego, usted conoce ahora el motivo, ya que le he explicado el caso.

-Sí. Warthrop fue asesinado, ¿no es eso?

-En efecto. Bartlett también. Poco antes de huir, unos días después del traslado del dinero. Los inspectores bancarios federales hicieron una visita inesperada. Entraron en las cámaras acorazadas, con el cajero. Encontraron una partida de discos de plomo en lugar de las monedas de oro. Descubrieron también una cantidad de fajos de papel en blanco, cubiertos de billetes legítimos. Warthrop se encontraba en su casa y los inspectores sospecharon

inmediatamente de él. Fueron a su casa, acompañados de la policía. Le sorprendieron a él y a Bartlett cuando se disponían a partir. EL resultado es materia de historia local. Warthrop y Bartlett, estaban armados. Resistieron a la entrada de los agentes en la casa. Tuvieron en jaque a la policía y prendieron fuego a todos los papeles quo había en la casa de Warthrop. Estuvieron a punto de escapar; pero los dos fueron muertos al final de la lucha.

-¿Y el dinero? ¿Quedó en Holmsford? Sé que no fue recuperado...

-Todavía está en Holmsford-dijo Adams, en tono solemne-. Pero los otros miembros del grupo ignoran dónde está escondido.

-¿No se lo dijo Warthrop?

-Tenía el propósito de decírselo y para ello ideó un método inusitado. Cuando se colocó la primera piedra del nuevo edificio del Banco, Warthrop depositó allí una historia de la ciudad de Holmsford. Tan sólo dos hombres vieron aquel ensayo histórico: Warthrop y Bartlett. El cuarto párrafo nombra el lugar donde el dinero está escondido.

-¡Ah! ¿Warthrop mencionó eso a sus compañeros?

-Sí. También guardó una copia de la crónica histórica que abrigaba la intención demandar a uno de los compañeros, después de haber huido. Pero evidentemente la copia se destruyó con los papeles que Warthrop y Bartlett quemaron.

-¿Quiere decir que no existe más que un documento que indique el lugar del escondite y que ese documento...

-Ese documento se encuentra en la primera piedra del edificio del Banco de Holmsford, que ya estaba colocada en la época del robo. ¡Hasta que se lleve a cabo la demolición de ese edificio y se haga público el contenido de la piedra, no se recuperará el dinero!

-Pero los ladrones ¿no lo han buscado?

-No. Tuvieron miedo. Recuerde que realizaron los trabajos para que el Banco dispusiese de grandes cantidades en efectivo. Nadie ha sospechado semejante cosa. Cuanto más esperasen para cobrar sus partes, tanto mejor. Especialmente, dado que podrían repartirse las partes de Warthrop y Bartlett.

-¡Entonces se acerca el momento! El actual edificio del Banco resulta insuficiente. !Van a demolerlo el mes próximo!

Hurley Adams movió la cabeza en señal afirmativa.

-Saybrook-dijo-, ciertos hombres poseían un secreto en común, que les permitiría algún día repartirse el botín por partes iguales, libres de toda sospecha, después de haber transcurrido tantos años. Esos hombres acordaron, mucho después de la muerte de Warthrop y Bartlett, que, cuando llegase el día, se repartirían el botín entre los vivos solamente.

»Todos los componentes del grupo poseían el secreto; y ahora que el día se aproxima, alguno de ellos ha trazado un plan diabólico. Ese hombre (o quizá, algún extraño que ha llegado a conocer el secreto) tiene el plan de eliminar los otros, de modo que pueda apoderarse de todo el dinero, cuando se abra la piedra angular. ¡Solamente él averiguará el lugar donde están escondidos los millones!

-¡Josías Bartram! ¡Mauricio Pettigrew!-exclamó Saybrook-. Eran dos de los ladrones. Y usted...

-Yo, un tercero-confesó Hurley Adams, con tristeza.

Sucedió una larga pausa. El silencio de la habitación se volvió tenso. El anciano abogado lo rompió con un tono serio que impresionó al joven.

-Saybrook-dijo-, ingresé en ese complot, porque me solicitaron. Como abogado, y por ser el único hombre que no intervino en la captación de dinero, era útil en calidad de árbitro- Tras una pausa, agregó: -Hace mucho tiempo que estoy arrepentido de haberme mezclado en esa estafa. Se ha cernido sobre mi cabeza como una amenaza siempre. Hace años decidí que, cuando se repartiera el botín, yo no reclamaría mi parte. Pero cuando Josías Bartram murió y

temí que su muerte fuese el resultado de un asesinato, decidí reclamar mí parte con el objeto de sumarla a los bienes de Bartram.

-Dinero adquirido ilegítimamente, dinero manchado-observó Saybrook.

-Dinero que Josías Bartram habría aceptado-arguyó Adams-. No hay que olvidarlo.

El joven comprendió. Vió que el abogado era un hombre honesto y trataba el asunto de una manera imparcial.

¿Por qué razón los ladrones hablan de beneficiarse a costa de uno? Esta parecía ser la decisión de Hurley Adams.

-No estoy tranquilo-declaró el anciano-. Sabía que tendría que decir a Gracia Bartram la situación de su tío respecto de este asunto; pero cuando Josías Bartram murió, resolví esperar a que se hubiera recuperado el dinero. Usted comprende mi posición, Saybrook. Estoy ligado a estos hombres. Condenarlos es condenarme a mí mismo. Pero después de la muerte de Josías Bartram, aun antes de que usted me hablase al respecto, temí que Josías había sido asesinado. Creo que uno de los ladrones se ha convertido en asesino. Sin embargo, esperé, con la esperanza de que me hubiese equivocado. ¡La muerte de Mauricio Pettigrew me ha convencido de que se traman más crímenes!

-¡Los otros!- exclamó Saybrook-. ¿Quiénes son?

-No debo nombrarlos-declaró Adams-. El vigilarlos o avisarles es trabajo personal mío. No puedo complicar a ninguna otra persona. Le he hablado a usted porque es el prometido de Gracia Bartram y no puedo hablarle a ella por el momento. En realidad, sería preferible que ella no se enterase nunca. ¿Ahora comprende usted, Saybrook, por qué le pedí que guardase silencio?,

-¿Quién cree usted que mató al tío de Gracia?-preguntó el joven-. ¿Quién mató a Bartram y también a Pettigrew?

-Lo ignoro-repuso el abogado-. No he podido descubrir el menor indicio. Hay uno que me parece es inocente. Casi estoy dispuesto a avisarle. Quizá lo haga esta noche. Tal vez se trate de un asesino que no forma parte del grupo o que uno de éstos está empleando a un agente. De todos modos, creo que algún traidor del grupo es responsable. No obstante... - Hurley Adams hizo una pausa y miró con fijeza a Willard Saybrook. Vió que no se había equivocado al depositar su confianza en el joven. Decidió hacer otra manifestación: -Usted no vió el cadáver de Mauricio Pettigrew-declaró-. Yo sí. Estaba tendido en el suelo. Las manos, Saybrook las tenía apretadas a la garganta. Me recordó a Bartram cuando murió. Me pregunté si acaso, antes de morir, gritó las mismas palabras que Bartram...

-¡Dedos de muerte! -exclamó Saybrook.

El abogado movió lentamente la cabeza en señal afirmativa y repitió las siniestras palabras en tono sordo, apenas perceptible.

-¡Dedos de muerte!

CAPÍTULO VIII
LA SOMBRA ACTIVA

Sucedió un largo silencio después que Hurley Adams pronunciara aquellas palabras funestas.

EL abogado observaba al joven. Le miraba con los ojos entornados, con fijeza.

¿Qué significaba aquella mirada? ¿Acaso Hurley se arrepentía de haber hablado demasiado? ¿Pensaba en algunos otros detalles que no había mencionado?

¿Consideraba si revelar o no los nombres de los otros individuos complicados en el robo de hacia años?

La expresión del semblante del abogado aparecía enigmática; de pronto adquirió un aire de astucia.

Gradualmente el aire de astucia desapareció; los párpados se abrieron y Hurley Adams suavizó la expresión de sus facciones.

Llegó a la conclusión de que su secreto no se divulgaría más; que, mediante esta declaración, se había captado la confianza de Willard Saybrook.

Una sonrisa apareció en sus labios al reclinarse en su sillón. Era posible que el joven constituyese una amenaza, ahora que conocía el secreto.

Sin embargo, Hurley Adams, hombre astuto e intuitivo, comprendió que con su rasgo de franqueza había ganado mucho. El joven confiaría en él, ya no era un factor vacilante y peligroso en los secretos del abogado.

-¡Recuerde!-advirtió, en tono quedo-. ¡Debe usted guardar silencio! ¡Yo, como otros, corro peligro! No diga nada, ocurra lo que ocurra. Dedos de muerte puede descargar otro golpe.

Saybrook hizo un gesto de asentimiento y se levantó. Extendió el brazo y estrechó la mano al anciano.

-Regreso a la casa-anunció-. No me alejaré mucho de allí, durante una temporada. No creo que Gracia corra peligro, pero me parece conveniente vigilar.

-Es una buena idea-afirmó Adams.

-Más aún-añadió Saybrook-. El primer crimen ocurrió allí. Quizá encuentre una pista. Voy a probar si encuentro algún indicio. Me alegro de que me lo haya contado todo, Adams. Cuente conmigo.

Los ojos invisibles de La Sombra seguían espiando desde detrás de la persiana cuando Adams y Saybrook se incorporaron.

El abogado salió a la escalera y llamó a su criado para que acompañase al joven hasta la puerta.

Mientras las pisadas de su visitante resonaban aún por la escalera, regresó con premura a su biblioteca del tercer piso.

El anciano estaba nervioso ahora. En su rostro se dibujó una sonrisa dudosa.

Permaneció pensativo delante de la ventana. De repente se dirigió hacia la mesa de escritorio y cogió un listín de teléfonos.

Hojeó, lleno de excitación, las páginas hasta encontrar la que buscaba.

Su índice largo y delgado recorrió una columna y se detuvo delante de un nombre. Tomó el teléfono y descolgó el receptor.

¿Se proponía telefonear a alguno de los complicados en el robo del Banco?

¿Quería avisarle? El anciano sugirió a Saybrook que tal vez tomara esa decisión.

No marcó un número. Moviendo la cabeza con expresión de duda, dirigióse a la puerta y llamó a su criado.

El hombre apareció un instante después. El abogado le dijo:

-Unger, voy a salir. Vigila la casa durante mi ausencia. No dejes entrar a nadie. Cuida de que todo esté seguro en esta habitación. Recuerda que estás en servicio de guardia.

El criado sonrió. El hombre, que aparentaba unos cuarenta años de edad, era un ex-soldado. Se palmoteó el bolsillo derecho de la americana y Hurley Adams comprendió.

Unger, cuando se hallaba en la casa, estaba armado, de acuerdo con las instrucciones de su amo.

Cuando el criado descendió la escalera, el abogado fue a la mesa de escritorio y extrajo un revólver del cajón. Se guardó el arma en el bolsillo, y salió de la habitación.

Mientras sus pisadas resonaban aún por las escaleras, los visillos de la ventana se rasgaron silenciosamente. La copa negra de un sombrero apareció a la vista. Fue seguida de unos hombros cubiertos por una capa.

Un segundo después, La Sombra se hallaba dentro de la biblioteca.

El hombre vestido de negro recogió el listín de teléfonos. Lo abrió casi exactamente en la misma página que lo hiciera Hurley Adams.

Unos ojos sagaces vieron las huellas de la uña de un dedo. Sin querer, el abogado había indicado el nombre que buscaba-Arturo Preston-y también las señas.

¿Era Preston el otro complicado, que Adams insinuó, a quien tal vez advertiría? ¿Acaso el anciano abogado decidió visitarle, en lugar de telefonearle?

Una risa sorda indicó que La Sombra ya lo sabía.

Adams no mencionó a ninguna persona; pero el hombre de misterio había averiguado la identidad de la persona en quien el abogado había pensado.

El listín de teléfonos produjo un ruido sordo, al caer al suelo, en la misma posición en que lo tirara el abogado. Al mismo tiempo que este ruido sordo, La Sombra percibió otro más resonante que no llegara a sus oídos antes de arrojar el listín.

Unas pisadas subían la escalera. La Sombra escuchó.

Alguien se dirigía hacia aquella biblioteca; y oyó la caída del listín. Los ojos sagaces del hombre de la noche escudriñaron la habitación.

La ventana, situada en el otro lado del cuarto, significaba que se encontraría, delante de la puerta abierta, en el camino del que entrase.

En lugar de volverse en aquella dirección, el hombre vestido de negro se deslizó hacia uno de los rincones próximos..

Permaneció inmóvil al entrar Unger el sirviente, empuñando un revólver.

Evidentemente, el criado había decidido examinar la habitación del tercer piso, como le ordenara Hurley Adams. Al ascender la escalera, percibió el ruido de la caída del listín. Había acudido a investigar.

A pesar de que escudriñó en todas las reacciones, no vió señal de ninguna persona viviente. Sus ojos atisbaron el listín y entonces sonrió.

Probablemente cayó de la mesa, por accidente. El criado se volvió para abandonar la habitación; luego, asaltado por un nuevo pensamiento, decidió inspeccionar la ventana.

Dirigióse hacia el lugar donde se fundiera La Sombra. Por mera casualidad fue hacia el sitio donde la masa de negrura se proyectaba sobre el suelo.

No vió a La Sombra, pero era inevitable que tropezase con él.

De nuevo la suerte jugó un papel extraño. Unger satisfecho de su inspección, no observó ni presintió ningún peligro. Distraídamente remolineó el revólver que empuñaba, disponiéndose a guardárselo en el bolsillo.

El arma estuvo a punto de caérsele de la mano y al cogerla bajó la vista. Se encontró mirando un par de ojos centelleantes.

El criado actuó con rapidez. Empuñaba el revólver. No necesitaba más que la fracción de un segundo para que su dedo apretase el gatillo.

No obstante, no actuó con la rapidez de La Sombra. Antes de que pudiese disparar sintió que una mano férrea hacía presa en su brazo. Una figura de negro surgió de la oscuridad y se lanzó sobre él.

Instintivamente el criado esquivó el salto de su adversario. Desvió el cuerpo, pero no pudo desasir la muñeca de la presa que le atenazaba.

Una persona alta y delgada iba dominándole, y, lanzando el rugido de un toro, Unger opuso una tenaz resistencia. EL revólver cayó de la mano del criado mientras luchaba contra la figura fantasmal, que había adoptado una forma humana.

Juntos, él y La Sombra, rodaron por el suelo. Unger luchaba poseído de furia. Era un hombre fuerte y empezó la pelea en iguales condiciones que su adversario, pues éste asió la muñeca solamente.

En el forcejeo, el criado observó de repente que su enemigo cedía.

Revolviéndose furiosamente, abatió a La Sombra.

Aquel esfuerzo fue su perdición. La figura negra cesó de ceder de repente.

Unos brazos férreos ascendieron. Hicieron una presa firme en el cuerpo del criado, quien, en un abrir y cerrar de ojos, salió lanzado por el aire.

El vuelo terminó al topar con la pared. Unger cayó hecho un ovillo y quedó inmóvil. La Sombra, con una suave sonrisa en sus labios invisibles, se aproximó al vencido adversario.

Observó que el criado estaba aturdido momentáneamente. Esa fue la intención de La Sombra. Se vió obligado a luchar.

No tenía ninguna cuenta que saldar con el sirviente del abogado. Había otro trabajo que hacer, y este retraso podía resultar fatal.

Cruzando con rapidez el aposento, La Sombra llegó a la puerta. No se oyó ningún ruido de pisadas cuando descendía la escalera. Su figura se deslizó hacia el recibidor.

Cuando Unger se incorporó, sentado, unos minutos más tarde y se frotó la frente, la refriega le pareció un sueño borroso.

¿Qué le había sucedido en aquella habitación? Recordaba tan sólo dos ojos de extraños resplandores; luego una lucha contra un adversario cuyo rostro no vio.

Con el cuerpo sacudido por la ira, recogió su revólver y empezó a registrar minuciosamente el cuarto. Realizó la inspección con cautela y poco a poco.

Parecía estar perplejo de no encontrar a nadie. No se percató de que estuvo unos minutos aturdido.

En el estado peculiar que sigue a un periodo de inconsciencia, se le desvanecieron de la memoria todos los detalles. Mas la imaginación no pudo lanzarle contra la pared; no obstante, no recordaba nada de lo sucedido.

El individuo estaba amoscado. Comprendió que había sido vencido en una rápida lucha. Ignoraba que había retrasado a La Sombra en una misión de importancia.

¡Esa demora sería la causa de una desgracia dentro de media hora!

CAPÍTULO IX
LOS DEDOS ACTUAN

Arturo Preston, un comerciante próspero de la ciudad de Holmsford, saludó con la mano al franquear el umbral de su salón.

Sus hijas obsequiaban a algunas amistades, y Preston, tras el breve saludo a los visitantes, continuó subiendo la escalera.

Dirigiase a la sala donde guardaba sus objetos raros y artísticos, situada en la parte delantera del tercer piso, una habitación donde acostumbraba a pasar sus ratos libres.

Pues Arturo Preston era un gran coleccionista y la vida de sociedad le resultaba aburrida, comparada con el interés que encontraba en su pequeño museo.

Este museo en miniatura estaba situado en un lugar aislado de la casa de extraña topografía. Enclavado debajo del techo inclinado, formaba una especie de galería que estaba provista de una hilera de bombillas eléctricas.

Las ventanitas, una en cada extremo de la larga sala, más un par de claraboyas, proporcionaban una iluminación amplia durante el día.

Las otras partes del tercer piso ocupábanlas unos almacenes. Las habitaciones de la servidumbre estaban en un ala de la parte posterior de la casa. Por consiguiente, Preston atravesó un pasillo desierto y silencioso al aproximarse a su destino.

La puerta del pequeño museo no estaba cerrada con llave, pues Preston había entrado y salido toda la noche. Excepto cuando estaba en casa, tenia el lugar cerrado, pues era de acceso fácil. Unas escaleras de servicio, laterales, le permitían subir en cualquier momento.

En consecuencia, Preston usaba unos barrotes para guardar su museo, pero jamás se preocupaba de ellos cuado sabía que volvería al poco tiempo.

El comerciante emitió un gruñido de satisfacción al penetrar en su diminuto museo. Había estado clasificando una colección de armas de fuego y de otras clases que yacían encima de una larga mesa.

Estas formaban un contraste con las lanzas, las espadas y otras armas de guerra que aparecían en las paredes.

Poseía también dos armaduras completas que permanecían como centinelas a ambos lados del umbral. No eran pesadas y estaban montadas en secciones, de forma que pudiesen levantarse y moverse sin dificultad.

La mesa sobre la cual trabajaba se hallaba junto a una cota de malla.

Mirando casualmente hacia el pasillo por donde viniera, observó que la puerta de un almacén estaba entornada. Esto era inusitado. No lo había observado cuando descendió la escalera. Salió al pasillo y entró en el almacén. Encendió una luz v halló que el cuarto estaba desierto. Examinó el picaporte de la puerta y notó que no funcionaba bien. Tendría que arreglarse, decidió.

No había ninguna persiana ni visillos en la ventana del almacén y la figura de Preston quedó claramente perfilada al ir de un lado a otro de la habitación.

Aunque el comerciante no se percatara, unos ojos le vigilaban desde el jardín de abajo. Eran unos ojos agudos y sagaces envueltos en una capa de negrura. El enigmático personaje había llegado un momento antes.

Preston extinguió la luz y abandonó el cuarto-almacén. Al mismo tiempo una figura invisible empezó, desde el jardín, la tarea de escalar la pared de la casa.

Arturo Preston iba a recibir una visita secreta de La Sombra. Le hubiera sido fácil al rey de la noche subir por el interior de la casa, de haber conocido su topografía.

Cualquiera que hubiese visitado la residencia del comerciante podría haberse familiarizado rápidamente con sus pasillos y escaleras laterales.

Por consiguiente, otro visitante habría escogido ese camino; mas para La Sombra las paredes eran tan accesibles como las escaleras; y habiendo una fiesta en la planta baja, la parte exterior era preferible.

De regreso en su museo, Arturo Preston empezó a examinar las armas que estaba clasificando. Algunas se encontraban en perfecto estado; otras necesitaban alguna reparación.

Una en particular, complacía al coleccionista. Era una enorme pistola antigua, con un gatillo muy saliente.

Había disparado el arma en distintas ocasiones, quedando sorprendido de su potencia y precisión. De noche quedaba sobre la mesa, a la derecha, con las pistolas que Preston había empujado hacia una de las armaduras.

Las municiones, en forma de cartuchos, balas y pólvora, también se hallaban presentes. En cierto sentido, el museo del coleccionista constituía un arsenal.

Cuanto más seguía su afición, más laboriosa resultaba ésta.

En su actual examen de las armas de fuego antiguas estaba absorto en su trabajo. La fiesta que daban sus hijas en la planta baja estaba tan alejada de su espíritu como la figura de La Sombra, que se acercaba a la ventana del cuarto-almacén del tercer piso.

Mas ocurrió otro acontecimiento, mucho más cerca, y Arturo Preston no se percató de ello. La visera del casco dc la armadura que había cerca de la mesa giraba lenta y silenciosamente. Desde el interior, unos ojos espiaban al coleccionista.

El brazo derecho de la armadura se movió. La manopla dirigióse hacia la mesa. Los dedos asieron la antigua y pesada pistola que yacía sobre la mesa.

¡Dedos de muerte! Actuaban de nuevo, encajados en malla.

Le hubiera sido fácil manejar un revólver moderno. Esta arma de fuego antigua no ofrecía ninguna dificultad.

La mano que se levantaba apuntó la pistola hacia el cuerpo de Arturo Preston. El índice, separándose del resto, encontró el gatillo e hizo una pausa allí.

El coleccionista, tal como estaba sentado, no se hallaba en posición de recibir un tiro mortal.

Una risita salió del casco. Preston no la oyó. La risita fue repetida más fuerte, con un tono brusco y metálico. Esta vez el coleccionista percibió el sonido. Levantó la vista y se encontró de cara a la muerte.

El criminal que había dentro de la armadura calculó bien. Conocía que, sea lo que fuera lo que el comerciante hiciera, quedaría su situación desventajosa.

Preston respondió naturalmente. Lentamente empezó a levantar las manos.

Un momento después su cuerpo quedaría en descubierto.

Actuando a impulsos de una inspiración viril, saltó hacia delante para coger el puño-metido en la malla-que empuñaba la pistola.

El pistolón respondió con una lengua de fuego. Disparada a boca de jarro, la bala pesada atravesó el cuerpo del coleccionista. Este, en su salto, chocó con la armadura y casi la derribó; luego, con un gemido, se desplomó al suelo.

El pistolón, soltado por el guantelete, cayó con estrépito a su lado.

Cuando Preston, inmovilizado por la herida, levantó la vista, vió las manos cubiertas de malla levantarse y sacar el yelmo.

Con los ojos vidriosos mirando a través de una creciente oscuridad, reconoció el rostro y gritó localmente.

Partes de la armadura resonaron metálicamente sobre la mesa. Al cabo de unos segundos, el atacante, había salido de su escondrijo.

Los ojos moribundos de Preston le vieron la espalda cuando lenta y deliberadamente volvió a colocar las piezas de la armadura en su sitio.

EL asesino había calculado bien. Arturo Preston había cerrado la puerta del museo. La detonación no fue oída abajo.

Soltando una risita de triunfante malignidad, el asesino llegó a la puerta y la abrió con los mismos dedos que usaran la manopla. Conocía que su victima agonizaba. No quiso disparar un tiro de otra arma.

Cuando la puerta se abría, Arturo Preston, medio incorporándose del suelo, recobró el conocimiento de una manera convulsiva.

Sus ojos, medio cegados por el velo de la muerte, vieron escapar al enemigo.

Recobró la voz. Recuperó las fuerzas. Poniéndose casi en pie, trató de agarrar a su atacante, profiriendo al mismo tiempo un grito frenético.

El asesino volvióse. De nuevo el coleccionista gritó con todas sus fuerzas.

El criminal le dio un empujón, tirándole al suelo.

El grito siguiente murió en la garganta de la víctima; pero los que emitiera antes parecieron devolver sus ecos de la escalera.

¡Alguien oyó la llamada del moribundo!

Rápidamente el criminal echó a correr por el pasillo y descendió por una escalera. Se oyó una llamada desde la planta baja. Otra del ala opuesta de la casa.

En aquel momento abríóse la puerta del cuarto-almacén y una elevada figura salió al pasillo.

Demasiado tarde para interceptar el paso del asesino. La Sombra vió al agonizante en el suelo del pequeño museo. Con largas y rápidas zancadas llegó al lugar, donde Arturo Preston yacía.

Los ojos del moribundo no veían más que la oscuridad. Cuando la capa negra apareció delante de él, produjo el efecto de una manta de negrura.

No obstante, el coleccionista presintió la presencia de un ser humano y el cuchicheo que oyó le dijo que un amigo hallábase a su lado.

-Hurley Adams-exhaló la voz agonizante-. ¡Busquen a Hurley Adams! ¡Pettigrew! Haced que... Hurley Adams hable... para salvar a los... otros... Josías Bartram...

El esfuerzo de la repetición fue demasiado. Jadeante, Arturo Preston se desplomó sobre el suelo, quedando hecho un ovillo.

El coleccionista estaba muerto. La Sombra, retrasado en su partida de la casa de Hurley Adams, llegó demasiado tarde para salvar a la víctima.

Sonaba un ruido de pisadas en la escalera. Oíanse llamadas desde la parte posterior de la casa.

¡La Sombra metido en una trampa, acorralado en esta habitación, con un hombre asesinado! Una captura significaría que le achacarían la culpa del crimen.

Con un movimiento rápido, La Sombra aproximóse a la mesa donde se encontraban las armas de fuego. Desde allí dio un salto hacia arriba.

Sus dedos asieron el armazón de madera de debajo de la claraboya. Una mano negra empujó el cristal hacia arriba mientras la otra le mantenía suspendido por encima de la puerta.

Los que accedieron se hallaban fuera de la habitación. Vieron el cuerpo de Preston desde el extremo del pasillo. Unos gritos de sobresalto llegaron a los oídos de La Sombra. La figura vestida de negro deslizóse hacia arriba.

Como un rollo de cinta, osciló a través de la abertura. La barrera de cristal descendió.

Con rapidez asombrosa y agilidad sobrenatural, el hombre de misterio abandonó el teatro del crimen un segundo, seguramente, antes de la llegada de los primeros que acudirían en socorro. No quedó ningún indicio delator de su presencia. Sobre el tejado a oscuras de la casa de Preston, alejóse y descendió, completamente invisible a un lugar seguro.

¡Dedos de muerte!

Arturo Preston, moribundo, intentó comunicar lo que había ocurrido.

Mencionó a dos hombres, muertos también. Josías Bartram. Mauricio Pettigrew.

Nombró también a otro, a Hurley Adams. ¿Por qué gritó ese nombre?

Hurley Adams era el hombre que tenía la clave de la situación. En la persona que marcara esta noche el nombre de Arturo Preston.

-Buscad a Hurley Adams... haced que hable... para salvar a los otros...»

Esa fue una parte del mensaje del comerciante y coleccionista.

¿Qué otros había? ¿Quiénes eran? ¡Hurley Adams podría decirlo!

La Sombra había visitado la casa de Hurley Adams esa noche. Había oído al abogado relatar ciertos hechos a Willard Saybrook.

Le había oído mencionar los nombres de dos víctimas de los siniestros Dedos de muerte. También oyó cómo rehusaba divulgar los nombres de otras personas amenazadas.

Arturo Preston era uno de ellos. EL infeliz comerciante fue encontrado por La Sombra, aunque le habló moribundo. Había otras personas amenazadas por Dedos de muerte.

La Sombra los encontraría también. Descubriría el secreto de la extraña muerte producida por unos dedos feroces. Ya tenía una pista del origen del crimen, ¡una pista que salió de la voz agonizante de Arturo Preston!

CAPÍTULO X
SAYBROOK ABRIGA SOSPECHAS

Willard Saybrook se hallaba en el salón de la casa del difunto Josías Bartram. Sonriente y adoptando una actitud jovial, el joven conversaba con Gracia Bartram.

Mas, en el fondo de su corazón, estaba nervioso e intranquilo.

¡Dedos de muerte! Su amenaza persistía. En el cerebro del joven se agitaban todas las revelaciones que Hurley Adams le hiciera esa noche.

¡Revelaciones que marcaban como un criminal al viejo abogado!

Momentáneamente extrañó las confidencias. Un hombre que confesaba haber cometido un delito, ciertamente se colocaba en una posición mala.

Sin embargo, el joven no tenía un espíritu mezquino que creyese que un hombre que había cometido una sola fechoría no podría reformarse.

Adams había confesado sus errores con el solo objeto de que el joven no obrara precipitadamente. Esta era, en resumen, la opinión de Willard Saybrook.

Durante un rato el joven dudó de la sinceridad del anciano abogado; había sospechado que estaba jugando una partida astuta.

Mas al llegar a la casa de Bartram, examinó la cuestión detenidamente y el resultado de sus reflexiones fue que ahora sentía gran simpatía hacia Hurley Adams.

Le embargaba, sobre todo, el pensamiento que expresara esa noche.

Al estar Dedos de muerte asesinando, mucho podría averiguarse buscando pistas en el pasado. ¡Esas pistas podrían hallarse allí, en la casa!

Saybrook conocía las circunstancias de la muerte y el entierro de Josías Bartram. Las había discutido, con mucho tacto, con Gracia Bartram.

Constató que, solamente cuatro personas estuvieron cerca del viejo contratista durante los últimos días de su vida. Esas cuatro personas eran Gracia Bartram, el doctor Felton, Shores, Mahinda y la enfermera.

El doctor Shores visitó la casa varias veces desde la llegada de Willard Saybrook. Como médico de cabecera de la familia, tenía especial interés en saber cómo la muchacha se iba recobrando de la tensión ocasionada por la muerte de su tío.

EL doctor no había ido esa noche, pero Mahinda se encontraba allí yendo y viniendo silenciosamente, ocupado en su trabajo habitual. El hindú vestía un traje blanco y en forma de saco; y aparecía y desaparecía con el silencio de un fantasma.

Willard Saybrook se sentía nervioso y Mahinda aumentaba su nerviosidad.

En una ocasión, en que Gracia llamara al criado, éste no apareció; pero compareció más tarde, en un momento inesperado, aceptando tranquilamente la reprimenda que recibió.

El hindú no estaba en el aposento ahora y Saybrook aprovechó la oportunidad para discutir seriamente con Gracia el caso del extraño sirviente.

-Este Mahinda-preguntó-, ¿es de confianza?

Desde luego-exclamó la muchacha-. ¿Qué te hace pensar otra cosa, Willard?

-No estaba por aquí hace unos minutos. No vino cuando le llamaste.

-Eso no quiere decir nada. ¡Pobre hombre! ¡Ha estado trastornado desde la muerte de mi tío Josías!

-¿Cuántos años ha estado sirviendo a tu tío?

-Veinte... veintidós, creo. Le recuerdo desde que yo era niña. Mahinda es un criado maravilloso. Ha sido siempre muy fiel.

-¿Cómo se portó durante la enfermedad de tu tío?

-De una manera sencillamente admirable. Habría sido capaz de hacer cualquier cosa por mi tío. Creo que habría matado a cualquiera que hubiese amenazado a mi tío o a mí. Me encuentro muy segura, y protegida teniéndole a mi lado.

-¡Hum! Me parece una insinuación de que me vaya.

-¡Willard!-protestó la joven-. No hables así, querido. No debes marcharte nunca. Tan pronto como haya transcurrido un tiempo razonable, nos casaremos...

La aflicción de la muchacha por el comentario de su prometido, hizo que éste tratara de calmarla. Olvidó sus problemas para borrar la desagradable impresión causada por sus palabras.

Gracia se puso sonriente una vez mas y los dos jóvenes charlaron de diversas cosas hasta que Mahinda reapareció.

El timbre de la puerta principal sonó de repente y Saybrook observó la rapidez con que el criado respondió a la llamada.

Le asaltó la idea de que esperaba aquella llamada. Cuando Mahinda abrió la puerta, el doctor Shores entró.

El doctor tenía el mismo aire profesional que de costumbre, pero lo alteró un poco al saludar a Willard Saybrook y a Gracia Bartram.

Observó que le producía una grata impresión, dándole una sensación de alivio el visitar una casa donde todos parecían estar bien y felices.

Paseando por el aposento, vió a Mahinda y le pidió un vaso de agua. El hindú hizo una reverencia y salió a buscarlo.

Transcurrieron varios minutos. Shores, bromeando, se mostró impaciente al ver que Mahinda no regresaba. Gracia, molestada, empezó a incorporarse, diciendo que iría a buscarlo personalmente.

El doctor Shores, cortésmente, le rogó que continuase sentada.

-Conozco la casa-dijo, sonriendo-. Buscaré a Mahinda y le echaré una reprimenda en su lengua nativa. Permítame que yo vaya a buscarle.

Willard Saybrook se quedó estupefacto cuando vió al doctor Shores salir al pasillo. Había observado, antes, que el médico tenía la costumbre de creerse allí en su propia casa.

Esta noche, después de que Mahinda se fue por orden del médico, la acción de éste de ir en su busca, resultaba extraña. El joven tuvo la sospecha de que los dos hombres deseaban hablar en privado.

¡El doctor Felton Shores y Mahinda, el criado! ¿Qué podrían tener en común? Asaltóle al joven la idea de que pudieron conocerse durante la vida de Josías Bartram y durante el período en que el anciano contratista padecía su última enfermedad, de que durante esos períodos pudieron confabularse para algún acto criminal.

Mientras Saybrook estaba sumido en estas reflexiones, Mahinda volvió, llevando el vaso de agua.

No pareció sorprenderse de no ver al doctor Shores. Depositó el vaso de agua en la mesa y salió del aposento sin hablar,

¿Adónde iría ahora? El repiqueteo del teléfono dio la respuesta. Mahinda apareció y respondió

-¿El doctor Shores?-El hindú habló con un acento extraño-. Aquí está, señor. Le llamaré.

El criado salió a buscar al doctor. Volvió al poco tiempo, seguido del galeno que reía. Este observó el vaso de agua y lo bebió antes de responder al teléfono.

La sonrisa del doctor se trocó en una expresión de gravedad al oír la voz que le hablaba desde el otro extremo del hilo.

Colgó el receptor y se volvió con aire de tristeza en el semblante. Vió las miradas interrogantes de los dos jóvenes y finalmente decidió dar una explicación.

Dijo con acento emocionado:

-Una desgracia. Una muerte por accidente. Un hombre destacado de la ciudad. Es un paciente mío. Tengo que marcharme al instante.

-¿Quién?-interrogó Saybrook.

-Arturo Preston-informó el médico-. Se disparó un tiro mientras examinaba una pistola antigua. El arma estaba cargada.

-¡Qué desgracia! - exclamó Gracia Bartram.

-Realmente es terrible-comentó su prometido-. Especialmente casi seguido después de la muerte de Mauricio Pettigrew.

El joven hizo esta manifestación casi sin pensarlo. Se percató de que era una equivocación haberse referido, a Pettigrew, después de lo que Hurley Adams lo había dicho.

Dirigió una mirada al médico para ver el efecto que en él había producido y observó en su rostro una expresión de profunda reocupación.

Despidiéndose precipitadamente, el doctor Shores abandonó la casa.

En el cerebro del joven se agitaban mil pensamientos.

¡Arturo Preston! ¿Era acaso otro de los complicados en el robo, otro de los que Hurley Adams insinuara corrían grave peligro?

Asaltóle otra idea. Parecía extraño que llamaran a la casa de Bartram preguntando por el doctor Shores. Seguramente dejó de que le telefoneasen allí.

Probablemente habrían transcurrido unas horas entre el momento de la muerte de Preston y esta llamada, ¿Cuánto tiempo? ¿Dónde había estado Shores, durante ese intervalo? Saybrook trató de imaginarse lo ocurrido en casa del coleccionista. Evidentemente lo encontraron muerto. ¿Llamaron inmediatamente al doctor Shores?

Eran más de las doce de la noche. Gracia subió la escalera. Mahinda desapareció. El joven permaneció fumando durante media hora, pensando aún en el caso de Arturo Preston.

Oyó llamar a la puerta y la abrió. El doctor Shores apareció fuera.

-¡Ah!-exclamó el médico-. ¿ No se ha acostado todavía? Me dirigía a mi casa y pensé entrar a verles un instante. Es una lástima lo sucedido a Arturo Preston -el médico sacudió tristemente la cabeza;- es una lástima. Una verdadera desgracia, Estoy habituado a ver la muerte, pero cuando ocurre de una manera tan inútil...

-¿Cuándo sucedió?-inquirió el joven.

-Aproximadamente una hora antes de que telefoneasen aquí- el médico titubeó-. No, quizá hacía menos tiempo. Cerca de la casa de Preston vive un médico y lo llamaron. Luego empezaron a telefonearme. Probaron unas cuantas casas antes de encontrarme.

El médico hizo una breve descripción de lo sucedido y explicó lo que vio al llegar a la casa del comerciante. Luego, dirigió una mirada interrogante hacia el salón.

-¿Gracia se ha retirado a descansar?-preguntó.

El joven movió afirmativamente la cabeza.

-¿Dónde está Mahinda? ¿Le dijo usted que podía irse a la cama?

-Me parece que se retiró sin pedir permiso. Me alegro de haber estado aún aquí, doctor. Voy a acostarme ahora.

El joven acompañó al médico hasta la puerta. Después de que Shores se hubo marchado, permaneció un momento mirando en la oscuridad.

No observó el coche detenido en la calle, un poco más abajo. Era el cupé de Harry Vincent. Había estado allí varias veces esa noche.

El auto partió poco después que el joven cerró la puerta de la calle, pero la vigilancia no había cesado. Otros ojos la habían continuado; unos ojos que aparecieron en la oscuridad después de marcharse Vincent.

Aquellos ojos escudriñaron a través de la ventana. Vieron a Willard Saybrook, pero éste no los notó.

¡Eran los ojos misteriosos de La Sombra!

Después de que el joven hubo apagado las luces y subido a su dormitorio, aquellos ojos permanecieron en la oscuridad fuera de la casa; y eran los únicos signos visibles de una figura que se movía con la invisibilidad de la noche misma.

La Sombra, diferente a Harry Vincent, no evitó acercarse demasiado a la mansión de Bartram. En realidad, después de, su primera inspección de la casa, el hombre de misterio cruzaba el jardín y los terrenos de la finca, con paso reposado. Su figura formó una mancha al pasar delante del mausoleo de blanco mármol donde Josías Bartram se hallaba enterrado.

Entonces, La Sombra se hundió en la noche. Su desaparición terminó la larga cadena de misterios que se iniciara a primeras horas de la noche.

¿Por qué había ido La Sombra a aquel lugar? ¿Acaso él, como Willard Saybrook, decidió que la pista de las extrañas muertes podía encontrarse en el lugar donde empezaron las muertes?

¡Solamente La Sombra conocía la solución del enigma!

CAPÍTULO XI
LA SOMBRA INVESTIGA

El repiqueteo del teléfono despertó a Harry Vincent, la mañana siguiente.

Contestó soñoliento y oyó una voz reposada, pero familiar.

-¿El señor Vincent?

Harry respondió afirmativamente.

-Tengo entendido-dijo la voz-, que se encuentra usted en Holmsford con el objeto de estudiar las condiciones del distrito en relación con la industria de la construcción. Si pudiese ir pronto al Capitol, me encontrará allí y tendré mucho gusto en indicarle algunas posibilidades sobre las cuales podemos ponernos de acuerdo.

Harry empezó a contestar, mas de repente la comunicación fue interrumpida.

EL chasquido del receptor del otro extremo de la línea fue la causa. Harry no hizo ningún esfuerzo para reanudar la comunicación. Comprendía, todo lo que él necesitaba saber.

¡Había recibido un mensaje de La Sombra!

Ir pronto al Capitol.

Aquellas palabras recalcadas constituían el mensaje. Significaban que debía entrar de servicio. Al colgar el receptor, vió una llave junto al teléfono.

La examinó y observó que llevaba el número novecientos dos; éste seria el de la oficina del edificio Capitol.

El joven ayudante de La Sombra se vistió apresuradamente, se metió la llave en un bolsillo y salió del hotel.

El edificio Capitol era donde Hurley Adams tenía su despacho. Además, Harry había averiguado que el abogado ocupaba la oficina novecientos cuatro. Por algún motivo, La Sombra deseaba que su ayudante estuviese en la oficina contigua. La Sombra había trabajado durante la noche. Vigilando cerca de la casa de Bartram, Harry descubrió de repente un sobre diminuto en el volante del coche.

Harry no vió a nadie que lo pusiera allí. El sobre contenta una nota en clave, diciéndole que se marchase al hotel dentro de diez minutos.

Así lo hizo, poco después que el doctor Felton Shores abandonó la casa por segunda vez aquella noche.

Al llegar a su habitación, Vincent escribió un informe. Lo metió en el cajón de la mesa. En su prisa, no lo buscó por la mañana.

¡Mas estaba seguro de que su jefe debió entrar mientras él dormía, para recoger el informe y dejar la llave!

Harry encontró que la oficina número novecientos dos estaba desocupada.

Abrió la puerta con la llave y entró. Al penetrar en el despacho interior, contuvo el aliento. Allí, en una mesa, descansaban un par de receptores con un cordón que iba a la pared.

Comprendió al instante que su jefe realizó este trabajo la noche anterior.

¡Instaló un dictógrafo que estaba conectado con la oficina contigua del abogado!

Al cabo de media hora de infructuoso escuchar, su paciencia fue recompensada. Algún visitante había entrado a ver a Hurley Adams.

La voz reveló su identidad. Willard Saybrook había ido a ver a Hurley Adams.

La Sombra había previsto dicha visita.

A unos siete metros del joven ayudante, con una pared por medio, Saybrook y el abogado sostenían una conversación grave.

-Dígame-decía Saybrook-: ¿era Arturo Preston uno del grupo?

-Sí-afirmó el abogado, con tono solemne.

-¿Era necesario que muriese?

-No-respondió Adams, tristemente-. Estuve a punto de avisarle anoche.

Fui a telefonearle. Casi fui a verle. En realidad salí a dar un paseo. Quizá tuve suerte al hacerlo.

-¿Por qué?

-Mi criado, Unger, tuvo un encuentro con alguien, poco después de haber salido yo.

-¿Quién era?

-Unger lo ignora. El individuo escapó.

-¿Entonces usted cree...?

-Que alguien puede haber intentado asesinarme. Encontrándome ausente, el asesino visitó a Preston y lo mató.

Hubo un breve silencio. El abogado lo rompió con una explicación.

-Decidí-dijo-, esperar hasta hoy para hablar a Preston, el hombre que yo estaba seguro de que no era culpable de estos crímenes. Cometí un lamentable error al esperar. Estoy sumamente preocupado; pero tengo un nuevo plan.

-¿Cuál es?

-No puedo decírselo ahora. Se trata de un experimento. He de probarlo.

-¿Implica a otros? ¿Afecta a alguien?

-Sí.

-Dígame-dijo Saybrook, tras una breve pausa-. Si no quiere nombrar a los otros miembros del grupo, ¿me contestará si le pregunto acerca de cierta persona, si es o no uno de los complicados?

-Quizá. ¿De quién sospecha?

-Del doctor Felton Shores.

-No. Shores vive en Holmsford desde hace unos doce años. ¿Por qué... ? O más bien, ¿qué le hace sospechar de él?

Saybrook comenzó una explicación. Relató a Adams los acontecimientos de la noche anterior; cómo Shores llegó a casa de Bartram una media hora después de la muerte de Preston.

-No me gusta eso-declaró el joven-. Shores ha observado una conducta extraña. En cuanto al hindú, el criado llamado Mahinda, desconfío de él. Tengo la impresión de que Shores y Mahinda fueron a alguna parte a celebrar una conferencia. ¿Qué opina usted, Adams?

-No sé qué decirle. Quizá Shores sospecha que Bartram murió asesinado. Tal vez él y Mahinda están estudiando el asunto.

-Es posible que sea eso. Desde luego, no he hablado al doctor. Ahora lo comprendo. Shores no estaría dispuesto a expresar una opinión. Exactamente como usted...

-Me alegro de que haya usted hablado de eso. Yo sugeriría que vigilase usted a Shores y a Mahinda. No pueden sospechar de usted, porque saben que no se encontraba en Holmsford cuando murió Josías Bartram. No obstante, proceda con cautela. Averigüe todo cuanto pueda, pero no diga nada.

-Comprendo-dijo Saybrook.

Sucedió un largo silencio. Ambos hombres consideraban las posibilidades.

Adams empezó a hablar v su voz estaba llena de duda. Manifestó que la posible relación entre los que gozaban de la confianza de Bartram-a saber Shores y Mahinda-era algo que debía ponerse en claro.

Al mismo tiempo, sostenía la opinión de que los dos hombres podían estar investigando, por su cuenta.

-Shores no era el médico de Pettigrew-concluyó el abogado-. Sin embargo, lo era de Preston. Esto me sugiere una cosa. Debo actuar seguidamente con el plan que tengo trazado. Creo que podré frustrar otros crímenes. Espere hasta que le avise, Saybrook. No olvide observar mucha cautela.

Cuando el joven se marchó de la oficina del abogado, ninguno de los dos sabía que la conversación que habían sostenido había sido oída y registrada palabra por palabra por Harry Vincent. El ayudante de La Sombra había completado un informe.

No obstante, esto dependía de oído solamente. Por consiguiente. Harry no se enteró de un hecho importante que ocurrió después de la partida de Saybrook.

Introduciendo la mano en el cajón de la mesa de escritorio, Hurley Adams sacó un montón de naipes ojos.

Cogió dos y los envolvió separadamente en un pliego de papel. Cogiendo dos sobres metió un naipe en cada uno de ellos y selló los sobres.

Llamó a la secretaria y le ordenó que los echase al correo. Mientras la muchacha esperaba, Adams calmosamente escribió las señas.

Harry Vincent no se enteró del significado de esto. Registró la conversación eso fue todo. Por lo tanto no se encontraba en el pasillo, cuando la muchacha apareció llevando las cartas.

Ella se fue directamente al buzón y encontró a un viejo, cargado de hombros, que llevaba un paquete de cartas.

Dando un paso atrás, el anciano caballero permaneció apoyado en su bastón mientras la muchacha tiraba separadamente los sobres en el buzón.

La secretaria del abogado no vio el brillo de los ojos del anciano. No sospechó que había leído los nombres y las señas.

Cuando volvió a la oficina, Adams le preguntó si había echado las cartas al correo. La joven informó a su jefe que había cumplido su encargo.

No hizo ningún comentario respecto del anciano que encontró.

En realidad, el viejo ya no estaba en el pasillo cuando la secretaria cerró la puerta de la oficina. Evidentemente había echado su correspondencia y se había marchado.

No obstante, la muchacha se sorprendió un poco al observar que un individuo tan viejo, que parecía que apenas podía andar, hubiese echado sus cartas y se hubiese marchado tan rápidamente.

Se habría extrañado más aún sí hubiese visto al anciano en aquel momento.

Había descendido por la escalera, con preferencia al ascensor. Ya solo en los escalones, bajaba con premura, sin la ayuda del bastón.

En los labios del anciano se dibujó una sonrisa tenue, y en aquella parte solitaria del edificio Capitol, nadie oyó la singular risa que aquellos labios emitían.

-¡El anciano era La Sombra!

Él había visto lo que Harry Vincent no pudo ver. Aunque no había recibido el informe de su ayudante sobre la conversación sostenida en la oficina del abogado, adivinó el propósito de las cartas echadas al correo. ¡Dos cartas eran un factor vital del plan de Hurley Adams! ¡Pues aquellas cartas, mandadas por el árbitro de una banda de ladrones, eran unos mensajes dirigidos a los últimos miembros vivientes del grupo¡

La Sombra, mediante su clara intuición y sus dotes de observador, no sólo había averiguado cuántos quedaban, sino que descubrió también la identidad de dichas personas.

Dos miembros más, con Adams, formaban un total de tres.

¡Un trío dc hombres que esperaban el día en que averiguarían el escondite de los millones robados!

¿Cuál de los tres-entre ahora y aquel día-sentirían, en sus cuerpos el poder asesino de los Dedos de muerte?

Los mensajes de aviso habían sido despachados. La Sombra estaba enterada, y actuaría en consecuencia.

¡Entretanto, tres correrían peligro; Otros tratarían de aclarar el misterio de esta serie de crímenes!

CAPÍTULO XII
LA CONFERENCIA

-Se equivoca usted, Grady. Olvide esa idea.

Julio Selwick, jefe de policía de la ciudad de Holmsford, hablaba desde detrás de su escritorio en el ayuntamiento de la villa.

Howard Grady, jefe del departamento de detectives, permanecía en pie delante de su jefe.

-No puedo olvidarlo-protestó Grady.

-Estoy de acuerdo con usted en que Mauricio Pettigrew se suicidó. Pero la muerte de Arturo Preston presenta otro aspecto y otras posibilidades.

-¡Había varias personas en la casa!-objetó Selwick impaciente-. ¡Este caso es más claro que la muerte de Pettigrew!

-Quizá me equivoque-murmuró el detective-. Tal vez el ver tantas armas en aquel cuarto del coleccionista me ha hecho pensar en un asesinato. Armaduras, arpones, escopetas, pistolas, etc...

Julio Selwick sonrió con indulgencia. El detective abandonó la oficina. Tan pronto como se hubo marchado, la frente del jefe de policía se arrugó.

-Un asesinato-murmuró-. Grady anda más cerca de la verdad de lo que piensa. Uno... dos... tres. Bien...

Encogióse de hombros y levantó la vista al entrar un hombre llevando la correspondencia de la tarde. Observó que varios sobres fueron marcados con matasellos a las doce.

-Tengo que despistar a Grady-murmuró-. Ya es grave que sospeche, aunque no averigüe nada...

Empezó a abrir las cartas. Salió un papel doblado, del cual cayó un naipe rojo.

El jefe de la policía examinó la carta. La puso encima del escritorio y miró con fijeza hacia la pared.

Las arrugas se acentuaron en su frente. Conocía el significado del mensaje.

Era una llamada que había aguardado durante años: sin embargo, no la esperaba tan pronto.

Echó una ojeada a un periódico que yacía sobre la mesa. En la primera página velase una fotografía del antiguo Edificio del Banco de Holmsford, que ahora iba a demolerse. Las obras comenzarían la semana siguiente.

Volvió a examinar el naipe. Profirió una sonrisa sorda. Rompió en mil pedazos el naipe y arrojó los fragmentos en el cesto de los papeles.

Siguió el sobre roto. Puso a aun lado el resto de la correspondencia. Había perdido todo su interés por ella.

Julio Selwick una figura de relieve en el mundo de los negocios de la región de Holmsford, había sido nombrado recientemente jefe de policía en virtud de su carácter firme y austero.

Había demostrado poseer dotes para extirpar el crimen en la ciudad.

Se había reído de las amenazas de los gangster que intentaban establecer sus cuarteles en Holmsford.

No obstante parecía estar preocupado. En realidad, durante la última semana había dado muestras de encontrarse enfermo.

Howard Grady lo había observado, así como otros; pero nadie había hecho ningún comentario directo.

La oficina del jefe de policía de la localidad daba a un pasillo muy transitado y cuando Julio Selwick se incorporó para abandonar el despacho, un anciano caballero entró cojeando, apoyándose en un bastón.

Se detuvo delante del escritorio y formuló una pregunta.

-¿Es ésta la oficina del director de sanidad?-inquirió-. Soy de...

-Dos puertas más abajo - informó Selwick.

-Dispense-murmuró el anciano, con una cortés reverencia.

Julio Selwick, que se encontraba andando delante del escritorio, no observó la acción. No vió los ojos del viejo que brillaban al inclinar la cabeza.

Allí, en la papelera, el anciano distinguió los fragmentos del naipe rojo en el sobre roto.

Era el mismo anciano que estuvo en el edificio Capitol, junto al buzón del noveno piso. La Sombra visitando la oficina del jefe de policía de Holmsford.

El viejo siguió a Selwick, quien le señaló la oficina de la dirección de sanidad. Tenía una antesala, con una puerta cerrada donde era preciso tocar un timbre.

El anciano hizo una reverencia y entró. No obstante, no tocó el timbre.

Oprimió los extremos de su bastón que al instante se contrajo, convirtiéndose en una cosa diminuta que metió en un bolsillo.

Quitándose el sombrero de la cabeza, lo volvió del revés. Resultó otro sombrero gris en lugar de oscuro.

Quitóse los guantes; unos dedos delgados pasaron por la faz del viejo. EL cuerpo encorvado enderezóse. Un bigote encerado hizo acto de presencia.

A los treinta segundos de haber entrado en la oficina, el anciano se había trocado en otro individuo, en un hombre con bigotes, de rostro severo, de unos cuarenta años de edad.

Saliendo de la oficina, el transformado individuo llegó al ascensor a tiempo de coger el mismo aparato que Julio Selwick.

Desde entonces, La Sombra, en su nueva personalidad, no perdió de vista al jefe de policía. Ambos llegaron al mismo tiempo al hotel Elite y hasta que Julio Selwick entró en el comedor el paciente vigilante no desapareció.

Harry Vincent entró en el comedor poco después. Él a su vez vigilaba a Selwick.

El joven ayudante de La Sombra obedecía unas órdenes recientes y misteriosas recibidas por teléfono en su habitación adonde regresara al mediodía.

Había guardado un informe de la conversación registrada por el dictáfono.

El informe había sido sacado del cajón durante su ausencia.

Eran cerca de las ocho cuando Julio Selwick se entretuvo un rato en el vestíbulo. Harry seguía vigilándole. Vió que Selwick tomaba el ascensor y subía.

Al poco rato, entró un hombre moreno que pasó delante del lugar donde Harry estaba sentado. El joven ayudante apenas le había visto acercarse al mostrador cuando una tarjeta apareció en el brazo del sillón donde su mano descansaba.

Volviéndose con curiosidad le extrañó no ver a nadie. Había una columna delante, pero no vio a nadie desaparecer de la vista.

Mirando rápidamente la tarjeta, leyó a tiempo el mensaje escrito en clave:

"Vigile al hombre que acaba de entrar. Sígale cuando salga."

La escritura se desvaneció ante los ojos de Harry. Conocía el origen de la nota. Procedía de La Sombra. Era suficiente. Desde ahora no tenia más que una misión: Vigilar al desconocido, que, estaba ahora delante del mostrador.

Observó atentamente las facciones del hombre. Cetrino y con un bigotito, el rostro era fácil de recordar.

Este hombre, como Selwick, se dirigió hacia el ascensor. Harry no vió a nadie que le siguiese.

¡Ignoraba que La Sombra, disfrazado aún, había entrado en el otro aparato mientras estuvo observando al hombre que debía vigilar!

El hombre moreno salió del ascensor en el quinto piso. En aquel momento Harry, en el vestíbulo, averiguaba su identidad. Dos hombres, que se hallaban cerca, hablaban del desconocido.

-¿Sabes quién es?-preguntó uno.

-Claro que lo sé. Es Ernesto Risbey. Me gustaría tener su fortuna.

-Creo que hizo mucho dinero antes de vender su fábrica.

Harry tomó una nota mental del nombre, Ernesto Risbey. Evidentemente un vecino prominente de Holmsford.

En el quinto piso, Risbey ignoraba que habían mencionado su nombre en el vestíbulo del hotel. También ignoraba que alguien le vigilaba de cerca.

Unos ojos sagaces observaban al hombre del bigotito cuando se detuvo delante de la puerta de la habitación del fondo del pasillo,

Sonaron tres golpecitos. La puerta se abrió en respuesta a la señal de Risbey.

El hombre entró en una habitación obscura donde le esperaban dos amigos.

Uno era Hurley Adams, de cabellos grises y faz pálida. EL otro, Julio Selwick, corpulento y de rostro firme. Risbey cerró la puerta.

-Estamos todos - observó Hurley Adams, en voz baja.

Julio Selwick señaló con el pulgar hacia una puerta situada a un lado del cuarto.

-La habitación contigua está desocupada-explicó Adams-. Me aseguré de ello antes de alquilar ésta. Expuse que deseaba estar en un lugar tranquilo. ¿Vieron mi nombre y habitación en el libro de registro?

Selwick y Risbey hicieron un gesto afirmativo.

-¡Al asunto!-declaró Adanes, quedamente.

La puerta del lado de la habitación abríase lentamente, sin que lo notaran los tres hombres que la habían olvidado.

La puerta se cerró tan silenciosamente como se abriera. La elevada figura de La Sombra apareció a la vista.

Los ojos brillaron momentáneamente; luego el hombre de misterio se fundió en la oscuridad al otro lado de un tocador que estaba junto a la pared.

-¿Vamos a tratar del asunto?-inquirió Selwick-. No ha llegado la hora aún.

-Se trata de una convocatoria urgente-repuso Adams-. Debemos resolver un problema muy importante.

Selwick guardó silencio.

El semblante de Risbey adquirió una expresión de astucia al mismo tiempo que de preocupación.

-Hay unos millones en la balanza-expuso Adams, lentamente-. Esos millones deberían haberse repartido entre seis personas. Esta noche, no hay más que tres de nosotros.

Hizo una pausa para mirar a sus dos compañeros. Ambos parecían compartir cierta preocupación momentánea. ¿ Era esa expresión fingida o real?

-Dentro de una semana-continuó Adams-, tendremos que reunirnos de nuevo, así lo espero, con el objeto de dividir el botín. Desgraciadamente -dio un tono de sinceridad a la palabra-tres de nuestro grupo han muerto durante la pasada semana.

Transcurrió un momento de silencio. Luego continuó:

-Eso no me agrada. Habría preferido que todos se llevasen la misma parte. Ha surgido un complot, un plan de eliminación. A menos que se haya traicionado el secreto, el individuo que ha trazado ese plan de suprimir a sus compañeros es uno de nosotros. ¡Es más que un traidor, es un asesino!

-Me lo temía-declaró Risbey, con súbita nerviosidad-. Esas tres muertes, me han asombrado. Dígame, Adams. Usted cree que uno de nosotros...

-¿Es un asesino? ¡Sí!

Risbey se movió nerviosamente en su asiento. Adams le observaba atentamente. Después de un silencio, el abogado volvióse hacia Selwick.

Le dijo:

-Esa es mi opinión. ¿Cuál es la suya?

-No sé-repuso el jefe de policía, en tono rudo-. Si usted tiene razón, Adams, entonces es usted o Risbey. No me preocupo. Nadie me atrapara a mí.

-Olvidemos el pasado - sugirió el abogado-. Nos encontramos cerca de la meta, que hemos esperado veinte y pico de años. El botín es bastante grande para enriquecernos a todos. Estoy dispuesto a proponer el siguiente acuerdo suponiendo que yo soy responsable de lo ocurrido (en cualquier sentido imaginable), les aseguro a ustedes dos que no ocurrirá nada en forma de muerte. ¿Están dispuestos a convenir en lo mismo?

-Yo sí-afirmó Risbey-. No soy responsable; mas si lo fuere, no la repetiría.

-Si yo he sido un asesino-declaró Selwick, con una breve risa-, me abstendré en lo futuro.

Los tres hombres se contemplaron mutuamente. Reinaba un aire de desconfianza mutua.

Hurley Adams movió cansadamente la cabeza. Daba la impresión de que esperaba mejores resultados de esta conferencia, y que estaba decepcionado.

Selwick sugirió:

-Expondré la situación tal cual, en mi opinión, queda ahora. Si uno de nosotros es el asesino, es seguro que no lo dirá. Pero es igualmente seguro que si es prudente, cesará en sus crímenes. Mientras haya tres de nosotros, nadie puede estar seguro de quién puede ser el criminal, porque hay dos para elegir. Mas si el asesino mata a uno de nosotros, entonces no quedarán más que dos. El que sea inocente sabrá quién es el culpable...

Una expresión de alivio apareció en el semblante de Ernesto Risbey. El fabricante se impresionó por las manifestaciones de Selwick. Ahora tenía el aire de un hombre que se ha liberado de un peligro inminente.

Hurley Adams dijo, quedamente:

-Es buena lógica. No se me había ocurrido tal cosa. Me alegro de que haya hablado de esa forma, Selwick. Ha presentado un excelente argumento para que los tres nos pongamos de

acuerdo. Recuerde, pues, que cuando no queden más que dos, el que sea inocente está en guardia. Estamos de acuerdo ahora.

-Entonces-dijo Risbey -, volveremos a reunirnos...

-Cuando se haya abierto la piedra angular. Su contenido se hará público, incluso la crónica de la ciudad. ¡Es el procedimiento habitual! Olvidemos el pasado. Recuerden que el botín está seguro entre nosotros tres. De ser dos, existiría un peligro. Siendo uno... eso es imposible. El asesino cometió un error y ha hecho mal. Pero es inútil lamentarlo.

La conferencia había terminado. Hurley Adams había ganado su caso, con la ayuda de Julio Selwick. Los tres hombres se levantaron y salieron de la habitación, uno a uno.

Apareció a la vista La Sombra. De pie, cual un espectro del otro mundo, lanzó una carcajada sorda y espeluznante, repercutiendo sus ecos por la habitación.

En el vestíbulo del hotel, en la entrada, tres hombres iban cada cual por su camino. No obstante, dos de ellos mostraron cierta discreción, aunque sólo mediante un gesto.

Julio Selwick, el primero en marcharse, se encontró con un detective cuando se aproximaba a la puerta.

Hurley Adams no carecía de una escolta para su seguridad. Su criado, Unger, se le reunió cuando cruzaba el salón del vestíbulo.

Ernesto Risbey era el único que no había tomado ninguna precaución; no obstante, también iba protegido, aunque sin su conocimiento.

Un joven siguió a Risbey cuando salió del hotel. Harry Vincent, cl ayudante de La Sombra, había sido destacado para vigilarle esa noche. La Sombra había previsto que los otros dos tendrían la prudencia de ir en compañía de sus hombres. Había confiado la seguridad del tercero a Harry Vincent.

CAPÍTULO XIII
DEDOS INVISIBLES

Las instrucciones que recibiera Harry Vincent eran claras. Debía seguir a Ernesto Risbey y averiguar adónde iba. Era probable que fuese a su casa.

Una vez que llegase allí, Harry debía continuar vigilando y, si sospechaba algún peligro, llamar a la casa.

Haciéndose pasar por un representante de empresas de construcción, tenía una manera fácil de acceso. El fabricante retirado estaba interesado en la industria de la edificación.

En calidad de visitante, Harry podría avisar por teléfono a La Sombra, desde la misma casa de Risbey. Una simple llamada al hotel, para averiguar si había alguien en su habitación, sería la señal.

La Sombra, dentro del cuarto de su ayudante, respondería y recibiría la información.

Todo esto había sido indicado en las instrucciones que recibió durante el día.

No obstante, el joven ayudante no conocía del todo lo que ocurría.

Ernesto Risbey salió inmediatamente del vestíbulo del hotel. Cruzó la calle, entró en un bar y pidió un refresco. Harry se mantuvo a distancia prudente.

El fabricante salió a los pocos minutos; volvió sobre sus pasos y compró unos puros. Habían transcurrido diez minutos desde que salió del hotel.

Permaneció un momento parado junto al bordillo de la acera, sumido en profundas reflexiones. Empezó a mirar nerviosamente a su alrededor; luego, atusándose el bigote, echó a andar hasta que se acercó a un lujoso sedan detenido entre otros coches.

El ayudante de La Sombra se dirigió presuroso a su «coupé», que estaba en otro lado de la calle, y se sentó delante. La calle era ancha y ofrecía bastante espacio para maniobrar.

Mirando por la ventanilla trasera, esperó ver en qué dirección pensaba marcharse Ernesto Risbey.

El fabricante no tenía gran prisa. Después de subir al sedan, se sentó calmosamente ante el volante y permaneció meditando sobre la conferencia que acababa de celebrarse en el hotel.

Al fin, se metió una mano en el bolsillo, sacó una llave y giró la manecilla del encendido. También encendió el tablero. Luego, con una mano en el volante, se dispuso a encender las luces antes de poner en marcha el coche.

De haber mirado en el espejo que tenía delante, habría visto un espectro espeluznante. Levantándose de la parte posterior del automóvil, destacándose detrás de sus hombros, aparecía un rostro demoníaco con una horripilante expresión de júbilo. Junto a la faz había una mano extendida empuñando un objeto metálico con una punta finísima.

El rostro y la mano avanzaban poco a poco. Los dedos de la mano resultaban más visibles.

¡Dedos diabólicos que habían destruido ya algunas vidas y estaban a punto de suprimir a otra víctima!

La punta de la aguja hipodérmica estaba apenas a una pulgada del cuello de Risbey, cuando miró casualmente en el espejo. En la superficie vió reflejadas las garras que empuñaban la aguja hipodérmica.

¡Dedos de muerte!

Horrorizado, adivinó al instante la misión de aquellos dedos asesinos. Una exclamación de asombro brotó de sus labios al reconocer el rostro reflejado en el espejo.

Luego, antes de que pudiese hacer algo para salvarse, la agua hipodérmica le pinchó el cuello. Hundiéndola con furia diabólica, los dedos apretaron al mismo tiempo que realizaban su labor criminal.

Ernesto Risbey se desplomó detrás del volante. Los dedos siguieron apretando; luego extrajeron lentamente la aguja hipodérmica.

Los labios del fabricante se movieron, mas de su garganta no salió el menor grito. Una mano que apareciera en su cuello fue desapareciendo hasta no quedar más que señal del pinchazo de una aguja.

Los dedos y el rostro se retiraron. La portezuela del lado de la acera se abrió, luego se cerró. El asesino desapareció.

A la luz tenue del tablero, Ernesto Risbey yacía muerto, solo.

¡Otro de los componentes del grupo había encontrado su fin! Al poco rato de haber formulado su ultimátum Hurley Adams y de haber respondido Julio Selwick con una apelación a la conveniencia de que cesaran las muertes, Ernesto Risbey había sido asesinado. Cuando se divulgase la noticia-del crimen, Adams o Selwick-el que fuera inocente-sospecharía del otro y se pondría en guardia.

Nadie había visto este crimen en la oscuridad. Nadie, ni siquiera lo sospechó, mas en el otro lado de la calle, un hombre extrañaba que Ernesto Risbey no hubiese partido en su coche ya.

Harry Vincent, vigilando, dejó pasar unos minutos esperando que Risbey se pusiese en marcha.

¿Sospechaba el fabricante que le seguían? ¿Qué hacía tanto tiempo en el coche?

A medida que transcurría el tiempo, el joven temió que Risbey se hubiese escabullido del auto sin ser visto. Habría sido fácil, pues el costado de la acera no era visible desde el coche de Harry.

Decidió que era hora de investigar lo que sucedía. Apeándose del coche, cruzó calmosamente la calle. Pasó por el lado del sedan. No viendo a nadie cerca, volvió sobre sus pasos y se detuvo a encender un pitillo junto al vehículo.

Mientras la llama de la cerilla agonizaba, distinguió al hombre dentro.

Observó el cuerpo de Ernesto Risbey, acurrucado detrás del volante. Harry comprendió que Risbey estaba muerto.

Actuando con rapidez, abrió la portezuela trasera con la mano izquierda mientras que con la derecha empuñaba un revólver que mantenía oculto con su cuerpo.

Estaba preparado para enfrentarse con el asesino, mas la luz procedente de un farol cercano reveló que no había nadie allí.

Sobre el cuello del muerto aparecía el puntito carmesí que delataba la causa de la muerte.

Rápidamente Harry se apartó, cerrando la portezuela. Se acercaban varias personas. El joven tuvo la suerte de no ser visto.

Al llegar al cuarto del hotel, lo encontró desierto. Escribió rápidamente una nota en clave, explicando lo ocurrido, y depositó el mensaje en el cajón de la mesa de escritorio.

Luego, sabiendo que La Sombra no tardaría en llegar, salió de la habitación.

Al regresar, después de dejar el coche en el garaje, encontró que la nota había desaparecido.

La Sombra conocía ahora que Ernesto Risbey había sido asesinado. Harry, tendría que esperar nuevas órdenes.

La Sombra visitó el lugar de muerte y luego desapareció, invisible.

Cual un fantasma de la oscuridad, La Sombra escapaba a los ojos de los transeúntes. No le vió ninguna persona en Holmsford aquella noche.

Poco más tarde, cerníase en medio de la oscuridad que rodeaba a la lúgubre mansión donde Josías Bartram pasara los últimos días de su enfermedad.

Unos ojos sagaces y penetrantes atisbaban desde la oscuridad cuando el doctor Felton Shores salió de la casa. El médico había estado allí otra vez.

Cuando el jardín y los prados quedaron sumidos en un silencio completo, sonó una risa sorda. Era apenas algo más que el suspiro del aire, pero denotaba un júbilo sobrenatural.

Una vez más La Sombra fue burlarlo por los Dedos de muerte.

¡Estos actuarían de nuevo y, entonces, el hombre de misterio estaría preparado a combatirlos!

Horas después de medianoche, una figura espectral vigilaba desde la parte delantera del hotel Elite cuando un policía se detuvo a examinar el sedan detenido.

Tras un breve examen el policía se dirigió presuroso a telefonear a jefatura.

En el silencio de la calle, la risa de La Sombra resonó una vez más.

¡La figura fantasmal había desaparecido cuando la policía llegó para llevarse el cadáver de Ernesto Risbey, la última víctima de Dedos de muerte!

CAPÍTULO XIV
LA SOMBRA HABLA

La noche siguiente, ya tarde, un automóvil de largas líneas paró delante de la residencia de Julio Selwick. El jefe de policía se apeó, acompañado del inspector Howard Grady.

Selwick no estaba de buen humor. Grady, de rostro duro y taciturno, guardaba silencio.

Subieron al segundo piso y entraron en una habitación que Selwick usaba como despacho en su casa. EL cuarto tenía dos puertas, una que daba al pasillo de delante; la otra, una entrada que comunicaba con la escalera de la parte posterior de la casa.

Sentándose delante de su mesa escritorio, el jefe de policía miró al inspector y dijo:

-Sigo creyendo que se equivoca, Grady.

-Creo que tengo razón-repuso el detective-. La muerte de Risbey es un asesinato.

-Es posible que el caso de Risbey sea un asesinato-arguyó Selwick-. Realmente presenta mal cariz, lo reconozco. Mas no puede usted juzgar por éste una serie de crímenes. ¿Qué relación guarda esto con las muertes de Preston y Pettigrew? ¡Tonterías!

-Sucede algo anormal en Holmsford- afirmó Grady, calmosamente-. Por este motivo insisto. La gente no muere de un modo tan extraño, una persona tras otra, especialmente cuando se trata de personalidades destacadas de la misma ciudad. Voy a decirle algo que he estado pensando esta noche. ¡No me sorprendería que el viejo Josías Bartram hubiese sido asesinado también!

-¡Qué barbaridad!-resopló Selwick-. Si quiere realizar algún trabajo verdaderamente provechoso, dedique sus esfuerzos a la tarea de dilucidar el caso de Risbey; pero deje en paz los otros por el momento. Sea cuidadoso y metódico. No deduzca conclusiones demasiado precipitadamente. Se tarda tiempo en aclarar un crimen misterioso.

-Haré lo posible- prometió el detective.

Julio Selwick se reclinó en su sillón. Tenía un aire de estar muy cansado. Grady lo notó y le dijo:

-Ha trabajado usted mucho, Selwick.

-Siempre trabajo demasiado-confesó su jefe-. Este cargo ha resultado muy pesado; es agotar. Voy a dimitir en breve, Grady. Después-sonrió-, no tendrá usted que trabajar con un individuo tan exigente como yo.

-No tengo motivo de queja-sonrió el detective-. Es agradable trabajar a sus órdenes.

Hubo una larga pausa. Grady se preguntó en qué pensaría su jefe. Se habría sorprendido, de haberlo sabido.

Julio Selwick pensaba en Hurley Adams. Había varios motivos esa noche para que deseara que se destacase a un agente para vigilar al viejo abogado.

Pero existían otras razones que le impedían dar esa orden. La principal era Grady.

Estando el inspector decidido a aclarar el misterio de esas muertes, sería imprudente ponerle sobre la pista de Hurley Adams. Ya era bastante grave el hecho de que vislumbrase una relación entre las muertes mencionadas.

Era necesario observar cierta diplomacia con Grady.

-Esta noche-declaró Selwick-, meditaré lo que me ha dicho. Voy a descansar un rato, Grady. Quédese aquí. A veces, después de haber descansado un rato, tengo una inspiración. Baje, tráigase a esos cuatro hombres suyos. Hágales subir y deles las órdenes que crea pertinentes. No haga demasiado ruido; eso es todo.

El detective movió la cabeza con un gesto de asentimiento. Selwick se había referido a cuatro detectives que habían venido en otro coche, que esperaba en la calle, delante de la casa.

Grady había tenido el propósito de marcharse con ellos después de celebrar una conferencia con su jefe.

Selwick miró abajo, hacia el pupitre, cuando Grady se hubo marchado. Si las sospechas del detective indicaban que era imprudente destacar a un hombre para vigilar a Hurley Adams, sería, sin embargo, fácil tener a unos cuantos agentes en la casa donde podrían servir de guardia personal.

Pero no quería mostrar ninguna ansiedad respecto de su propia seguridad.

Por esa causa había pretextado necesitar un breve descanso. Había una otomana en la habitación contigua al despacho. Podía echarse allí un rato y examinar la situación, mientras Grady y sus cuatro subordinados estaban cerca.

De pronto tuvo la impresión de que alguien había entrado en el cuarto.

Sobresaltado, se levantó y vió delante de él una figura vestida de negro.

Unos ojos penetrantes le miraban desde debajo del ala de un sombrero negro. Unas manos enguantadas de negro proyectábase de los pliegues de una capa flotante. Una de las manos empuñaba una pistola automática, encañonándole.

AL ver el arma, Selwick se estremeció. ¿Quién era este misterioso personaje que le amenazaba de muerte?

Una risa sorda llegó a sus oídos. Era la risa de La Sombra, un sonido que le hizo temblar de espanto.

La faz pálida de Selwick delató sus pensamientos. Creía que estaba a punto de morir a manos de un asesino misterioso.

La risa del fantasma de la noche cesó.

-Julio Selwick-dijo una voz tan espeluznante como la risa-, he venido a salvarle la vida, no a arrebatársela. Estoy enterado de todo lo concerniente al robo en que está complicado. Estoy informado de los millones que usted abriga la esperanza de compartir.

»De no ser por mí, estaría usted condenado a la muerte. Únicamente puedo suprimir la amenaza que se cierne sobre su cabeza. ¡Yo sólo puedo evitar la obra siniestra de los Dedos de muerte!

»Olvide toda esperanza de recibir parte de esa riqueza mal adquirida. ¡Trate únicamente de impedir que continúen los crímenes; oponerse a quien, de lo contrario, recogerá para él solo todo el botín, al hombre que yo solamente puedo nombrar!

En los labios, de Julio Selwick se dibujó una sonrisa burlona. A pesar del tono severo de La Sombra, había recobrado la calma al percatarse de que el vengador vestido de negro no había llegado para asesinarle.

-Adivino sus pensamientos, Selwick -declaró La Sombra, en su voz escalofriante-. Anoche, cuando usted declaró que, al morir uno de los tres, uno de los dos restantes sabría quién era el criminal, se equivocaba. ¡Dedos de muerte, amenazan a ustedes ahora!

Las palabras finales fueron emitidas en un cuchicheo sepulcral. Jamás había oído Julio Selwick un tono tan siniestro.

-Le ofrezco a usted una excelente ocasión para cumplir con su deber-terminó La Sombra-. Renuncie a los millones robados. Devuélvanselos a sus legítimos dueños. En compensación, mencionaré el nombre del asesino y conduciré a usted al lugar donde se oculta.

En los ojos de Selwick apareció una expresión de espanto. La Sombra adivinó la causa. Con su voz espeluznante continuó

-No temas que le traicione. Una vez que se le descubra, el asesino no se atreverá a hablar.

Selwick comprendió el significado de la última frase. La Sombra no sentía compasión por el criminal a quien estaba dispuesto a desenmascarar. Un asesino podía ser matado durante su captura. Estas palabras tranquilizaron a Selwick. Su mente, ya libre de temores a ese respecto, comenzó a funcionar astutamente.

Por vez primera, desde que La Sombra apareciera, Selwick, pasado su espanto, pudo hablar. Se expresó en tono suplicante y el susto que había sufrido dio un tono de sinceridad a sus palabras.

-¿Qué puedo hacer?-preguntó-. Estoy dispuesto a colaborar... a aceptar sus condiciones.

-No siga engañando a Grady-repuso La Sombra-. Trabaje con él. Confíe en mí. Ha dado usted alas al crimen al guardar silencio y obstruir la labor de Grady. Ha tratado usted de conservar un secreto que no le será de ninguna utilidad. Ha permitido que unos hombres asesinados no sean vengados, simplemente por su loca ambición.

La acusación hizo temblar a Selwick.

Las manos de La Sombra estaban bajas. Su brazo derecho se alzó, ahora su índice le apuntó con desprecio.

-Puede usted enmendarse, Julio Selwick-dijo-. Le doy una oportunidad: la vida, a cambio de una declaración, firmada por usted, de que obrará como se lo ordeno. Una vez que haya cumplido con su deber, el documento será destruido...

Selwick, acurrucado en el asiento, cambió de repente su postura. Su actitud de espanto era fingida.

¡Echando atrás el sillón, el jefe de policía; se enderezó de repente, empuñando un reluciente revólver!

Su terror se había trocado en frenesí. Le dominó la ambición del dinero.

Su objetivo era matar al visitante que le había ofrecido su ayuda si elegía el camino del deber.

Cuando el dedo de Selwick rozó el gatillo del revólver, el cuerpo de La Sombra llegaba lanzado a través de la mesa de escritorio.

La caída precedió al disparo. Cuando Selwick hizo fuego, el brazo derecho de La Sombra llegó y una mano enguantada asió en una presa férrea la muñeca del jefe de policía.

Fue una acción rápida y extraña que salió bien. Lanzándose con tanta presteza, La Sombra desvió el tiro. La bala perforó el ala del sombrero negro y luego se aplastó en la pared, cerca del techo.

Selwick disparó de nuevo. El tiro erró también. La Sombra retorcía la muñeca del jefe de policía. Selwick, con el rostro congestionado, forcejeó.

La figura negra se echó de pronto sobre él. El hombretón cayó al suelo, junto al sillón, rodando con estrépito su pistola. La capa negra hizo un ruido de frufrú y sus pliegues mostraron un forro carmesí cuando La Sombra, poniéndose en pie, cruzó a grandes zancadas la habitación. Llegó a la puerta y su pistola automática encañonaba a Selwick.

A pesar de que el jefe de policía había atentado contra su vida, La Sombra no guardaba odio al hombre a quien había vencido. El hombre de misterio entró allí para ofrecerle la vida, no para matarle.

Se oyeron gritos procedentes del exterior de la casca. Los disparos fueron oídos en los jardines donde el inspector Grady hablaba con los agentes.

La Sombra había ido allí con el objeto de tratar con Julio Selwick solo.

Ahora no tenía más recurso que marcharse.

Para llegar a la puerta trasera de la habitación, La Sombra tendría que pasar por donde Selwick yacía tendido. La Sombra eligió el camino que conducía al pasillo. Su figura desapareció de repente de la vista del jefe de policía.

Poseído de furia, Selwick se puso en pie y recogiendo su revólver, emprendió la persecución del fantástico personaje. AL aproximarse a la puerta, divisó la figura fantasmal en lo alto de la escalera.

El paso de La Sombra estaba interceptado. Los detectives se encontraban más cerca de lo que los gritos indicaran.

Girando sobre sus talones, la figura espectral, apuntando su pistola automática, disparó en dirección de Selwick. EL disparo fue un aviso. Pasó silbando junto al mentón del jefe de policía.

Asustado, Selwick se metió en la habitación, disparando desde un ángulo de la puerta varios tiros fútiles sobre el lugar donde La Sombra había estado.

Pues, ahora, La Sombra se encontraba en la escalera, frente a cinco hombres que subían corriendo pistola en mano.

Apareció tan rápidamente que ninguno de los cinco detectives se dio cuenta de su llegada hasta que, como un alud, descendió por la escalera en un salto formidable.

Su asombrosa rapidez y empuje derribó a Grady, el jefe de los refuerzos. El detective se agarró a la barandilla mientras La Sombra pasaba como una bala.

Los otros agentes no tuvieron tamaña suerte. La Sombra, con los brazos abiertos, los derribó cual si fuesen bolos de madera.

Sonaron gritos cuando los agentes sobresaltados rodaron por la escalera. Sus revólveres cayeron con estrépito también.

Un agente, el último de los que subían la escalera, agarró a la figura vestida de negro que descendió como un rayo del piso superior. El individuo fue arrastrado por el ímpetu del descenso de La Sombra.

El solitario detective quedó debajo de la figura de negro cuando los dos cuerpos pararon al pie de la escalera.

La figura de La Sombra se movió. Incorporándose, permaneció de pie, ileso, mirando al desvanecido detective.

Como un nadador que se lanzara desde una altura, La Sombra se tiró escaleras abajo, sin sufrir el menor contratiempo.

Con una risa que se desvaneció al instante, La Sombra miró hacia la escalera. Vió a varios hombres, desde Grady, cerca de lo alto, hasta el último de los cinco.

Solamente uno podía actuar con rapidez: ese era Grady, que empuñaba su revólver mientras recobraba el equilibrio junto a la barandilla.

El inspector levantó su arma, creyendo que la figura fantasmal presentaría un blanco al dirigirse a la puerta principal. La Sombra no tomó ese camino.

Volviéndose con presteza, penetró en una habitación de la planta baja.

Grady disparó tres tiros hacia la figura fugitiva.

Los otros detectives se incorporaban. Magullados, pero capaces de actuar, descendieron corriendo los escalones, recuperando sus armas.

El único que no se unió a esta persecución fue el agente que yacía al pie de la escalera. Estaba aún aturdido.

La Sombra había ganado un tiempo precioso. Con el único propósito de conservar el misterio de su identidad, se habían hundido en la oscuridad.

Cuando los detectives que le seguían salieron al pórtico de la casa de Julio Selwick, no vieron ninguna señal del asaltante vestido de negro.

Pero a sus oídos llegó el sonido de una risa burlona y estridente.

Los detectives se dirigieron hacia el lugar de donde creyeron venía la risa.

No encontraron a nadie.

¡Buscaban a La Sombra, al hombre que se fundía con la noche!

CAPÍTULO XV
DEDOS AUDACES

Después de disparar fútilmente sobre la figura fugaz de La Sombra, el inspector Grady se detuvo en lo alto de la escalera.

Sus hombres habían emprendido la persecución. Habiéndose quedado rezagado, vaciló momentáneamente. Oyó una voz que hablaba arriba.

Volviéndose, se encontró con Julio Selwick.

-No hemos podido capturarlo-informó-. Tres de los muchachos le dan caza. Tal vez lo atrapen. ¿Quién será?

-Lo ignoro-confesó Selwick-. Algún loco. Me amenazó con una pistola. Saqué mi revólver y le disparé un tiro. Luego huyó.

El inspector movió la cabeza con expresión de asentimiento y se dispuso a bajar.

Selwick le detuvo, diciendo:

-Será mejor que permanezca aquí, Grady. Vuelvo a mi cuarto. Suba; le hablaré.

Grady movió la cabeza en señal de asentimiento. Comprendió que su jefe habría pasado un mal rato y sería mejor hacerle compañía.

De todos modos, ya era tarde para ayudar en la persecución. Señaló hacia el agente que yacía en el suelo al pie de la escalera. Explicó:

-Parece que Maddox está aún aturdido. Bajaré a verle y después subiré a su cuarto.

Mientras Grady descendía a auxiliar al agente, Julio Selwick regresó a su pequeño despacho. Se detuvo junto a la mesa y se mordió los labios al recordar el extraño encuentro que había tenido con La Sombra.

¿Quién era aquel acusador, vestido de negro? ¿Por qué se había presentado allí cual un espectro del pasado? ¿Acaso sus palabras contenían un significado importante?

¿Existía un verdadero peligro, un asesino cuya astucia sobrepasaba a toda creencia?

Selwick lo dudaba. Pensó en Hurley Adams. ¿Estaría rondando por la calle el viejo abogado? En opinión de Selwick, Adams era el asesino.

Esto no le preocupaba. Creía que Adams había matado a los otros miembros del grupo, uno tras otro, dejándole a él para lo último. Selwick creía que era invulnerable y que el abogado no lograría sorprenderle y asesinarle.

Hasta que La Sombra apareciera, Selwick se había creído inmune a todo ataque. Ahora estaba decidido a no correr más riesgos.

Pondría un agente para que vigilase a Adams, pues era posible que el viejo abogado tuviese un cómplice.

La visita de La Sombra bastaría como pretexto para distraer al inspector Grady. La vida de Selwick había sido amenazada por un demente. Selwick necesitaría una guardia personal.

También podría insinuar que abrigaba cierto temor por la seguridad de otras personas de la ciudad, haciendo que vigilaran a Adams y a otros. De este modo Grady no sospecharía nada.

Además, podía obligarle a que se dedicase a aclarar lo ocurrido esa noche, despistándole y apartándole de la investigación de las muertes que él opinaba eran asesinatos.

Mirando en dirección de la mesa de escritorio, vió un periódico y recordó una noticia que leyera ese día. La demolición del antiguo edificio del Banco había mencionado.

El presidente del Banco había mencionado la cuestión de la piedra angular.

Había manifestado que su contenido sería exhibido como materia de interés para el público.

¡La crónica histórica! ¡Sería propiedad común entonces! Estaba convencido de que el secreto del cuarto párrafo no lo podía averiguar más que él y otro ser viviente: ¡Hurley Adams!

El jefe de policía sonrió. Como sucediera antes esa misma noche, algo le indujo a levantar la vista. Esta vez miró en dirección de la puerta lateral.

Allí observó tina visión que le heló la sangre, como sucediera cuando la llegada de La Sombra.

Rozando el radio de luz había una mano. Empuñaba un revólver y los de los dedos de aquella mano aterraron a Julio Selwick ¡Eran Dedos de muerte!

El índice descansaba sobre el gatillo del revólver. El cañón del arma aparecía del tamaño de la boca de un túnel a los ojos del jefe de policía.

Aquel revólver le tenía encañonado. No tenia salvación. Exhalando un gemido, miró por encima del arma y distinguió una faz borrosa en cl pasillo.

La mano avanzó al mismo tiempo que un hombre entraba en la luz. Una exclamación de horror brotó de los labios de Selwick.

Al instante reconoció al asesino. Y, entonces, al mismo tiempo, se percató de la sabiduría de las palabras de La Sombra.

¡El visitante vestido de negro le dio un aviso real, una ocasión para desenmascarar a un asesino tan astuto que tan sólo un verdadero genio podría haber adivinado la sagacidad del diabólico criminal!

Las palabras de Hurley Adams cruzaron por su mente. EL viejo abogado, conociendo perfectamente que todos los complicados habían guardado el secreto, convocó aquella reunión.

Risbey había muerto. Ahora él se encontraba de cara a la muerte.

¡No quedaría más que Adams!

El arrepentimiento fue tardío. En el mismo momento en que saltaba hacia delante, gritando el nombre del asesino que tenía delante, el revólver habló con voz de trueno.

El jefe de policía cayó de bruces, a los pies del hombre que le había asesinado.

El criminal soltó una risita siniestra al regresar a la oscuridad. Dedos de muerte habían realizado su labor otra vez.

Si Selwick hubiese escuchado a La Sombra, su vida no habría corrido peligro. Pero su acción precipitada, su intento de asesinato de La Sombra, obligó al hombre de la noche a marcharse rápidamente.

Los detectives que llamara para servirle de guardia personal se marcharon en persecución de un hombre a quien jamás capturarían.

La partida de los detectives sirvió de ocasión al asesino. Julio Selwick yacía en el suelo, muerto, asesinado. Su nombre se añadiría a la lista de los que habían muerto en Holmsford. Josías Bartram, Mauricio Pettigrew, Arturo Preston, Ernesto Risbey y, ahora, Julio Selwick.

Tan sólo un hombre estaba convencido de que un solo asesino era el autor de aquellas muertes. Ese hombre era el inspector Howard Grady.

Ya corría hacia el lugar donde se había perpetrado el último crimen.

Mientras auxiliaba a Maddox, oyó el disparo y subió corriendo, dejando a su subordinado en una silla.

EL asesino se hallaba aún en la oscuridad del otro lado de la puerta de escape del despacho. Contemplaba los estertores de su agonía de su víctima.

Creía que todos los otros habían salido en persecución. No se percató de su error hasta que Howard Grady entró corriendo en el despacho.

El inspector empuñaba su revólver. Vió el cadáver de su jefe.

Instintivamente miró hacia el otro lado. Distinguió una faz borrosa en la oscuridad. Reconoció al asesino cuando disparó sobre él.

No había contado con los Dedos de muerte. Entró precipitada e imprudentemente en el despacho. La mano del otro lado de la puerta estaba levantada. Su revólver relució a la luz.

Howard Grady tenía demasiadas sospechas. Ahora conocía al asesino. La seguridad del criminal dependía de la rápida eliminación del inspector-Grady.

¡Dedos de muerte! Uno de ellos apretó el gatillo antes de que Howard Grady pudiese disparar. Resonó el estruendo de otro disparo.

Una bala atravesó el corazón del detective, que se desplomó. La mancha de sangre apareció en la pechera de su camisa.

!Dedos de muerte había arrebatado otra vida!

Maddox, el detective que se encontraba abajo, oyó la segunda detonación.

El deber le despertó de su letargo. Ascendió poco a poco la escalera y penetró, tambaleándose, en el despacho iluminado. Recobró los sentidos rápidamente al reconocer los cadáveres que yacían en el suelo.

¡Julio Selwick y Howard Grady, arribos muertos! El detective se quedó estupefacto contemplando los cadáveres, olvidando que él mismo ofrecía un blanco fácil para cualquiera que acechase allí.

Pero el peligro se había alejado. El asesino se había marchado por la escalera que conducía a la puerta excusada de la casa. No quedó más que un hombre aturdido e imposibilitado para emprender una persecución inmediata.

Dedos de muerte había perpetrado otro crimen. Su labor siniestra ¿había llegado a su culminación?

Únicamente La Sombra lo sabía.

CAPÍTULO XVI
EL CUARTO VACIO

Willard Saybrook estaba inquieto. Hallábase sentado en el salón familiar de la casa de Bartram, tratando de leer: pero su espíritu estaba embargado por otras cuestiones.

El doctor Felton Shores estuvo allí de visita la noche anterior. El médico se había paseado por la casa como si fuese el dueño.

Saybrook no había prestado mucha atención a este hecho. Pero por la mañana quedó sumido en profunda reflexión al leer la noticia de otra muerte en Holmsford.

Visitó inmediatamente la oficina de Hurley Adams. El viejo abogado confesó con tristeza que Ernesto Risbey era otro de los complicados en el robo.

Mas aseguró al joven que no ocurriría ningún otro crimen. En realidad, manifestó que pronto estaría en situación de revelar el nombre del asesino.

Hurley Adams parecía estar más sosegado y su tranquilidad inspiró confianza al joven. Sin embargo, éste, al regresar a la casa de Bartram, decidió que no se perdería nada si actuase por su parte.

Estaba familiarizado con la casa, pero ciertas partes de ella le tenían perplejo.

Había varias habitaciones en el piso superior que no habían sido tocadas desde la muerte de Josías Bartram. Ello obedecía a que en el testamento aparecía una cláusula diciendo que no debía tocarse nada de la casa hasta que se hubiesen liquidado por completo los bienes.

Había, también, algunas habitaciones en la planta baja que no se hacían servir. Una de ellas era una salita: la otra un pequeño taller donde Josías Bartram solía guardar los planos y detalles de las construcciones.

Ambas habitaciones, llenas de muebles que no se usaban, estaban cerradas con llave.

Mahinda guardaba las llaves y, por lo que Saybrook tenía entendido, el hindú no abría nunca los aposentos.

Saybrook conocía las habitaciones, pues habían estado en ocasiones abiertas durante los últimos meses de la enfermedad de Josías Bartram. Sin embargo, el joven no había pensado en ellas hasta esa noche.

La sospecha que abrigaba sobre la causa de la muerte de Josías Bartram le hacía pensar en lo que podría haber tras aquellas puertas cerradas con llave.

Aunque el hindú nunca le fue simpático, el joven había estado observando más al doctor Felton Shores.

Por consiguiente, esa noche, mientras vigilaba al doctor, no se percató de que Mahinda le vigilaba a él.

Esa noche, después de haberse recogido Gracia Bartram, intentaba leer; y no percibió que el criado, desde el pasillo, observaba atentamente los cambios de emoción que se manifestaban en su rostro.

Cuando sonó el timbre de la puerta, se dio cuenta de que el hindú rondaba cerca. Al levantar la vista, observó que se dirigía a responder a la llamada.

El doctor Felton Shores era el visitante de medianoche. El médico sonrió al ver a Saybrook. Estrechó la mano del joven y se acomodó en una butaca.

-¡Estoy muy atareado-manifestó-. Me encuentro agotado. Necesito un descanso. Está usted siempre en pie, Saybrook. Parece un búho. Cada vez que paso delante de la casa, veo una luz en el salón y siempre se me ocurre entrar a saludarle. Siento un alivio cuando charlo un rato después de un día de trabajo pesado. En casa están todos dormidos cuando yo llego.

Saybrook asintió con la cabeza.

¿Lee?-preguntó el médico, en tono afable-. Siga, siga, no quiero interrumpirle. Me sentaré un rato para descansar. Se esta más cómodo aquí que en mi casa. Me reanima y pone de buen humor.

EL joven volvió a la lectura de su libro. Evidentemente, la sugerencia del médico tenía un fin. Saybrook decidió vigilar mientras leía. Observó que Mahinda no andaba por allí cerca. El joven esperaba una oportunidad que se presentó a poco.

Cuando Saybrook aparecía ensimismado en la lectura, el doctor se incorporó y paseó por el aposento. Finalmente salió al pasillo y desapareció.

Saybrook dejó el libro a su lado y se dirigió con sigilo hacia la puerta del salón. Ni Mahinda ni el doctor Shores aparecían a la vista.

Rápidamente cruzó el pasillo y entró en el comedor que estaba a oscuras.

Pasó a la despensa y abrió una puerta que daba al pasillo. Desde aquel lugar atisbó el estrecho corredor que conducía a la salita en desuso. El corredor pasaba por la puerta del viejo taller, para entrar al cual había que bajar dos escalones.

Vió abrirse la puerta del taller. Salió Mahinda, vestido de blanco. El criado atravesó el recibidor y el joven observó que era demasiado tarde para regresar al salón familiar y continuar leyendo.

En consecuencia, decidió esperar en la despensa. La puerta del taller se abrió un momento después. Esta vez salió Felton Shores.

Rápidamente el joven cerró la puerta de la despensa. Cruzó con rapidez el cuarto y abrió la ventana. Saltó al jardín, dio la vuelta a la casa y llamó por la puerta principal. Mahinda abrió. El joven vió a Shores de pie en el salón.

No se dignó dar una explicación al hindú. Habló en tono indiferente al doctor. -Salí a respirar un poco de aire fresco-dijo-. Cuando leo demasiado, se me carga la cabeza.

-La lectura a altas horas de la noche cansa-observó el médico, en tono profesional.

Saybrook cogió el libro, lo cerró y puso a un lado. Quitándose la americana, se acomodó en una butaca para charlar con el médico.

Hablaron de cosas sin importancia, mas durante la conversación, observó que Shores estaba nervioso.

Mahinda salía y entraba, como de costumbre. Al fin, el doctor se dispuso a marcharse. El joven acababa de encender un pitillo. Acompañó hasta la puerta a su visitante y le dio las buenas noches.

De pie en el iluminado umbral, el joven miró en la noche y clavó la vista sobre el médico que se marchaba. Detrás, también enmarcado en la luz, Mahinda, con una expresión maligna en su rostro moreno, observaba al joven.

Era una situación extraña. El doctor Shores se marchaba sin percatarse de que Saybrook le observaba, y éste a su vez ignoraba que Mahinda le vigilaba.

El joven terminó su cigarrillo y lo tiró al jardín. Entró en la casa. Mahinda había desaparecido ya.

Saybrook volvió a su lectura. Vió al hindú que aparecía y cerraba con el cerrojo la puerta principal. El trabajo del criado había terminado esa noche.

Un pensamiento embargaba al joven. Esa noche, como sospechara, el doctor Shores fue allí con un pretexto. En apariencia había sido una visita amistosa; mas, en realidad, había ido a conferenciar con Mahinda.

Saybrook poseía pruebas de que los hombres habían hablado. Conocía el lugar donde siempre se reunían; el viejo y abandonado taller que siempre estaba cerrado con llave. Un lugar ideal para celebrar una conferencia secreta.

Esto respondía a una pregunta que le había tenido perplejo desde la muerte de Arturo Preston, la noche en que el doctor Shores mandó a Mahinda a buscar un vaso de agua y luego desapareció con el pretexto de averiguar qué se había hecho del criado.

Varias conjeturas fantásticas cruzaron la mente de Saybrook.

El doctor Shores y Mahinda estaban confabulados.

¿Qué lazo les unía? ¿La muerte de Josías Bartram? De ser, así, era lógico suponer que habían provocado esa muerte?

Otras muertes habían ocurrido ya en Holmsford.

¡El joven sospechaba que el médico era el asesino y Mahinda su cómplice!

Comprendió que su presencia en la casa era algo que el doctor no pudo haber previsto lógicamente. Si el médico era un criminal, Mahinda lo sabía, era probable que eligiese esta casa como base de operaciones, calculando que Gracia Bartram no sospecharía nada.

Shores había visitado la casa cada noche que había ocurrido un crimen, siempre después del asesinato. A veces había ido más temprano.

¿Se había perpetrado otro crimen esa noche? Ya se vería por la mañana. En caso afirmativo, celebraría una conferencia con... Hurley Adams.

Entretanto, sería conveniente practicar alguna investigación. Quizá se encontraría alguna prueba en la habitación donde Shores y Mahinda se reunieron.

La puerta estaba probablemente cerrada con la llave; y la entrada sería difícil. No obstante, valía la pena probarlo.

Con mucho sigilo abandonó el aposento y avanzó hacia la parte trasera del recibidor que estaba alumbrado tenuemente. Llegó a un pasillo oscuro y se detuvo delante de la puerta del taller.

Un poco más allá veíase una puerta que daba al exterior de la casa, por un estrecho vestíbulo situado entre el taller y la salita. No llegó hasta allí. Quería penetrar en el taller y al girar el pomo le sorprendió encontrar que la puerta cedía a su presión.

Un instante después se hallaba dentro de una habitación estrecha y baja de techo. Una cerilla titiló en sus manos. Vió una lámpara y la encendió.

Observó que la pieza era pequeña y no tenía ventanas. Una mesa aparecía en el centro, sobre una alfombra vieja y oscura.

Tiró la cerilla en los escalones. Confiado en que el resplandor de la lámpara no era visible más allá de los límites del pasillo, fue a la mesa del taller y practicó un examen minucioso del lugar.

Tenía los oídos finísimos, mas no percibió la llegada sigilosa de un hombre que entró detrás de él. Se percató de que, no se hallaba solo cuando un cuerpo se le echó encima, por detrás.

Cuando un brazo le rodeó el cuello, empezaba a faltarle el aliento al tratar de desasirse, vió la morena faz de Mahinda.

Los ojos del hindú llameaban de furia. Llevaba ventaja en el encuentro y tenía el propósito de conservarla. Saybrook era fuerte, pero encontró que no era adversario para el criado.

Forcejeando, topó con la mesa. Unas manos negras hicieron presa en su garganta. Su cabeza fue golpeada contra la mesa; luego, al caer, recibió un golpe cuando su cabeza chocó contra el suelo.

Después, quedó envuelto en una negrura. Privado de conocimiento, quedó indefenso en las garras del hindú.

El criado se levantó y apagó la luz. Transcurrieron unos minutos interminables, mientras se oían unos ruidos vagos y misteriosos. La puerta se cerró al alejarse Mahinda.

¡Una vez más la habitación estaba vacía y cerrada con llave!

Nadie fue testigo del extraño e inesperado ataque. Mahinda había atraído a Willard Saybrook. No podía haber escogido un lugar mejor para sorprender a un enemigo.

El criado subió sigilosamente la escalera, después de apagar las luces de la planta baja. La casa estaba sumida en la mas completa oscuridad.

Un silencio sepulcral extendíase hasta cl taller desierto, donde Willard Saybrook había sido dominado ¡y donde ya no se encontraba!

CAPÍTULO XVII
LLEGA LA SOMBRA

Durante este tiempo, Harry Vincent, sentado delante del volante de su coche, vigilaba la residencia de Bartram. Había recibido órdenes de verificar la identidad de los visitantes a la casa esta noche.

Y desde un lugar estratégico había estado observando cuidadosamente hasta que la luz del salón fue apagada y la casa entera quedó sepultada en la oscuridad.

El joven ayudante tenía instrucciones de esperar allí nuevas órdenes de su jefe. Ignoraba cómo las recibiría.

Estaba impaciente por ponerse en contacto con su jefe, pues sus observaciones habían sido inauditas Estando la casa a oscuras, escudriñó en vano todos los rincones del jardín y del prado, hasta el pequeño montículo donde el mausoleo de Josías Bartram formaba un cubo blanco y borroso.

Imaginóse, un instante, haber visto una masa fugaz de negro cruzar cerca de aquella superficie blanca y distante. Siguió vigilando ojo avizor, mas no volvió a divisar la sombra. Se acomodó en el asiento, quedando envuelto en una oscuridad total.

A pesar de que la puerta de la derecha del cupé estaba a corta distancia suya, no la oyó abrirse ni cerrarse unos instantes después.

Ignoraba por completo que alguien había subido al coche, hasta que una voz baja y silbante habló desde la oscuridad a su lado.

-Informe-dijo la voz.

¡La Sombra!

Harry Vincent quedó asombrado. Con sobrenatural sigilo, el rey de la noche se había reunido con su agente en su coche. Asaltó a Harry el recuerdo de la distante mancha negra que se destacara sobre el blanco del mausoleo.

El extraño fantasma de la noche debió venir de aquella dirección.

¡Instrucciones de La Sombra! ¡El hombre de misterio estaba allí, en persona, esperando oír lo que su ayudante había observado durante la larga vigilia comenzada a primeras horas de la noche!

En tono bajo y cauteloso, el joven habló al invisible personaje que tenía al lado. No podía ver a La Sombra. Según todas las apariencias el coche estaba vacío, a excepción de Harry. El interior a oscuras hacía invisible la presencia del hombre vestido de negro.

Vincent mencionó la hora en que el doctor Shores había llegado a la casa.

Añadió que Willard Saybrook apareció en la puerta para observar la partida del doctor. También comunicó haber visto a Mahinda vigilar a Saybrook desde el recibidor. Saybrook iba en mangas de camisa.

La voz del joven ayudante denotaba cierta aprensión. Había visto extinguirse las luces pocos minutos después. Recordó haber observado a Saybrook pasar delante de la ventana del salón familiar; poco después divisó un instante a Mahinda.

-Esté preparado-cuchicheó La Sombra-. Vigile la misma ventana. Siga la luz roja. Márchese si aparece una luz verde.

Harry movió la cabeza con expresión de asentimiento. Comenzó a hablar de nuevo; luego se percató de que las palabras de su jefe eran finales.

Esperó que La Sombra actuase. No observó ningún movimiento en la oscuridad.

¡Pasmado de asombro, se dio cuenta de que su misterioso visitante se había marchado tan silenciosamente como apareciera!

En aquel momento, el misterioso personaje cruzaba los jardines en dirección de la casa da Bartram. Llegó a la ventana del salón familiar.

Unas manos invisibles se alzaron. La ventana se levantó una figura silenciosa se deslizó hacia el interior de la casa.

Una lucecita arrojó sus rayos por el suelo. La iluminación no aprovechaba reflejo visible fuera o dentro de la casa. La luz reveló la chaqueta y el chaleco de Willard Saybrook.

El joven los había dejado en una silla. Mahinda no debió ver dichas prendas.

Para La Sombra constituían una pista. Era probable que Saybrook se las hubiese llevado a su habitación, de haberse retirado a descansar.

La lucecita marcó un sendero por el pasillo. Entró en el comedor. Volvió y se dirigió hacia el pasillo de la parte posterior del recibidor. Allí, en los escalones estaba la cerilla que Saybrook tirara.

¡Otra pista!

Una risa suave, apenas perceptible, brotó de unos labios invisibles, por encima de la lucecita. El resplandor se enfocaba sobre el pomo de la puerta.

Una mano enguantada de negro apareció dentro de la luz. El pomo giró, pero la puerta no respondió a la presión.

La mano sacó una hoja delgada y negra, de acero. Con esta diminuta herramienta. La Sombra sondeó la formidable cerradura que tenia cerrada la puerta. Se oyeron unos ligeros chasquidos, luego la cerradura emitió un ruido más fuerte. La puerta se abrió y La Sombra penetró en el taller.

Culebreando la luz por el suelo. La Sombra observó la posición de la mesa y la alfombra. La luz se aproximó al suelo. La mano negra, surgiendo de la oscuridad, tocó la superficie de la mesa.

La Sombra rió de nuevo. Sus dedos sensitivos habían encontrado un hueco invisible. Señalaba una abertura oculta junto a la mesa de base pesada.

La luz se extinguió. La Sombra, avanzando a través de la oscuridad, regresaba por el mismo camino por donde había llegado. El leve frufrú de su capa negra sonaba junto a la ventana del salón familiar.

Su mano izquierda sostenía un objeto sobre la superficie de la diminuta lámpara de bolsillo. La mano derecha oprimió el interruptor.

La diminuta antorcha eléctrica hendió las tinieblas de la noche. Ya sus rayos no se enfocaban sobre una superficie limitaba. Proyectaron un resplandor visible desde la calle.

El color de la luz era rojo, debido al disco delgado y carmesí, aplicado a la lenta de la linterna eléctrica.

La luz se apagó. El hombre de misterio se retiró. Unos segundos más tarde, sonó un leve ruido en la ventana. Harry Vincent entraba sigilosamente en el salón familiar de la casa de Bartram.

El joven giró la vista a su alrededor. Al otro lado del recibidor, distinguió de nuevo la señal roja.

Como el resplandor de una luciérnaga carmesí la luz moviente titiló a lo largo del pasillo por donde Harry debía pasar.

Detúvose, al fin, en un pequeño pasillo. Movióse hacia abajo. Avanzó cautelosamente hacia el lugar. Encontró una puerta cerrándole el paso.

Este debía ser, por el momento, el destino marcado por su jefe. Conocía de sobras por qué había sido llevado allí. La Sombra tenía trabajo al otro lado de la barrera. No quería que le interrumpieran; Harry tenía la misión de permanecer de guardia.

Sentado en los escalones, sacó su pistola automática. Miró atrás, hacia el lóbrego pasillo.

Si surgía algún peligro por aquella parte, le haría frente. Sabía que cuando llegase el momento, la puerta se abriría y la luz roja o la voz de su jefe le indicaría que avanzase.

Entretanto esperaba. El misterioso personaje había descubierto algo anormal, o alguna pista importante.

¿Amenazaba algún peligro a Willard Saybrook? La suposición parecía lógica.

CAPÍTULO XVIII
LA CÁMARA DE LA MUERTE

Willard Saybrook recobró el conocimiento. El joven contuvo el aliento al encontrarse envuelto en una oscuridad total.

Tuvo la sensación de que se había vuelto ciego. Durante un momento, un temor terrible se apoderó de su corazón.

Recobrándose de su momentáneo espanto, se introdujo una mano en el bolsillo, sacó una caja de cerillas, rascó una y dejó que la llama titilase en su mano. Un profundo asombro se apoderó de él.

Hallábase en una cámara, de paredes pétreas. Acurrucado en un rincón, apenas tenía espacio para moverse. Era imposible permanecer de pie o echarse al suelo. Al tirar la cerilla, se percató de su desesperada situación.

¡Había sido sepultado vivo en aquella diminuta pieza!

Empezó a respirar entrecortadamente. Encendió otra cerilla que sostuvo por encima de la cabeza. Distinguió una grieta en lo alto de la habitación. Tirando la cerilla a un lado, enderezó el cuerpo y empujó hacia arriba.

El techo se negó a moverse. El joven comprendió que se hallaba sepultado bajo una losa invisible.

Recordó que se hallaba en el taller cuando fue atacado.

¡Mahinda!

El criado hindú fue, quien le atacó. Era el precio que pagara por su deseo de investigar. Se tocó la garganta donde Mahinda hiciera presa.

¿Eran acaso Dedos de muerte? ¿Era posible que hubiera descubierto la verdad?

No, esa noche no llegaron a matar. ¿Sin embargo, qué esperanza tenía de salir de allí? Enterrado debajo de la mansión de Bartram, en un lugar oculto, que nadie más que Mahinda podía conocer, no podía esperar salvación,

La respiración se tornaba difícil. Encendió otra cerilla. Observó que la llama empezaba a morir muy pronto. Repitió el experimento, con el mismo resultado.

Dedujo pronto lo que ocurriría. El aire de aquel espacio limitado iba enrareciéndose. Pronto se terminaría el oxígeno.

¡Eso significaba una muerte por asfixia!

Poseído de furia, se enderezó y golpeó frenéticamente la baldosa del techo.

No consiguió moverla; estaba demasiado firme.

De sobras sabía que el hindú lo llevó allí, para que muriese. Era una manera sencilla de hacer desaparecer el cuerpo de una víctima sin derramar sangre ni dejar rastro del crimen. De este lugar olvidado, era imposible escapar.

El fin estaba cercano. Jadeando, comprendió que sus fútiles esfuerzos no servían más que para agotar el oxígeno.

Valerosamente, decidió morir pasivamente. Reclinándose en la pared pétrea, cerró los ojos y no hizo más esfuerzos.

La respiración tornábase más difícil. Llegó a sus oídos un extraño ruido.

El sonido aumentó; después percibió un ruido nuevo e inexplicable. Oyóse arriba algo que arañaba y luego raspaba sordamente.

¿Se trataba de alguien que le rescataba? ¿O era el comienzo de una nueva prueba?

Un punto brillante de luz se proyectó en la habitación. El joven quedó revelado por los destellos de una antorcha eléctrica.

Intentó incorporarse de aquella tumba. Sus dedos arañaron la pared.

A medio subir, resbaló: mas en aquel instante, la luz se apagó y unas manos le asieron por debajo de los brazos. Una presa poderosa le izó, sacándole de la prisión.

Suelta la presa, el joven cayó sobre un suelo de piedra. La luz reapareció proyectándose en la tumba que ahora quedaba vacía. El resplandor recorrió el suelo.

Vió unas manos negras trabajando. Temió un instante que fuese Mahinda, mas luego observó que el color oscuro de aquellas manos debíase a los guantes que llevaban.

Las manos movieron una pesada baldosa. Esta quedó encajada en su sitio formando de nuevo el techo de la espeluznante tumba.

Los dedos ajustaron un barrote. Este objeto de acero explicaba el hecho de que Saybrook no pudiese levantar la barrera.

No obstante, las manos no habían terminado su trabajo. El suelo estaba hecho de pequeños bloques de piedra y una porción de éstos formaban una baldosa superior. Esta había sido extraída y ahora fue colocada en su sitio.

Saybrook observó que la entrada de la cámara de la muerte estaba cubierta de una capa gruesa, de manera tan astuta que era imposible haberla descubierto. ¿Quién era su misterioso salvador?

No pudo ver al hombre que tenía a su lado. Hallábase demasiado débil para incorporarse. Vió la luz trazar un circulo y observó que se encontraba al pie de una serie de escalones que terminaban en una trampa de madera en lo alto.

AL otro lado de los escalones, el pasillo terminaba en una sólida barrera que la luz también descubrió. Saybrook pensó que la pared podría señalar la presencia de otra tumba.

No tuvo tiempo para continuar sus reflexiones. La luz se extinguió y unas manos invisibles le pusieron en pie. Sintió que le ayudaban a subir los escalones. La puerta trampa fue empujada hacia arriba.

¡Las manos le empujaron por la abertura, y el joven salió al suelo del taller donde Mahinda le atacara!

¡Este era el secreto de la habitación cerrada con llave! Comprendió ahora.

Evidentemente Josías Bartram construyó el sótano especial para almacenar objetos de valor. Aquella cámara de la muerte habría sido un lugar ideal para tal fin.

AL joven observó que la trampa se hallaba en el sitio donde la mesa había estado.

La lámpara había sido encendida y el cuarto se hallaba iluminado tenuemente. Así el joven vio y comprendió que Mahinda, en calidad de criado de confianza de Bartram, lógicamente debería haber conocido la existencia de aquella especie de cámara acorazada.

¡En consecuencia, había sido reservada como lugar apropiado para encerrar a un curioso como él!

¿Acaso Mahinda obró por su propia cuenta? ¿Recibió de alguien la orden?

¿Del doctor Shores?

Quizá.

¿Mahinda había enseñado el lugar al doctor?

¿Quién más podría conocer la existencia de aquel lugar?

¿Gracia Bartram?

No, probablemente ella lo habría mencionado.

-¿Quién más?

Le asaltó un pensamiento.

¡Si Josías Bartram hubiese dicho a alguien la existencia de esas habitaciones subterráneas, esa persona habría sido Hurley Adams.

Una nueva resolución nació en su ánimo. Estaba libre. Iría a ver a Adams.

Exigiría una explicación. Divulgaría la verdad...

Las reflexiones terminaron. Comprendió de pronto que no era dueño de obrar libremente. Mirando en dirección de la puerta trampa, la vio cerrada.

Levantando la vista, se encontró mirando en unos ojos de extraños resplandores, insertos en una faz invisible.

Por primera vez vio a su salvador un hombre vestido de negro. Contempló asombrado la capa flotante, con el cuello vuelto hacia arriba, que ocultaba el rostro del misterioso personaje. Tan solamente los ojos eran visibles, y eran unos ojos dominadores, hipnóticos.

Willard Saybrook se encontraba en presencia de La Sombra.

El superhombre que luchaba incesantemente contra las hordas del crimen había descubierto la trampa secreta; había descendido al pasillo pétreo y allí descubrió la baldosa invisible. Llegó a tiempo para salvarle de la muerte.

Sintiéndose seguro, pero aturdido aún, el joven se devanaba los sesos sobre la identidad de su salvador.

Vió la elevada figura del hombre de negro cruzar el suelo. Vió la puerta abrirse. Oyó una voz cuchicheada. Luego, alguien entró.

Un instante después, se quedó estupefacto al observar el rostro de Harry Vincent inclinado sobre él.

Tartamudeó.

-Vincent... Vincent... ¿vino usted a... auxiliarme?

Respondió el joven ayudante, en tono sosegado.

-Me ordenaron venir aquí. Estoy dispuesto a ayudarle, si promete seguir mis instrucciones.

-Prometo-murmuró Saybrook.

-Se supone que usted está muerto-informó Harry.

El joven movió afirmativamente la cabeza. Harry continuó:

-Por lo tanto, es conveniente que sigan creyéndole muerto, por ahora. Nos marcharemos de Holmsford, aunque estaremos cerca, preparados para el momento del castigo.

Saybrook movió la cabeza en señal afirmativa. Comprendió que Harry Vincent cumplía órdenes del hombre vestido de negro. Distinguió la alta figura de La Sombra de pie junto a la puerta cerrada.

Sintió de pronto una profunda tranquilidad. ¡El hombre que le había rescatado de la muerte no dejaría impune, los asesinatos!

Harry Vincent le ayudó a incorporarse. Se aproximaron a la puerta que al abrirse, ocultó la figura de La Sombra. La lámpara se apagó cuando los dos hombres salieron. Saybrook se apoyaba en el joven ayudante y consiguió andar sin gran esfuerzo.

Los destellos de una linterna eléctrica proyectábanse delante, guiándolos hacia la puerta que daba del taller al saloncito cerrado.

Aquella puerta se abrió. Los dos hombres atravesaron el jardín. Cruzaron el prado con rapidez, llegaron al coche de Vincent.

Mientras el vehículo se deslizaba suavemente por la oscuridad, Willard Saybrook dirigió una mirada hacia la mansión de Josías Bartram.

Oyó la voz reposada de Vincent diciéndole que no abrigase ningún temor, que Gracia Bartram estaría segura allí. Comprendió que aquellas palabras expresaban la verdad.

La residencia de Bartram quedó sepultada en las tinieblas después de alejarse el automóvil. Pero en aquella casa permanecía aún un personaje misterioso. La Sombra había vuelto al lugar donde encontrara la baldosa que cubriera a Willard Saybrook.

Su lámpara eléctrica escudriñaba las paredes debajo del taller.

Resonó una risa burlona. La elevada figura subió los escalones.

En la oscuridad del taller, La Sombra volvió a dejar en su sitio todas las cosas, tal como las encontrara. Su herramienta giró la cerradura de la puerta.

Su mano cerró la salida que utilizaran Saybrook y Harry Vincent.

Más tarde, la ventana del salón familiar descendió. Unas manos la cerraron silenciosamente desde el exterior. La Sombra había abandonado la casa, pero ahora la figura espectral cruzaba los jardines.

Subió la cuesta, pasó delante del mausoleo y desapareció en las tinieblas de la noche.

Poco después, alejado de la residencia de Josías Bartram, el hombre misterioso volvió a reír. Esta vez el tono de su risa era más fuerte y su burla escalofriante presagiaba la sentencia de muerte de los criminales.

CAPÍTULO XIX
LOS REMORDIMIENTOS

Habían transcurrido tres noches desde que Willard Saybrook fuera rescatado del cuarto de la muerte.

El doctor Felton Shores pasó por delante de la casa de Bartram, sin detenerse. Visitó la casa la noche siguiente a la desaparición de Saybrook.

Oyó las palabras de ansiedad de Gracia Bartram.

La joven había dicho:

-Willard telefoneó desde la oficina esta mañana. Dijo a Mahinda que habían llamado y que tardaría unos días en volver. No lo entiendo, doctor. Se marchó antes de desayunar y cuando telefoneó, no pidió hablar conmigo... ni siquiera preguntó por mí...

El doctor Shores calmó las preocupaciones de la muchacha. Pero no volvió a la casa de Bartram.

Gracia le telefoneó para decirle que no había tenido noticias de su prometido y que ya no podía resistir más la tristeza de la vieja casa. El doctor le aconsejó que se fuera de viaje unos días.

La muchacha siguió el consejo del médico, pero solamente después, de consultar con Hurley Adams. El anciano abogado estaba perplejo por la súbita partida de Willard Saybrook. Al oír el consejo del doctor, instó a la muchacha a hacer lo que Shores le había recomendado.

Prometió informar a Saybrook respecto de su viaje cuando él regresase, la muchacha, provista de fondos, salió para Nueva York.

Mahinda quedó al cuidado de la casa.

A pesar de que anteriormente visitase la casa con el propósito de conferenciar con Mahinda, el doctor Shores rehuía volver otra vez por allí.

Pasó por delante del lúgubre caserón y dirigió una mirada y aceleró la marcha. Llegó a su residencia y se apeó del coche.

Su rostro aparecía intensamente pálido cuando subía en el ascensor. Sus dedos temblaron al abrir la puerta. Su familia había salido. El médico estaba intranquilo porque se encontraba solo.

Paseó un rato por el salón familiar y finalmente entró en su despacho.

Se sentó delante de una mesa de escritorio y tomó un pliego de papel y una pluma. Se pasó nerviosamente la mano por la barbilla mientras pensaba cómo empezaría a escribir.

No ocurriéndosele ninguna idea, entró en un dormitorio, y precipitadamente preparó una maleta de viaje. Volvió al despacho, llevándose la maleta.

Empezó de nuevo la tarea de escribir. No había más que una luz encendida la de la lámpara de la mesa, que arrojaba un círculo luminoso sobre el pliego de papel que aparecía delante del médico.

En el rostro del doctor apareció una expresión desesperada. Se reclinó en la butaca luego, asaltado, por una súbita inspiración, cogió el teléfono y mareó un número. Preguntó:

-¿Está el señor Adams?

-No está en casa, señor-contestó Unger-. Esperamos que llegue de un momento a otro. ¿Quién llama?

-Dígale que tengo que verle inmediatamente. Soy el doctor Felton Shores.

Colgado el receptor, el médico se puso más nervioso que antes. Cogió un periódico que había encima de La silla. En grandes titulares aparecía la noticia del misterioso asesinato de Julio Selwick y Howard Grady.

Exhalando una exclamación de espanto, tiró el periódico al suelo. Asió el borde de la mesa y jadeó como un animal acorralado.

Volvió a descolgar el receptor y llamó a la casa de Hurley Adams.

Reconoció la voz de Unger y se calmó lo suficiente tara expresar su mensaje.

-Dígale al señor Adams que necesito verle-repitió-. Trate de localizarlo. Telefonee a los lugares donde crea que puede estar. Dígale que venga a mi casa en seguida. Es muy urgente.

Unger tomó el mensaje y Shores se calmó en poco. Fue a la puerta del piso y la abrió. Miró en el pasillo como si esperase ver a Hurley Adams de un momento a otro. Luego, con aire resignado, volvió a la mesa de su despacho.

De una vitrina sacó una jeringuilla un frasco lleno de un líquido. Vertió un poco de la sustancia de la botella en la jeringa. Puso una etiqueta en cada una marcando “A” la jeringa y “B” la botella.

Calmosamente, cogió la pluma y empezó a escribir las líneas siguientes:

“Yo, Felton Shores, por la presente declaro y detallo la parte que he tomado en la serie de muertes ocurridas en Holmsford.

“La jeringuilla marcada “A” es la que he usado para inyectar el preparado contenido en la botella “B” en el brazo de Josías Bartram. El mismo preparado, usado en otra jeringuilla, fue inyectado en el cuello de Ernesto Risbey.

»Este compuesto, preparado según mi fórmula, producirá, al inyectarse en una dosis completa, una muerte instantánea. Este aclarara el misterio relativo a la clase de droga usada para matar a Ernesto Risbey.

»Dado que esta jeringuilla es la que usé para darle la inyección a Josías Bartram, he puesto en ella la misma cantidad que administré a Bartram con el objeto de que se sepa que éste no murió de una muerte natural.

»Yo me cuidé de que el entierro del cuerpo de Bartram se efectuase con toda rapidez, porque un retraso habría provocado ciertas complicaciones. En concepto de médico de cabecera de Josías Bartram, yo comencé la serie de asesinatos accediendo neciamente al plan de...”

El doctor Shores cesó de escribir. Sus ojos estaban clavados sobre la mesa, poco más allá del lugar donde tenía el papel.

Allí, cual una enorme y amarillenta araña, una mano viviente avanzaba extendiendo sus dedos.

¡Dedos de muerte!

Las manos del médico quedaron paralizadas. Permanecieron inmóviles, en el aire, mientras que la garra amenazadora avanzaba hasta que sus dedos asesinos hicieron presa en la mano de Felton Shores.

Una risita escalofriante hizo que el médico levantase la vista y encontrase la mirada de unos ojos feroces.

Felton Shores exhaló un gemido. Estaba en poder de un asesino, en las manos de un hombre cuyos planes siniestros él había apoyado.

No tuvo valor para resistir. Se acurrucó en la butaca y apartó la vista del rostro burlón que tenía delante.

-Esto basta, doctor Shores-manifestó la voz del visitante-. Debería haber esperado mi llegada antes de comenzar su concesión. Mientras no se registren

más que nombres de muertos, no existe peligro. Mas cuando está a punto de nombrar a los vivos...

-Yo me marcho -balbuceó el médico-. No puedo resistir estos horrores. Por eso quería terminar este documento... para dárselo a usted a guardar...

-¿Está seguro de que abrigaba la intención de dármelo?

-¡Sí! ¡Sí!-protestó Shores, con vehemencia-. Quería que usted lo tuviese...

-Usted no me esperaba.

-¡Sí! ¡¡Sí! Estaba seguro de que vendría. Tuve miedo de ir a verle, después de haber comprendido el significado de estos crímenes. La muerte de Risbey me hizo comprender que usted usó el procedimiento que... que era mío... Me percaté entonces de que usted había matado a los otros... que cuando Selwick y Grady fueron asesinados, fue obra suya. No... no sabía si usted vendría o no... Pero si no hubiese venido, yo habría ido a verle. Déjame terminar mi confesión, ahora. Puede usted guardarla después.

La voz lanzó una risita sarcástica. Los Dedos da muerte seguían haciendo presa en la mano de Shores.

-¡Espere!-fue la orden-. Ha escrito usted bastante. EL hecho de que escriba una confesión significa que podría escribir otra. Entré por la puerta que encontré abierta. Le ofrecí a usted una fortuna, sin tener que participar en los crímenes que yo cometiera. No esperaba que usted perdiera la serenidad.

Protestó Shores:

-No comprendí bien su objetivo. Hasta que ocurrió la muerte de Risbey no me percaté de que se trataba de una serie de asesinatos. ¿Qué ha hecho usted de Willard Saybrook? No es posible que tuviera un motivo para asesinarle

-¡Ah! ¿De modo que le preocupa la muerte del chico? Ya, debería habérmelo imaginado. -Tras un breve silencio, la voz siniestra prosiguió-. Bien, doctor Shores, esperaba que usted desfalleciese, mas no tan pronto. Dejé que usted supiese la verdad, con el objeto de probarlo. Las visitas a Mahinda no servían más que para sondearle. Mi criado estaba juramentado para colaborar en todos los crímenes. Sabía que él no desfallecería. Podía confiársele la verdad.

Una intensa palidez cubrió las mejillas del médico. Estaba a punto de sufrir un colapso mental. No podía resistir los métodos imperiosos del hombre que tenía delante.

La voz sarcástica continuó:

-Su confesión, doctor Shores, sería aceptable, si estuviese completa. Evidentemente, tenía usted el plan de entregarla o terminarla cuando viniesen a buscarla. No obstante, está mejor así tal como está escrita. Su terminación debe retrasarse, así como su partida.

La segunda mano avanzó por la mesa. El doctor Shores la contempló aterrado al verla recoger la aguja hipodérmica marcada “A”.

Dedos de muerte acercaron la punta de la jeringuilla a la muñeca del médico, quien, frenéticamente, intentó apartarla.

Dijo la voz escalofriante:

-Esto bastará. La inyección, que administró a Josías Bartram, reservada para usted mismo. Favor con favor se paga. ¿Por qué quiere apartar la muñeca, doctor? ¿Sufrió mucho Josías Bartram cuando murió?

-¡No! ¡No! ¡Eso no!

Shores se incorporaba, dispuesto a ofrecer resistencia, mas su indecisión resultó fatal. Antes de que pudiese desasir su muñeca de los dedos que la atenazaban.

Antes de que pudiese hacer entrar en juego el otro brazo, los dedos que sujetaban la aguja hipodérmica se la hundieron en la muñeca.

Puesto en pie, Shores cruzó, tambaleándose, el despacho. Su visitante le interceptó el paso.

El médico gritó a voz en cuello, pidiendo socorro. Pero la puerta que se cerraba impidió que su voz llegase al exterior. Se tambaleó. Las fuerzas ya le abandonaban. Cayó de rodillas y empezó a agarrarse la garganta.

Loco de desesperación, gritó las únicas palabras que le acudieron a la mente, ¡las palabras que oyera pronunciar a Josías Bartram!

-¡Dedos de muerte! ¡Dedos de muerte!

El grito quedó ahogado. Otras palabras que quiso pronunciar murieron en su garganta. Su cuerpo rodó por el suelo, donde quedó inmóvil.

Dedos de muerte entraron en actividad. Limpiaron cuidadosamente la jeringuilla y la depositaron, con la etiqueta, junto al cuerpo del muerto.

No tocaron la confesión inconclusa. Los dedos abrieron la llave de un mechero y un olor a gas se extendió por el despacho.

Volviendo la espalda al cuerpo exánime de Shores, el asesino abrió la puerta del despacho y salió al pasillo. Cerró la puerta tras sí. Sus pisadas sonaron apagadas ya fuera del piso.

La única lámpara del despacho, que había en la mesa, mostró el cuerpo inerte del doctor Felton Shores. Iluminó la confesión que el muerto escribiera.

El zumbido del mechero de gas continuaba.

Los que entrasen y viesen la horripilante escena, sacarían una conclusión evidente. El doctor Felton Shores, al terminar de escribir la confesión de sus crímenes, se había suicidado.

Abrió la llave del gas; luego, para mayor seguridad, se inyectó en su propio cuerpo la misma solución que administrara a Josías Bartram.

Tal era la escena, prueba evidente del suicidio. El hombre que desfalleciera aterrado por la serie de crímenes estaba silencioso para siempre.

¡Dedos de muerte habían actuado con diabólica astucia!

El doctor Felton Shores había sufrido el castigo del remordimiento.

CAPÍTULO XX
LA SEÑAL DEL CRIMEN

Era cerca de medianoche cuando Hurley Adams subía por la calle en dirección de su casa.

El viejo abogado entró precipitadamente y fue recibido por Unger en la entrada.

Preguntó conteniendo su excitación:

-¿Hay algún recado para mí, Unger?

Respondió el criado:

-Sí señor. Una llamada telefónica urgente. Dos llamadas, de la misma persona. Del doctor Shores.

-¿Felton Shores? ¿Qué quería?

-Quería que fuese usted a verle inmediatamente. No sabía dónde estaba usted y no pude avisarle antes.

-¡Felton Shores! De modo que el doctor Shores me telefoneó, ¿eh? No puedo verle esta noche. No, no puedo ir a su casa.

-Manifestó que era muy urgente.

Hurley Adams recobró la calma. No tenía interés en mostrar su excitación a Unger. Tras una breve reflexión, observó:

-Me había olvidado. El doctor Shores aconsejó a la señorita Bartram que se marchase de viaje, para descansar una temporada, y yo le aconsejé lo mismo. Su prometido, el señor Saybrook, está ausente. Llame al doctor y hablaré.

Unger fue al aparato y marcó un número. Esperó pacientemente unos minutos; luego anunció que no respondían.

Adams expresó cierta indiferencia:

-Probablemente no es nada de importancia.

El abogado y su criado estaban de pie en el vestíbulo. Ambos estaban absortos en su conversación. Por consiguiente, no observaron que otros ojos los vigilaban.

Desde el instante en que Hurley Adams se aproximó a su casa, fue seguido por una persona que se movía con increíble sigilo. La Sombra había estado esperando su llegada.

En ese momento, el hombre vestido de negro atisbaba por detrás de las cortinas de la habitación contigua. El hombre de misterio entró por la ventana, sin ser visto ni oído.

Observó Unger:

-Hay otro mensaje, señor. Del señor Thewkson, del Banco de Holmsford...

-¿Sí?

-Sí, señor. Manifestó que el presidente le había dicho que usted había solicitado una copia de los documentos enterrados en la piedra angular del viejo edificio.

-Así es. Me había olvidado. Se lo pedí con el objeto de comprobar si en esos documentos aparecía alguna cuestión jurídica.

-El señor Thewkson estuvo aquí. Dijo que el presidente estaba ausente, pero que él mismo tiene los documentos en su poder. La piedra angular fue abierta esta tarde. El señor Thewkson dijo que no pueden hacerse públicos hasta que no regrese el presidente; pero le ha mandado estas copias...

Cuando Unger le presentó un sobre, Hurley apenas pudo resistir el deseo de arrebatárselo de las manos. Disimuló su excitación. Con el sobre en la mano, entró en el salón familiar.

-Hace frío, Unger-dijo-. Encienda el fuego de la chimenea.

Mientras el criado obedecía las órdenes, Hurley Adams abría el sobre.

El fuego empezó a chisporrotear cuando un puñado de copias cayeron en las manos del abogado. Examinándolas rápidamente, se detuvo en una que tenía el encabezamiento siguiente:

HECHOS HISTORICOS RELATIVOS A HOLMSFORD

Hurley Adams no esperó más, una vez que Unger hubo salido del aposento.

Se sentó, indiferente a todo, excepto a los papeles que tenía en la mano. No sospechaba que unos ojos le vigilaban desde el vestíbulo. Ignoraba que La Sombra había sido testigo de la entrega del sobre y esperaba ver su reacción.

Había tres párrafos en la primera página. Adams casi rompió la hoja en la prisa de buscar el principio del cuarto párrafo. Crepitando el fuego a su lado, el viejo abogado encontró las palabras que buscaba. Leía.

- “Uno de los mejores monumentos erigidos en el país fue el Monumento de la Guerra, construido en mil novecientos cinco. Está enclavado en la entrada del cementerio, en un lugar aislado, pero su erección es apropiada, pues honra a los soldados que murieron en el servicio de la patria. El monumento es un monolito magnífico. Destaca por su importancia la placa de cobre colocada en su base, pues esta placa ostenta la inscripción de los caídos a cuya memoria se erigió el monumento.”

Las palabras resaltaban cuando Hurley Adams las leía más despacio. Una expresión de triunfo iluminó el rostro del abogado.

Allí, después de más de veinte años, estaba el secreto del escondite donde Malcom Warthrop y Stokes Bartlett ocultaron los millones robados durante el traslado de los fondos del Banco de Holmsford.

¡La base del Monumento de la Guerra! El monumento fue erigido unos años antes del robo de los millones. El lugar era, en verdad, seguro. Con toda probabilidad, la base estaba hueca y Warthrop lo sabía.

¡La placa de la base! ¡Sin duda podía quitarse! Detrás de ella, escondido estaba el botín. ¡Esperando que alguien lo tomara! ¡Esperando a un grupo de complicados en el robo, de los cuales no quedaba más que uno!

Existía un peligro grave: que alguien hubiese descubierto el secreto del documento de la piedra angular. Hurley había previsto esa contingencia.

De ahí que pidiera al presidente del Banco le dejase ver una copia de los documentos por anticipado.

Otros-si había otros-esperarían que se publicase en los periódicos la crónica histórica. ¡Entretanto, Hurley Adams estaba enterado!

El abogado agitó el brazo y las copias del documento cayeron revoloteando en el fuego llameante, donde ardieron rápidamente. Ya no había necesidad de aquellos papeles. El anciano conocía ya lo que le interesaba.

Cuando Unger entró en el aposento, el abogado había recobrado la calma.

Una sombra de tristeza cubría sus facciones. Tenía un aire de encontrarse muy cansado, incapaz de hacer un gran esfuerzo.

Era un hombre que había tomado una singular determinación. La Sombra, atisbando detrás de las cortinas, esperaba su manifestación.

Dijo Adams:

-Unger, voy a salir de viaje. Estaré ausente una temporada. No le necesitaré después de mañana por la tarde. Puede mancharse cuando yo salga a cenar mañana. Le pagaré el tiempo que dure mi ausencia; mejor dicho, le pagaré por adelantado. Puede visitar a su familia durante ese tiempo.

-Muchas gracias, señor-respondió Unger-. A propósito, ¿quiere que vuelva a telefonear al doctor Shores?

Una expresión de inquietud apareció en el rostro del abogado. Meditó un instante, y luego movió la cabeza en señal afirmativa. Dijo:

-Telefonéele.

Unger volvió a marcar el número, sin resultado. Dijo:

-No lo entiendo, señor. El doctor manifestó mucha ansiedad por verle. Aseguró que estaría en su casa.

-No puedo verle esta noche-declaró el abogado-. Voy a acostarme, Unger. Despiérteme a la hora de costumbre.

Con los millones al alcance de su mano, había resuelto esperar. ¿Por qué no?

Ese dinero había estado escondido durante más de veinte años. Podía quedar allí una noche más.

Nadie descubriría aquel lugar durante los pocos días que faltaban, ¡si es que había otras personas conocedoras del secreto mediante el cual podían encontrarse los millones!

La Sombra había adivinado la decisión del abogado.

¡Pero no había visto el papel que leyera!

¡Aquel papel había sido destruido, sin que lo vieran otros ojos que los del abogado! Cuando el anciano hubo subido la escalera, los ojos escudriñadores desaparecieron. La Sombra se había desvanecido.

Ninguna señal visible marcó el paso de La Sombra por las calles de Holmsford. Cuando la figura fantasmal reapareció, fue delante de la puerta de la casa donde residía el doctor Felton Shores.

Hurley Adams juzgó que no era importante ir a verle. La Sombra había ido en su lugar.

La puerta estaba abierta. El hombre de la noche entró y llegó a la puerta del despacho que estaba cerrada. Su mano abrió la puerta.

Salieron unas emanaciones de gas. La Sombra se tapó la cara con los pliegues de la capa. AL entrar, vió el cuerpo del doctor Felton Shores.

La aguja hipodérmica brillaba en el suelo junto al cadáver del médico. La mano de La Sombra asió el papel y se lo llevó. Conteniendo el aliento en la habitación llena de gas, había inspeccionado rápidamente la escena.

La puerta se cerró al marcharse La Sombra. Una vez fuera, leyó la confesión palabra por palabra. La súbita interrupción hizo brotar una risa siniestra en los labios invisibles del misterioso personaje.

Podía parecer evidente que se trataba de un suicidio; mas no engañaba a La Sombra. Había visto la señal del crimen en aquel cuarto, había visto la labor insidiosa de los Dedos de muerte.

Dos formas de suicidio: por medio de una inyección y asfixiado por el gas.

La Sombra volvió a reír. Conocía el motivo de haberse empleado los dos procedimientos. La confesión que tenía en su mano enguantada de negro se interrumpía antes de que el doctor Shores hubiese inscrito un nombre.

Eso era la señal del crimen. ¡Pues podía facilitar el nombre que faltaba allí!

¡El nombre del asesino!

Pronto acudiría gente. Encontrarían el cadáver; pero no la confesión incompleta. No agrandarían la culpabilidad del doctor Felton Shores. Sus manos no eran las de los Dedos de muerte.

El asesino pensaría que algún amigo del médico había impedido que la confesión llegase a manos del público. Aun sin la confesión, el caso sería clasificado como un suicidio.

Pero La Sombra conocía la verdad, dedos de muerte habían arrebatado otra vida. Su víctima final. ¡No habría más víctimas!

CAPÍTULO XXI
EN EL MONUMENTO

Ya tarde, la noche siguiente, una figura solitaria se deslizó por las puertas del cementerio de Holmsford. Este hombre, que andaba con paso sigiloso y furtivo, apenas era visible a la luz tenue de la noche nublada.

Pasó a lo largo del margen del camino que atravesaba las puertas; deslizándose como un espectro por aquel aposento.

Delante, más allá, el Monumento de la Guerra erguía su columna por encima del suelo. Este era el objetivo que el hombre de paso furtivo buscaba.

El desconocido llegó a la base del monolito y permaneció parado, escuchando.

¿Le engañaban los oídos o percibió un ruido cercano? El hombre hizo una pausa, alarmado. No se oyó ningún otro sonido. El desconocido cobró ánimo.

Una linterna sorda brilló en su mano al enfocar los rayos sobre la placa de la base del monumento.

Cuatro tornillos sujetaban en su sitio a la placa. El desconocido estaba preparado para esta contingencia. Cuidadosa y metódicamente sacó los tornillos con un destornillador y los puso, uno tras otro, bajo la luz.

La placa no se desprendió. El desconocido siguió probando arrancarla y su respiración se tornó jadeante. Al final la placa se desprendió, arrastrando un interior de hierro.

Un ladrón no habría tomado más que la placa de cobre; pero aquel hombre tenía otros designios. Continuó trabajando furtivamente con el destornillador hasta que consiguió sacar la cubierta de hierro.

Cayó de sus manos, produciendo un estrépito en la base de piedra del monumento.

El hombre se volvió rápidamente, temiendo que alguien se encontrase cerca de allí y hubiese oído el ruido. Tenía los nervios en tensión. No se atrevía a mirar en el lugar que había abierto, hasta asegurarse de que se hallaba solo.

Un sonido leve llegó a sus oídos. Percatándose de la dirección de donde llegaba el ruido, enfocó la linterna hacia arriba, a un ángulo.

Sus temores se confirmaron cuando los rayos revelaran a dos figuras de pie, cerca de allí. Se oyó un chasquido. Los rayos de una antorcha potente inundaron de luz la escena.

Los hombres descubiertos habían respondido con una potente luz que revelaba al hombre acurrucado en la base del monumento.

Allí, aterrado ante el resplandor, hallábase Hurley Adams. El anciano abogado era el intruso que entrara a examinar la base del monumento. El agujero que él había abierto aparecía negro detrás de él.

Pensaba en los hombres que le habían sorprendido in fraganti, que llegaron allí a observar cómo extraía los millones escondidos.

Mientras un hombre tenía la potente linterna, el otro, dando un grito de rabia, fue a lanzarse contra el abogado; pero el primero le contuvo.

El anciano, gimiendo lastimosamente, distinguió por encima de él el rostro de Willard Saybrook.

Una voz habló desde detrás de la linterna. Harry Vincent contenía a su compañero.

-Calma, Saybrook-fue su advertencia-. Recuerde nuestro convenio. Hemos venido a vigilar al hombre que entró. Háblele, pero evite toda violencia.

EL joven asintió con la cabeza. Se detuvo, mirando con furia al anciano abogado. Mas no pudo evitar pronunciar las palabras que asomaban a sus labios.

-¡Asesino!-acusó-. !De modo que era esto lo que pretendía! ¡Quería apoderarse de los millones! Me dijo algo para que yo guardase silencio. Ordenó a Mahinda que me asesinara. ¡Mató usted al doctor Shores porque se figuró que él sabía demasiado!

-¡No! ¡No! gimió Adams-. Cuando me enteré de que Shores estaba muerto, pensé que se había suicidado. Me figuré que él había perpetrado estos crímenes y que luego desfalleció por temor a ser descubierto. Me imaginé que, por alguna causa, no había querido matarme.

-Miente...

Harry Vincent interrumpió la explosión de Saybrook.

-Escuche lo que diga-recomendó, quedamente-. Recuerde que tengo órdenes de no molestar a quien sea que se acerque aquí.

El joven se calmó. Comprendió su error.

Vincent le había llevado allí esta noche, diciéndole que éste sería el lugar adonde irían los que buscasen el dinero.

¿Cómo lo averiguó? Saybrook lo extrañó. No obstante, sabía que Harry obedecía las órdenes de un jefe misterioso, el hombre a quien le debía la vida.

-Soy inocente-protestó Adams-. Se lo conté a usted todo, Saybrook. Estos crímenes me han enloquecido. Dígame, si conocía este lugar, ¿alguien debe habérselo dicho? ¿Está el dinero aquí?

El abogado se percató de repente que la respuesta se hallaba detrás de él.

Medio se incorporó y miró en la cavidad que había debajo del monumento.

Los rayos de la linterna de Harry iluminaron aquel espacio.

El abogado dio un grito. ¡El escondrijo estaba vacío!

-¡Ha desaparecido!-exclamó, con voz llena de desesperación-. ¡Cuándo había resuelto cumplir con mi deber! ¡Cuándo quería descubrir el dinero robado y hacer público su escondite! ¡Los otros han muerto, y yo no traicionaría a nadie más que a mí mismo!

Willard Saybrook no salía de su asombro.

Por el tono del anciano abogado comprendía que hablaba con sinceridad; y que no se equivocó al depositar su confianza en él.

Hurley Adams, olvidándose de todo, tanteaba el espacio donde esperaba encontrar los millones escondidos.

La abertura era grande, de suficiente tamaño para guardar el contenido de una caja de caudales. Las manos del abogado encontraron un objeto plano.

Lo sacaron. Era un sobre.

Mientras que Harry Vincent y Willard Saybrook le observaban, el abogado sacó lentamente a la luz el sobre. En grandes letras, llevaba el siguiente nombre:

Sr. HURLEY ADAMS

-Esto es para mí-declaró el abogado-. Voy a abrirlo.

Una nota doblada fue el resultado. Hurley Adams desdobló el papel y leyó lo escrito.

En su rostro apareció primero una expresión de asombro, luego de temor y finalmente de súbita dignidad. Irguiéndose, habló en tono firme:

-Me he equivocado, señores-dijo-. Mi deber no ha terminado aún. Han de comprender ustedes mi posición. Por engañado o equivocado que haya sido, acepté un depósito que otros me impusieron. Tengo que cumplir un deber. Debo marcharme.

El agente de La Sombra interrumpió, en tono reposado.

-Un momento. Nosotros también henos de cumplir un deber, señor Adams. Tenemos órdenes de seguirle. Solamente bajo esa condición puede usted marcharse adonde guste.

-¿Me dejara usted cumplir con mi obligación? ¿No importa lo extraño que parezca?

-Sí.

-Confío en usted, Saybrook-dijo Adams, quedamente-. Es usted el único hombre a quien revelé el secreto que he guardado durante muchos años. Confiaré en usted ahora. ¿Puede responder por su compañero?

-Sí-respondió el joven.

-De haber venido yo aquí sin ser visto-anunció Adams-, seguramente seguiría las instrucciones que contiene este sobre. El hombre cuyo escrito acabo de leer sabe que jamás faltaría a mi palabra. Mas dado que ustedes me han descubierto, no me queda más remedio. Vengan conmigo, señores. Solamente les ruego que hagan lo que les pida cuando lleguemos a nuestro destino.

Los tres hombres volvieron a colocar las placas que ocultaban la abertura del monumento. Hurley Adams no despegaba los labios. Acababa de enterarse de un hecho pasmoso. Willard Saybrook estaba perplejo; ya no dudaba del abogado y se devanaba los sesos especulando sobre lo que habría descubierto.

Harry Vincent sabia solamente que La Sombra había encontrado aquel escondrijo. Estaba seguro de que su jefe conocía el contenido de la nota. Pues el hombre de misterio le ordenó que llevase a Willard Saybrook esa noche.

Terminada la labor de tapar la abertura del escondite, los tres hombres salieron del cementerio. Hurley había ido allí a pie. Subió con Vincent y Saybrook en el coche del primero.

El joven ayudante de La Sombra dijo quedamente

-Tengo instrucciones de conducirle adonde usted guste. ¿Adónde quiere ir?

Willard Saybrook quedó pasmado de asombro al oír la respuesta del abogado. Dijo:

-Iremos a la casa de Josías Bartram.

CAPÍTULO XXII
ENEMIGOS DE LA CRIPTA

La mansión de Bartram parecía desierta cuando el coche paró delante de ella. No se veía ninguna luz brillando por la ventana.

Hurley Adams permanecía imperturbable. Abrió la marcha subiendo por la calzada y giró el pomo de la puerta principal.

La puerta se abrió y el anciano entró seguido de Harry Vincent y Willard Saybrook.

Adams, que conocía la casa, no necesitaba luz. Se dirigió hacia el fondo del recibidor, entró en un pasillo y se detuvo en lo alto de los escalones que conducían al abandonado taller.

Sugirió:

-Esperen aquí. Debo entrar solo. Permanezcan en la oscuridad. Dejaré la puerta entornada.

Harry y Saybrook movieron la cabeza con expresión de asentimiento.

Hurley Adams descendió los escalones. Abrió la puerta, que no estaba cerrada con llave.

El abogado, como prometiera la dejó entornada. La habitación estaba iluminada y los que esperaban vieron al abogado cuando se aproximaba a la mesa, que ahora estaba colocada en un lado.

Veíase una caja encima de la mesa. Tenía un botón eléctrico. Hurley Adams le oprimió tres veces. Fue a una silla, tomó asiento y esperó con grave dignidad. Transcurrieron unos minutos. Harry Vincent vigilaba con inquietud.

Willard Saybrook estaba tenso.

AL fin hubo una respuesta a la extraña llamada. La puerta trampa se abrió en el suelo. Un figura encorvada emergió y luego volvióse para cerrar la trampa tras sí. El hombre se irguió y se volvió de cara a Hurley Adams.

Willard Saybrook contuvo un grito de horror y asombro al asir el brazo de Harry Vincent.

¡Allí, en el centro de la habitación, aparecía la figura viviente de un hombre que había sido enterrado como muerto! !Josías Bartram, en carne y hueso!

Con la piel amarillenta, las manos de dedos largos y el rostro apergaminado, el viejo contratista tenía el aspecto de un cuerpo resucitado.

Una expresión de triunfante malignidad alteraba todos los músculos de su rostro al volverse hacia Hurley Adams. No obstante, el abogado conservaba la calma.

El viejo contratista inquirió, en voz cascada:

-¿No le sorprende verme, Hurley?

Respondió el abogado.

-No desde que recibí su mensaje. La situación empezó a aclararse entonces.

Se burló Bartram.

-Debió recibir una sorpresa al leerlo. Al leer que yo le decía que viniese a este cuarto y que me llamase tocando el timbre. AL leer que, muerto o vivo, respondería a su llamada.

-¿Dónde ha estado, Josías?

-¡En mi tumba! Es una tumba agradable. Un mausoleo es un lugar agradable para dormir, Hurley. Especialmente cuando se tiene un criado tan eficiente y fiel como Mahinda, quien en este momento se halla en mi morada. No le esperaba a usted esta noche. No obstante, había preparado su visita.

-Descubrí el escondite antes de hacerse pública la crónica histórica. De todos modos, Josías, no sentí el menor temor de venir aquí. Una vez que yo sabía la verdad, no veía motivo de preocupación por mi parte

-Sin embargo, estaba un poco preocupado, porque yo me había convertido en un asesino. ¿No es verdad? Bien, Hurley, todavía es usted mi abogado. Pueden discutirse unos asesinatos, con unos abogados. Sabía cuál sería su respuesta.

-¿Dónde está el dinero?

-En mi dormitorio. A saber, en el mausoleo. Ah, Hurley, tracé muy bien mis planes. Casi pensé en matarle a usted, pero desistí. ¿Por qué? Porque no temo a un hombre solo, porque sabia como actuaría usted; porque conocía de sobras que usted no aceptaría ninguna participación en los millones; y, fríamente, porque deseaba que una persona quedase viva para conocer y admirar mi astucia y mis planes.

Hurley Adams se acomodó en su silla. Miró asombrado a Josías Bartram cuando el asesino comenzó a referir los detalles de su labor monstruosa.

-Cuatro millones y medio de dólares es el total, Hurley-anunció Bartram-. Es mejor que sean para uno que para seis. Estaba dispuesto para ello cuando anunciaron que iban a demoler el edificio del Banco. Pero yo había pensado en ello antes.

Hubo una breve pausa y continuó:

-¡Sería magnífico, pensé, que uno eliminase a los otros cinco! Esto constituiría un asesinato, pues ninguno de ellos había muerto durante los veinticinco años. Pero vi el peligro. A medida que un hombre tras otro era asesinado, los otros sospecharían. Podrían unirse en común defensa. Cuantos más crímenes ocurriesen, más fácilmente podría localizarse al asesino. ¡Entonces tuve una inspiración¡ ¿Y si uno de los asesinados especialmente el primero, fuese el asesino?

»En consecuencia, seguí este plan. Construí mi mausoleo. Se comunica por una galería subterránea con un sótano secreto que existe debajo de esta habitación. La galería fue hecha en forma de tubería antes que el mausoleo y su existencia quedó olvidada.

»Tenía que encontrar una manera de morir. La encontré por medio del doctor Felton Shores. Le dije que quería simular mi muerte. Shores creyó que yo quería vigilar la administración de mis bienes. Primero preparó un veneno, mas decidió que era muy virulento. Entonces hizo una solución para inyectarla hipodérmicamente. Una dosis demasiada grande produciría la muerte, pero una cantidad adecuada la simularía.

»Convenimos en que yo fingiría la muerte y me enterrarían inmediatamente. Con la colaboración de ustedes dos, de usted y de Shores, usted cumpliendo los términos de mi testamento y Shores encargándose de mi entierro, el plan salió a las mil maravillas.

»Yo me cuidé de matar a los otros. ¡Que ocupación más fácil y agradable! Conocía las costumbres de mis victimas. En determinadas ocasiones salía con sigilo de mi tumba, por esta habitación y por la puerta excusada de la casa. Yo era un muerto entre los vivos, perpetraba un crimen y regresaba a mi tumba.

¡Ja, ja, ja!

Josías Bartram hizo una pausa para emitir su risa demoníaca. Luego, satisfecho, reanudó su relato:

-Pettigrew fue el primero. Usé el veneno que el doctor Shores había descartado. Mauricio Pettigrew –murió-. Arturo Preston vino a continuación. Su pequeño museo era un lugar ideal para cometer un crimen. Tracé el plan de una manera perfecta; le maté con su propia arma. Fue un procedimiento mejor que el que usé para Pettigrew, en cuya casa dejé pruebas de que él tenía ese tóxico.

»Cuando fui a la casa de Ernesto Risbey, le oí decir que iba al hotel Elite. Fui allí y encontré su automóvil. Espere dentro y le di una inyección. Shores me había dado una jeringuilla y la solución que ensayé con unos animales.

»Julio Selwick resultó más difícil. Le maté de un tiro cuando vi la ocasión y me vi obligado a matar al inspector Grady, también. Allí ocurrió el asesinato de esa manera, Hurley. A usted sólo le he perdonado la vida, por las razones expuestas.

El júbilo apareció en el rostro de Josías Bartram cuando hizo una pausa en su relato.

Hurley Adams escuchaba lleno de horror los detalles monstruosos de estos crímenes. Pero se abstuvo de comentarios.

Bartram continuó en tono meditabundo:

-Se me presentaron varios problemas, Hurley. El más apremiante era el doctor Shores. Le había pagado bien para que me ayudase. Le había prometido más dinero. Había actuado ilegalmente al darme por muerto y hacer que me enterrasen. Convinimos en que vendría a verme casi todas las noches. Mahinda le daba la señal cuando me visitaba. Shores y yo hablábamos en esta habitación. Simulé que me encontraba débil y de esta manera disipé las sospechas que él pudiera haber tenido respecto de mi parte en los crímenes.

»Pero cometí algunos errores. EL usar el veneno en Pettigrew fue un mal comienzo. Aún así, Shores no sospechó nada. Mas cuando administre la inyección a Risbey, Shores se percató de mi culpabilidad. Comprendió entonces que yo estaba realizando una serie de crímenes. Protestó la noche en que maté a Selwick y a Grady. Conseguí dejarle en duda; más la noche siguiente se alarmó sobremanera.

»Cuando dejó de visitarme y Mahinda me comunicó que le había oído aconsejar por teléfono a Gracia, comprendí que no había más que un camino: suprimir a Shores como había hecho con los otros. Le sorprendí escribiendo su confesión. De la forma que la redactaba no comprometía a nadie, hasta que estuvo a punto de insertar el nombre de un hombre vivo. Le interrumpí y le maté. Tenía una aguja hipodérmica cargada, Hurley; mas contenía solamente una cantidad suficiente para simular la muerte, no la dosis mortal que yo había usado para suprimir a Risbey.

»Le pinché con su aguja hipodérmica, luego abrí la llave del gas para que ocurriese la muerte. Eso, Hurley, terminó mi campaña de crímenes.

Observó Adams:

-Ignoraba que Shores había dejado una confesión.

Sonrió Josías Bartram

-Así es. Mas alguien de su familia debe haberla ocultado. En su forma, incompleta, no era lisonjera para el doctor Shores, Declaraba que se consideraba a sí mismo un asesino, por haber hecho posible el plan.

-¿Cómo se apoderó del dinero escondido?-inquirió Hurley, de repente.

-¿El dinero? Ah, Hurley, usted admirará el procedimiento que empleé. Sabía dónde estaba el dinero, antes de empezar estos crímenes. Lo tenía guardado en mi cuarto secreto antes de empezar mi fingida enfermedad. Lo trasladé a mi tumba antes de producirse mi falsa muerte.

-¿Usted... tenía... el dinero?

-Sí. Cuando supe que se disponían a demoler el edificio del Banca y había decidido realizar esos crímenes, me puse a pensar si realmente el dinero estaba escondido en Holmsford. Procuré ponerme en lugar de Warthrop. El dinero debía estar en alguna parte de Holmsford. Warthrop debió elegir cuidadosamente el escondrijo. El botín debía estar escondido en algún lugar solitario y sin embargo cercano. El escondite debía ser bastante grande para contener los millones. Debía ser un lugar permanente que no podría descubrirse accidentalmente. Y, finalmente, había de ser un lugar de alguna importancia, ¡pues se mencionó en la crónica depositada en la piedra angular!

»Elegí el Monumento de la Guerra por ser el lugar más probable. Mahinda y yo fuimos allí. Sacamos la placa. Encentrarnos la cavidad. Trasladamos los millones de noche y dejé ese mensaje para usted.

»Quizá usted pregunte por qué motivo continué con mi plan. Me gustaba demasiado, para desistir. Además, temía las consecuencias cuando los otros se uniesen. De haber vivido yo tranquilamente en Holmsford, fingiendo ser uno de los estafados, tal vez habrían descubierto que era yo quien se habrá quedado con todo.

»No; era preferible que desapareciesen. En cuanto a mí, pronto abandonaré Holmsford. En mi memoria quedará el recuerdo de una tumba... mas no estará vacía.

Josías Bartram hizo una pausa para soltar una risita.

Harry Vincent, en el pasillo, comprendió ahora el papel que La Sombra había desempeñado. Su jefe, como Josías Bartram, dedujo el escondite de los millones; más, mientras que Bartram había especulado sobre el asunto durante años, La Sombra descubrió el lugar tan pronto como llegó a Holmsford.

Una vez que averiguó el secreto de la piedra; angular, el hombre de misterio debió ir allí, y lo encontró vacío. Era evidente que su jefe conocía perfectamente todo lo relativo a los crímenes de Josías Bartram.

¡Pues debió encontrar el mensaje dirigido a Hurley Adams!

¡Sí, seguramente abrió la carta, volvió a sellarla. Y la dejó debajo del monolito!

Harry comprendió que su jefe sospechó la verdad al iniciar sus investigaciones. ¿Dónde estaba el hombre de misterio ahora? ¿Cuál sería el desenlace de la actual situación, sobremanera extraña?

La respuesta llegó más pronto de lo que el joven ayudante previera. Josías Bartram, deleitándose en sus crímenes, estaba a punto de ofrecer una solución sorprendente.

El asesino repetía:

-Un mausoleo. Pero no vacío. Otro hombre murió, Hurley; un entrometido, al que Mahinda se encargó de suprimir. Willard Saybrook, el prometido de mi sobrina, entró aquí. Mahinda lo redujo a la impotencia. Lo metió en mi antigua cripta. Allí yace Saybrook muerto. Antes de partir, haré que Mahinda traslade ese cadáver al mausoleo. Me marcho muy lejos, Hurley. Me voy al extranjero, como proyectara Malcolm Warthrop hace veinte años. Pero Mahinda y yo estaremos seguros y muy ricos, mientras que Warthrop y su secretario corrían mayores riesgos con menos beneficios.

»Sí, mi mausoleo contendrá un cuerpo: el de Willard Saybrook. Yace muerto bajo nuestros pies. Jamás podrá hacerme daño. A menos que-Bartram sonrió ferozmente-, ¡a menos que él, como yo, tenga el poder de levantarse de su tumba!

Las palabras sublevaron a Willard Saybrook. Lanzando un grito de furia, el joven penetró de un salto en la estancia donde Josías Bartram se encontraba.

EL asombro y el miedo se pintaron en el semblante del asesino. ¡El que se había levantado de la tumba se enfrentaba con un enemigo también surgido de la tumba!

¡Enemigos de la cripta! ¡Ahora se enfrentaban!

CAPÍTULO XXIII
¡LA MUERTE PARA LOS MUERTOS!

Poseído de furia, Willard Saybrook se abalanzó sobre Josías Bartram. El asesino estaba demasiado estupefacto para hacer frente al ataque a tiempo.

Intentó sacar un revólver cuando su joven adversario le arrojó hacia la pared.

Saybrook asió la muñeca de Bartram. Dedos de muerte no pudieron actuar ahora. Hurley Adams se había incorporado de su asiento.

Harry Vincent se hallaba en la puerta. Ninguno de los dos intervino en la lucha desigual, Willard Saybrook tenía derecho a tomarse venganza.

-¡Dedos de muerte!-gritó el joven-. Esas fueron sus palabras cuando fingió morir. Palabras que harían creer que usted también era víctima de un asesino. ¡Dedos de muerte! ¡Úselos ahora!

Asiendo con una mano la muñeca del monstruo, Saybrook usó la otra para apretarle la garganta. El rostro de Bartram aparecía congestionado.

Su mano libre se agitaba impotente en el aire. El asesino había sido apresado por la víctima que La Sombra rescatara a la vida.

La suerte surgió de repente en ayuda de Josías Bartram. Harry Vincent profirió un grito de aviso al ver abrirse el suelo.

Por la puerta trampa asomó el rostro moreno de Mahinda.

Empuñando su pistola, Vincent saltó hacia el hindú. No había contado con la pasmosa rapidez de Mahinda.

El criado saltó de los peldaños y asió a Harry antes de que pudiese levantar su arma. Y retorciéndole la muñeca, hizo saltar la pistola al suelo.

Rodeando con su brazo a su adversario, Mahinda desasió su otra mano y esgrimió un cuchillo largo y puntiagudo, semejante a un kris malayo.

Cuando la hoja se levantó en el aire, Willard Saybrook la vió chispear.

Abandonando el cuerpo de Josías Bartram, saltó en auxilio de Harry.

-¡Encárguese de Bartram!-gritó a Hurley Adams.

El abogado respondió. Trató de sujetar a Bartram mientras Saybrook arrebataba el cuchillo de la mano de Mahinda.

Los tres aliados se enfrentaban con un par de monstruos, Mahinda, ágil y vigoroso, era un adversario temible para Harry Vincent y Willard Saybrook.

Rodó por el suelo con ellos y recuperó su cuchillo, que blandió con el propósito de hundirlo en el cuerpo de cualquiera de ellos.

En aquel momento Josías Bartram, con extraordinaria agilidad, asió por la garganta a Hurley Adams y lo tiró contra la mesa del rincón.

Luego fue a recoger su pistola.

Con Harry Vincent en el suelo, Mahinda avanzó con el cuchillo hacia Willard Saybrook. Proponíase matar primero a uno y luego al otro.

Saybrook vió que el arma iba a hundirse en su cuerpo de un momento a otro.

Entonces surgió la salvación.

Retumbó el estruendo de un disparo procedente del umbral. Allí había aparecido La Sombra. El hombre vestido de negro había estado vigilando desde la oscuridad.

Sus ojos inflexibles relampaguearon cuando su mano disparó un tiro certero sobre el cuerpo de Mahinda.

El hindú cayó de lado. El cuchillo saltó de sus manos y se quedó clavado en el suelo.

Josías Bartram había recuperado su revólver.

Hurley Adams, haciendo un esfuerzo para detener al asesino, se lanzó hacia delante. Bartram asió con fuerza prodigiosa a Adams y usó su cuerpo a guisa de escudo, mientras con la mano derecha disparaba furiosamente hacia el umbral.

La Sombra no podía replicar sin tirar sobre Adams. Además, el hombre vestido de negro apenas tuvo tiempo de ponerse a cubierto.

Los disparos de Bartram fueron certeros, mas llegaron a su destino una fracción de segundo después que La Sombra abandonara aquel lugar.

Con una risa de triunfante malignidad, Bartram vió que tenía ocasión de matar a alguien más.

Se figuró que La Sombra había huido ya; pero seguía usando a Adams como escudo. Extendiendo el brazo, apuntó hacia Willard Saybrook.

Este y Harry Vincent serían víctimas fáciles. No podían usar armas a tiempo de protegerse. El dedo del asesino estaba sobre el gatillo cuando un nuevo disparo rugió desde un ángulo del umbral.

La Sombra había tomado como blanco la muñeca extendida de Bartram.

La puntería fue certera. La bala de La Sombra hirió a Bartram antes de que éste pudiese disparar.

Pero el monstruo no estaba acabado aún. Con la velocidad del rayo, se tiró al suelo, arrastrando a Hurley Adams. Luego su mano izquierda cogió el revólver y trató de disparar otro tiro. Adams había caído encima de él.

La acción fue inútil. Cuando el brazo de Bartram se doblaba bajo su cuerpo, La Sombra volvió a disparar. La bala tocó un hombro que no estaba protegido.

Hurley Adams cayó al suelo y Harry Vincent, que ya había sacado su pistola, disparó otra bala, que entró por la espalda del criminal.

La voz de La Sombra anunció la sentencia de muerte.

-¡Josías Bartram!-cuchicheó, de una manera espeluznante-. Descubrí el papel que usted representaba en los primeros períodos de su carrera criminal. Consiguió usted matar a Ernesto Risbey a pesar da la presencia de mi agente. Yo abrigaba el propósito de proteger la vida de aquel hombre.

»Julio Selwick firmó su propia sentencia de muerte cuando rechazó mis condiciones. Me vi obligado a abandonarle. Howard Grady murió víctima de su propia imprudencia.

»Si Felton Shores hubiese observado un poco de discreción, hoy estaría vivo. Le dejé que se protegiese a sí mismo. Fracasó. Los hombres que han muerto tenían las manos manchadas. He protegido a los que no han hecho ningún mal. Grady, sólo, murió inocente.

»Yo fui quien rescató a Willard Saybrook de su tumba. Vigilé a Hurley Adams porque sabía que tenía el propósito de enmendarse y reparar en lo posible los daños. Usted quería el botín, para usted solo. Lo encontró usted. Fingió la muerte y por lo tanto la merecía. Ahora la tiene. ¡La muerte es para los muertos!

Las palabras de La Sombra terminaron una risa cavernosa y escalofriante que esparció sus ecos siniestros por la estrecha habitación.

Cuando los ecos devolvieron un grito espeluznante, Josías Bartram se desplomó muerto.

Desde su llegada a Holmsford, La Sombra había seguido el rastro que iban dejando los Dedos de muerte: Su fina intuición le permitió juzgar a los hombres por sus obras.

Sabía, desde un principio, que Hurley Adams no era un asesino. Había deducido que Julio Selwick era un hombre que temía por su seguridad y quiso protegerse.

Vió en Felton Shores a un hombre capaz de descender a la comisión de delitos menores, pero jamás al asesinato.

Había sabido que la importancia del secreto compartido por seis personas garantizaba la inviolabilidad del secreto.

Uno de aquellos seis hombres era sin duda el asesino. Si ninguno de los que vivían era culpable, no había más alternativas que elegir a uno de entre los muertos.

La Sombra esperó la culminación de los planes de Josías Bartram. Como Harry Vincent supusiera, averiguó el secreto del monumento por pura deducción.

Conociendo la escena final que Josías Bartram había planeado para su asombroso drama, La Sombra llegó a tiempo de bajar el telón.

Harry Vincent, a una señal de su jefe, salió del cuarto donde la muerte había arrebatado una víctima. Harry ya no era necesario. Hurley Adams y Willard Saybrook podían hacer el resto. La puerta trampa estaba debajo.

Más allá había una barrera; pero eso no significaba nada ahora, puesto que estos hombres conocían la existencia de un túnel que conducía al mausoleo.

El dinero robado que había estado escondido durante veinte años sería devuelto ahora. Josías Bartram había surgido de la tumba que él eligiera.

Los millones saldrían, de allí, también. Hurley Adams dirigió una mirada a Willard Saybrook. El joven estrechó la mano del abogado.

-Bartram es el culpable; sobre él recae toda la responsabilidad-anunció Saybrook-. Olvide el pasado. Hemos descubierto los crímenes del Bartram. Él fue quien robó el oro. Nadie sabrá jamás que usted compartió el secreto.

Hurley Adams murmuró las gracias. El peso de las preocupaciones del abogado había terminado. El temor de veinte años-su juramento de no traicionar a aquellos hombres-ya no le aprisionaba, ahora que no quedaba nadie más que él. Dijo Saybrook:

-Venga. Telefonearemos a la policía. Que descubran ellos la galería que conduce al mausoleo. Es evidente que Josías Bartram vino de allí.

Los dos hombres abandonaron la trágica habitación de la muerte, pero el lugar no quedó mucho tiempo sin una presencia humana. Una elevada figura vestida de negro entró después de marcharse Saybrook y Adams.

La Sombra, invencible, permaneció de pie silencioso y alerta.

Sus ojos de extraños resplandores contemplaron los cuerpos tendidos en el suelo. Mahinda había servido a su dueño, aunque se trataba de asesinatos; no obstante, el hindú mereció la muerte que había recibido.

Josías Bartram, el monstruo, era el único a quien la muerte debería haberse llevado antes. Hubiese sido mucho mejor que su muerte fingida hubiese sido real.

Eso no podía rectificarse. El hombre había encontrado al fin su merecido por el personaje conocido por el nombre de La Sombra.

¡Dedos de muerte no se moverían ya más!

¡Dedos de muerte toparon con La Sombra!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra sabía!

FIN